

DEBORAH CROMBIE

Vacaciones trágicas



UN CASO DE DUNCAN KINCAID
Y GEMMA JAMES



Lectulandia

Una semana de vacaciones en una lujosa residencia de propiedad compartida, situada en un tranquilo paraje de Yorkshire, es justo lo que le conviene al comisario de Scotland Yard, Duncan Kincaid, agotado por una sobrecarga de trabajo. No obstante, en vez de las actividades relajantes, como excursiones y lectura, que ha programado, justo al día siguiente de haber conocido a todos los huéspedes en un cóctel de presentación encuentra el cadáver del subdirector del establecimiento flotando en la piscina. No será el único.

¿Qué relación pueden tener con las víctimas del crimen la provocativa directora del centro; o las hermanas solteras escocesas, o la bella científica, o el diputado de éxito?

A pesar de la antipatía que le demuestra el ineficaz jefe de policía del lugar, que no soporta la injerencia de Kincaid, éste, con la ayuda de su subordinada, la joven y brillante Gemma James, irá desentrañando las escondidas conexiones entre las víctimas y los sospechosos hasta colocar la última pieza del *puzzle* en un final sobrecogedor.

Lectulandia

Deborah Crombie

Vacaciones trágicas

Duncan Kincaid y Gemma James - 1

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2018

Título original: *A share in death*
Deborah Crombie, 1993
Traducción: Mari Carmen Llerena
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 1

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Sobre el autor

Notas

Para Warren Norwood, que sentó las bases

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Diane Sullivan, Dale Denton, Viqui Litman, Aaron Goldblatt, John Hardie y Jim Evans, que han seguido la redacción del manuscrito desde el principio hasta el final. Su ayuda ha sido inestimable.

También debo mi gratitud a Susanne Kirk, mi editora, y a Nancy Yost, mi agente, por su apoyo y sus ánimos.

Las vacaciones de Duncan Kincaid empezaron bien. En cuanto el coche enfiló el sendero, un rayo de sol se filtró entre las nubes iluminando un trozo del páramo de Yorkshire que iba quedando atrás, como si alguien hubiera encendido un foco celestial sobre él.

Muros de piedra seca serpenteaban como signos misteriosos de un antiguo alfabeto por el verde brillante del prado, donde pacían unas ovejas de un blanco luminoso, ajenas a su importancia en la composición. La escena parecía detenida tanto en el espacio como en el tiempo, y Kincaid tuvo la impresión de estar ante un tapiz vivo, en un mundo remoto e inalcanzable. Pero las nubes volvieron a correr, la visión se deshizo tan rápido como se había formado, y él sintió un extraño estremecimiento de pérdida.

Pensó que el trabajo de las últimas semanas le cobraba factura y ahuyentó aquella fugaz sensación de su mente. No es que New Scotland Yard requiriera explícitamente que los comisarios detectives recién promovidos se destrozaran las coronarias, pero las vacaciones de agosto se habían aplazado fácilmente a septiembre, y luego había acumulado días libres; siempre ocurría algo, y el último caso había sido especialmente embrollado.

Una serie de mujeres asesinadas en la región de Sussex, todas mutiladas de forma parecida; la peor pesadilla para un policía. Al final habían encontrado al culpable, un auténtico loco, pero no las tenían todas consigo de que las pruebas que habían reunido convencieran a un jurado compasivo. Al final, la sinrazón de todo ello se llevó la mayor parte de la satisfacción de haber acabado con semejante montón de papeles.

—Una manera como otra de pasar la noche del sábado —le había dicho Gemma James, la sargento subordinada de Kincaid, mientras repasaban el último expediente, la noche antes.

—Dígaselo a los jefes. A ellos no creo que se les haya ocurrido.

Kincaid sonrió desde el otro lado del escritorio atestado. Gemma no estaba precisamente de foto, pálida de cansancio, con la traza de una mancha de carbón en la mejilla que parecía un moratón. Hinchó los carrillos y resopló apartando los mechones pelirrojos que le caían sobre los ojos.

—Qué suerte tiene de ir de vacaciones esta semana. No todos tenemos primos con casas elegantes, o lo que sea.

—Me parece captar una punta de envidia...

—Mañana usted se va a Yorkshire y yo a casa para hacer la compra y poner las lavadoras de la semana... ¿Envidia de qué? —Gemma le sonrió con su buen humor habitual, pero luego su voz reveló una preocupación maternal—. Está hecho polvo. Hace mucho que no descansa; le sentará la mar de bien, ya verá.

Tanta solicitud de su colaboradora, diez años más joven que él, hizo gracia a Kincaid; era una experiencia nueva y no le pareció mal. Se había esforzado por ascender porque significaba alejarse del despacho y volver a la calle, pero empezaba a pensar que la verdadera ventaja era la sargento Gemma James. De veintimuchos años, divorciada, sola con un hijo, el buen carácter de Gemma ocultaba, según descubría Kincaid, una mente rápida y una tenaz ambición.

—Estaré como pez fuera del agua —dijo él, guardando las últimas hojas sueltas en la carpeta—. ¡Una multipropiedad!

—Se la ha cedido su primo, ¿no?

Kincaid asintió:

—Su mujer está embarazada y el médico ha decidido en el último momento que no puede salir de Londres, así que ha pensado en mí para no perder la semana que tenía reservada.

—La suerte —había contestado Gemma, picándolo— siempre sonrío a los que menos lo merecen.

Demasiado cansados incluso para su habitual parada en el *pub* de vuelta a casa, Gemma se marchó a Leyton y Kincaid se había arrastrado hasta su piso de Hampstead y había dormido profundamente y sin soñar, como los verdaderos exhaustos. Ahora, lo mereciera o no, quería sacar el mejor provecho posible de aquel regalo inesperado.

Mientras dudaba, al principio del camino, sin saber qué dirección tomar, el sol se abrió paso y cayó de pleno sobre la capota del coche. Era un día perfecto de finales de septiembre, cálido y dorado como una promesa.

—Un buen augurio para estas vacaciones —se dijo en voz alta, y sintió que su agotamiento se aligeraba. Sólo le faltaba encontrar Followdale House. La flecha para Woolsey-under-Bank señalaba un prado donde pacían unas ovejas. Le tocaba volver a consultar el mapa.

Condujo despacio, con el codo apoyado en la ventanilla abierta del Midget, inspirando la fragancia de los setos, y buscando alguna indicación de que no se había desviado. El sendero serpenteó en torno a varias granjas construidas con la pizarra gris de Yorkshire, y por encima de ellas el páramo cedía a la tentación de alargar sus dedos boscosos hacia los pastos. Aquella llamarada del veranillo tardío debió estar precedido por noches frescas, pues los árboles ya cambiaban de color, el cobre y el oro estaban salpicados con manchas ocasionales de verde. A lo lejos, por encima de

los retazos de campos y pastos y los bajos páramos, la tierra se elevaba escarpada hasta una alta loma.

Al doblar un recodo, Kincaid se encontró en lo alto de un pueblecito de postal. Las casitas de piedra se apiñaban a los lados del camino, y macetas y jardineras llenas de geranios y petunias arrojaban cascadas de color sobre la carretera. A su derecha, en un macizo semicírculo de piedra, estaba esculpido el nombre de «Woolsey-under-Bank». La montaña que ahora parecía colgar sobre el pueblo tenía que ser Sutton Bank.

Unos kilómetros a su izquierda, junto a una abertura en el alto seto vio un poste de madera con una placa metálica. La inscripción decía «Followdale», y tenía grabada una ondulante rosa llena de pétalos. Kincaid soltó un silbido: pues sí que era elegante, pensó, mientras entraba con el coche por la estrecha cancela y lo detenía en la grava delante del porche. Observó la casa y el jardín que se extendía ante él, sorprendido y satisfecho. En realidad, no sabía qué esperar de una multipropiedad inglesa. Una casita trasplantada de la Costa del Sol, tal vez, o alguna horterada victoriana. No aquella casa georgiana, desde luego, elegante e imponente por su sencillez, dorada a la luz de tarde. Una maraña de hiedra cubría partes de los muros del primer piso, y una brillante trepadora de Virginia cubría la parte superior de la casa con una mancha escarlata.

Un examen más atento le reveló que su primera impresión de la casa era falsa. No era simétrica. Un ala se extendía a los dos lados de la entrada coronada por un friso, pero la parte izquierda de la casa era más grande y ocupaba más espacio del patio. Encontró que aquella ilusión óptica era más agradable que el riguroso equilibrio de un edificio real.

Kincaid se estiró y salió de su abollado Midget MG. Los muelles del asiento del conductor llevaban años hundidos, e impedían que rozara con la cabeza la mullida capota mientras conducía. Miró a su alrededor. Al oeste, una hilera de casitas bajas, construidas con la misma piedra dorada que la casa; al este, los cuidados jardines se extendían hacia la masa montañosa de Sutton Bank.

Sintió que la serenidad salía por todos sus poros, y cuando se dio cuenta de que estaba inspirando profundamente comprendió los nervios que había pasado. Desterró de su mente las preocupaciones del trabajo, sacó la bolsa de viaje del maletero y se encaminó hacia la casa.

* * *

La pesada puerta de paneles de roble no estaba cerrada, y se abrió de par en par en cuanto Kincaid la tocó, dándole paso a una entrada de casa típicamente campestre,

que contenía hasta botas y paragüeros. En el vestíbulo adyacente, un bol chino de crisantemos de bronce sobre una mesita auxiliar desentonaba con la alfombra carmesí. El aire estaba cargado de olor de cera para muebles.

Por una puerta entreabierta a la izquierda, oyó claramente una voz femenina que mordía las palabras con furiosa precisión.

—Óyeme bien, sanguijuela, te tengo dicho que no te metas en mis cosas. Estoy harta de que espíes y te entrometas cuando crees que no te ven —la mujer inspiró bruscamente—. Lo que haga o deje de hacer en mi tiempo libre no es asunto de nadie, y menos tuyo. Has llegado muy lejos, dada tu procedencia y tus cualidades —la última palabra sonó cáustica—, pero por éstas que te vas a enterar. Te equivocas si crees que pasarás por encima de mí.

—¡No tengo ninguna intención! —Kincaid no pudo evitar sonreír ante aquella respuesta de la segunda voz—. Vamos, Cassie, eres una arpía. Sólo porque hayas hecho de todo por ascender hacia la dirección no significa que seas el Verdugo Mayor del Reino. Además —añadió, con una punta de malicia—, no te quejarás de mí: me importa un comino lo que hagas con los huéspedes, pero no creo que encaje mucho con la idea corporativa de hospitalidad, a no ser que quieran recrear la fiesta de una casa eduardina. A ver cómo te las apañas esta semana... ¿El juego de las camas? —Era una voz masculina, pensó Kincaid, pero fina y un poco nasal, con un deje de Yorkshire en las vocales.

Kincaid retrocedió unos pasos hacia la puerta, la abrió con fuerza, volvió a cruzar el vestíbulo rápidamente y llamó a la puerta entreabierta antes de asomarse al interior.

La mujer estaba delante de una bonita mesa estilo Reina Ana que parecía hacer las veces de recepción, de espaldas a la ventana, con las manos inmóviles en el gesto de alinear un montón de papeles. Su compañero, apoyado en el marco de otra puerta, tenía las manos en los bolsillos y una expresión de sorna.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó la mujer, sonriendo a Kincaid con una perfecta compostura, sin rastro de la rabia que acababa de oír.

—No sé si he acertado con el lugar... —dijo Kincaid, tanteando.

—Si busca Followdale House, sí. Soy Cassie Whitlake, directora de ventas. Y usted tiene que ser el señor Kincaid.

Él le sonrió, entró y posó su bolsa:

—¿Cómo lo sabe?

—Por eliminación, en realidad. El domingo por la tarde es el momento de entrega de llaves, y los demás huéspedes han llegado ya o no coinciden con la descripción que nos dio de usted su primo.

—No hay nada peor que te preceda una reputación... Espero que no fuera muy mala... —Kincaid se sintió aliviado, pues la mujer no se había dirigido a él por el rango. Tal vez su primo Jack hubiera sido discreto por una vez en su vida y él iba a poder disfrutar de sus vacaciones como un ciudadano británico corriente y moliente.

—Al contrario. —Ella arqueó las cejas, dando un tono seductor a su cortés respuesta, y Kincaid se preguntó, incómodo, qué sería lo que había dicho Jack.

Observó con interés a Cassie Whitlake. A primera vista, le había echado unos treinta años, pero tenía una edad difícil de definir. Era alta, tan elegante como las líneas curvas de su escritorio, llamativa de una forma monocromática. Tenía los ojos y el cabello del color de hoja seca de roble, la piel clara, el sencillo vestido de lana que llevaba era de un tono ligeramente más oscuro que su cabello. Se le ocurrió que tenía que haber escogido los crisantemos del recibidor, pues combinaban con ella a la perfección.

A lo largo de la conversación, su compañero había mantenido una postura desenfadada, moviendo la cabeza como un pájaro. Ahora se sacó la mano derecha del bolsillo y se acercó a Kincaid.

—Yo soy Sebastian Wade, ayudante de dirección, o lacayo de nuestra Lady Di, según cómo se vea —le dijo, tendiéndole la mano. Miró de reojo a Cassie para medir el efecto de su broma, y sonrió a Kincaid mientras le estrechaba la mano. Su saludo resultó acogedor, y Kincaid se sintió más en sintonía con la ironía compartida de Wade que con la fina cortesía de Cassie Whitlake. Wade no llegaba a los treinta años, era un hombre de constitución frágil, cabello rubio trigueño cortado a la moda y piel granulosa sobre rasgos delicados. Sorprendían sus ojos oscurísimos.

Cassie se apresuró a dar la vuelta a su escritorio para desviar la atención de Kincaid tocándole el brazo con sus fríos dedos.

—Le mostraré su *suite*. Luego, cuando se haya instalado, le enseñaré todo y contestaré a todas sus preguntas.

Sebastian Wade lo saludó con un gesto burlón cuando Cassie se lo llevó de la estancia.

Kincaid la siguió al vestíbulo admirando cómo el suave tejido de su vestido marcaba su silueta. Le llegó una vaharada de perfume acre, como de almizcle, inesperado en una mujer tan elegante. En cuanto a la altura, había acertado: sus cabezas estaban casi a la misma altura.

Ella se volvió al empezar a subir las escaleras.

—Para mí, esta *suite* es la mejor de la casa. Es una lástima que su primo y su mujer tuvieran que cancelar las vacaciones en el último momento. Ha tenido suerte —añadió, nuevamente con una punta de impertinencia.

—Sí —respondió Kincaid, y por un momento se preguntó cómo su primo, sincero y bonachón como era, había afrontado el sofisticado interrogatorio de Cassie Whitlake.

En lo alto de las escaleras, siguió a Cassie por un pasillo que corría por la parte trasera de la casa y acababa en una puerta decorada con un discreto número cuatro de bronce. Cassie abrió la puerta con llave y lo guió al exiguo recibidor. Kincaid no pudo entrar con su bolsa por aquel espacio sin rozarla, y ella le sonrió de forma sugerente.

El recibidor daba a un saloncito donde era evidente la mano de decoradora de Cassie, al menos en la elección de los colores. Los mullidos sofás y butacas eran de un color dorado apagado, con brazos redondos, botones y flecos, las cortinas verde aceituna, y la alfombra estampada mezclaba las dos tonalidades en una excesiva asociación geométrica. Toda la habitación, que podía salir entera de cualquier tienda de muebles de clase media, exhalaba respetabilidad sólida y anónima.

Lo mejor de la habitación era la puerta cristalera del fondo; Cassie siguió a Kincaid cuando cruzó la estancia, dejó la bolsa y la abrió. Salieron juntos al estrecho balcón. Ante ellos, se extendían las tierras y jardines de Followdale hasta la loma de Sutton Bank, que se elevaba en la distancia.

—Allí hay una cancha de tenis. —Cassi señaló a la izquierda—. Y el invernadero. Tenemos campo de *croquet* y de bádminton y bolera, aparte de los itinerarios para caminar y montar a caballo. Ah, y piscina cubierta, por supuesto. La piscina es uno de nuestros mayores atractivos. Creo que lo tendremos ocupado.

—Estoy impresionado —sonrió Kincaid—, me puede dar un ataque de nervios con tanto donde elegir.

—De momento, le dejo que se instale. Si quiere comprar algo, la tienda del pueblo está a pocos pasos, por la carretera. A las seis ofrecemos un cóctel en la sala, así los huéspedes tienen ocasión de conocerse.

—Tengo poca experiencia en multipropiedades. ¿No se conocen ya los demás huéspedes, puesto que poseen la misma semana?

—En realidad, no. Siempre hay gente nueva. Los propietarios se cambian las semanas, o se marchan a otro sitio, y nunca se sabe quién va a estar. Además, esta semana hay varios nuevos.

—Bueno, entonces no seré el único novato. ¿Cuántos huéspedes somos?

Cassie se apoyó en la barandilla y dobló los brazos, paciente con su curiosidad de turista.

—A ver, hay ocho *suites* en la casa grande y tres chalets en otro edificio. Los habrá visto al llegar, a la izquierda. Yo ahora estoy en uno de los chalets, el del fondo. —Refería hechos e imágenes con soltura, acunados por la suavidad de su voz. Ahora le mantuvo la mirada y, guapa como era, su invitación, calculada y un tanto impersonal, lo hizo sentir incómodo. Movido por un perverso deseo de darle un corte para que entendiera que no lo podría manipular tan fácilmente, preguntó:

—¿Y su ayudante también vive en el lugar? Parece una persona encantadora.

Cassie se puso rígida. Su voz, al pronunciar la condena social de Sebastian Wade, tenía la misma punta venenosa que antes.

—No, vive en el pueblo, con su madre, que tiene el estanco. —Se frotó las manos, como si se sacudiera las migas—. Y ahora perdone, pero tengo cosas que hacer. Si necesita algo, llámeme. Si no, nos veremos más tarde.

Esta vez su sonrisa fue breve, nada invitante. Cassie salió sigilosa y lo dejó solo en el balcón.

Penelope Mackenzie echó una mirada furtiva al saloncito de la *suite*, donde su hermana Emma estaba absorta comparando una lista de pájaros con las notas del día que había tomado. Penny se acomodó delante de la ventana de la habitación, con un rápido suspiro de alivio. Todavía disponía de unos minutos más sin preguntas, una pequeña evasión del atento control de su hermana.

Las cosas eran diferentes antes de que muriera su padre. En realidad, Penny entonces no era tan olvidadiza; sólo un poco despistada a veces. Pero después de aquellos largos meses del final de la enfermedad de su padre, algunas de las frágiles relaciones entre pensamiento y acción parecían haberse disipado.

Sin ir más lejos, la semana pasada puso una cazuela con agua a hervir y fue a buscar un libro al salón. Cuando se acordó de la cazuela, el agua se había evaporado y la capa del fondo de la cazuela se había derretido y fluía por la encimera como un río plateado. Y también metió los restos del estofado del domingo en el homo en lugar de en la nevera. Emma se había puesto furiosa al encontrarlo al día siguiente, y tuvo que tirarlo.

Pero aquellos eran despistes menores. En cambio a Penny no le gustaba recordar el día que salió de tiendas por el pueblo, hizo sus compras y luego no pudo recordar cómo volver a casa. En su mente, en el lugar del cuidado sendero que cruzaba el pueblo de Dedham y subía por la colina hasta Ivy Cottage, había un vacío.

Se precipitó, horrorizada, al acogedor salón de té de su amiga Mary. Se sentó, jadeante, charlando y se tomó un té caliente y dulce, fingiendo que no se había abierto un agujero en su universo, hasta que vio pasar a un vecino. Lo alcanzó y le preguntó, sin aliento: «¿Va para casa? Voy con usted, si no le importa, George». Mientras caminaba, fue recordando el entorno, llenando los espacios en blanco; pero el miedo se instaló definitivamente en su interior. No se lo dijo a nadie, y desde luego no se lo dijo a Emma.

Tal vez lo que necesitaba eran unas vacaciones, quince días sin responsabilidades. Le había costado lo suyo convencer a Emma de que se lo merecían después de aquellos años junto a su padre. A fin de cuentas, habían heredado su dinero y podían hacer lo que quisieran. Vio un folleto de la multipropiedad en la agencia de viajes del pueblo. Followdale era precioso, cada rincón tan bonito como lo había imaginado.

—¿Ya estás soñando despierta, para variar, Pen? —La voz de su hermana la sobresaltó—. Vamos, espabila. Más vale que salgamos a la compra ya, si tenemos que volver para arreglarnos para el cóctel.

Emma sacó del armario el impermeable y empezó a ponérselo con su absurda prisa habitual.

—Sí, Emma, ya voy —respondió Penny. Más valía no hacerla enfadar, o peor, causar que le hablara con su raro tono cargado de paciencia. Penny se frotó la frente con las yemas de los dedos, como si al suavizarse las arrugas, su rostro pudiera recuperar la habitual pátina de alegría, y sonrió abiertamente cuando Emma se volvió hacia ella.

* * *

Veintiocho... veintinueve... treinta... Hannah Alcock, sentada delante del espejo, contaba los movimientos suaves y circulares del cepillo de pelo. Qué raro, pensó, cómo conservamos los hábitos de la infancia. No sabía de ninguna razón lógica por la cual tuviera que cepillarse el pelo cien veces al día, pero si cerraba los ojos un momento, se veía sentada en su antiguo tocador, en camisón, mirando como el arco del cepillo descendía por su cabello largo y castaño, y oía la voz de su madre desde el distribuidor: «Hannah, cariño, acuérdate de cepillarte el pelo».

Había pasado mucho tiempo, casi treinta años, desde la noche en que metió las tijeras en su cabellera larga hasta la cintura y se la cortó. Cayó como un manto por su espalda, de un color castaño brillante, con reflejos caoba, el orgullo de su madre, y ella se lo había cortado brutalmente a la altura del cuello.

Aunque desde entonces había llevado el pelo corto, había seguido cepillándose por las noches. Un ritual tonto, que tenía que haber rechazado en su remota adolescencia, pero cuando estaba nerviosa, como esa noche, le resultaba extrañamente tranquilizador. Los músculos del estómago se relajaron a medida que respiraba al ritmo del cepillado, y para cuando dejó el cepillo de plata junto al espejo a juego, se sentía algo más capaz de afrontar la noche.

El cóctel había empezado hacía un cuarto de hora. Si no se daba prisa, llegaría más tarde de lo debido. Sin embargo, siguió estudiándose en el espejo. Había acabado por pensar que tenía una cara bonita, al superar el deseo infantil de tener una belleza convencional. Las niñas mofletudas y rubias que tanto envidiara se habían descolorido, su piel se había vuelto fofa y el cabello con reflejos y teñido tapaba el gris invasor. Ella, que ahora llevaba un corte cuidado y caro, tenía sólo unas cuantas canas en las sienes, y la fuerte y marcada estructura ósea que había desdeñado, ahora le daba carácter y la hacía llamativa.

Llevaba años sin preocuparse por la opinión de los demás. Tenía éxito, era segura y serena, pensaba que nada podría alterar su equilibrio, tan cuidadosamente edificado. Hasta que las conmociones, lentas y extrañas, del último año habían crecido en su interior, envolviendo toda su vida, y la habían empujado a actuar de forma decididamente irracional.

Había planeado el encuentro con toda la atención que dedicaría al experimento más complicado, había contratado a un detective privado para enterarse de los detalles de la vida de él, había comprado la multipropiedad para la misma semana... Y allí estaba, vacilando en el último momento, sufriendo el terror escénico como la niña torpe que fue.

¿Tenía algo que perder, al fin y al cabo? Podía pasar la semana recorriendo los pasillos, un saludo, un contacto físico casual, y luego él se marcharía sin recordar su nombre ni su rostro. Aquello no podía hacerle daño.

Pero también podían hacerse amigos. No pensaba en nada más, en lo que le diría, en cómo reaccionaría él. Todo empezaría aquella noche, con una presentación fácil seguida probablemente de un intercambio de nimiedades.

Se levantó, recogió el bolso del saloncito y cerró la puerta tras sí con firmeza.

* * *

Duncan Kincaid se apoyó en la barandilla del balcón, sin ganas de moverse, sin ganas de hacerse el nudo de la corbata y cumplir con los requisitos que dictaban las obligaciones sociales. Su estallido de energía anterior había dado paso a un estado letárgico.

Sería más fácil prepararse algo de cena y echarse en el sofá con el gastado ejemplar de *Jane Eyre* que había encontrado en el cajón de la mesilla. Los huevos, bacon y la barra de pan recién horneado que había comprado en la tienda del pueblo eran provisiones suficientes para una noche tranquila.

Mientras echaba un vistazo a la sección de galletas de la tienda, había oído una vocecita de niña a sus espaldas: «Usted debe de ser el nuevo huésped. Teníamos muchas ganas de conocerlo». Se volvió y vio a una mujer menuda envuelta en una voluminosa capa escocesa. Tendría unos sesenta años, con un mullido nido de cabello gris en torno a su fino rostro y unos ojos extraordinarios. Por debajo de los pliegues de la capa, asomaban unas botas con lazos, pasadas de moda.

—Cassie nos ha dicho que se llama usted Kincaid y estábamos emocionadas, ¡un escocés, como nosotras! Nos llamamos MacKenzie. Nuestro abuelo tenía una casa preciosa en Perthshire. —Las frases fluían de su boca sin parar—. En los buenos tiempos debió ser como Followdale. Me la imagino...

Kincaid, divertido, la interrumpió:

—¿Ya no viven en Escocia?

—Uy, no. Nuestro padre... bueno, eran tantos hermanos que tuvo que buscar un trabajo. Le dieron un empleo en Essex cuando era bastante joven. Estuvo de párroco en Dedham durante cuarenta años antes de jubilarse. Pero todo eso parece tan lejos...

—le sonrió, un poco nostálgica—. Emma y yo seguimos allí, aunque la rectoría la llevan otros. Criamos cabras. Unos animales maravillosos, ¿no cree? Tan limpios, y la leche y el queso de cabra tienen buen mercado hoy en día. Aunque papá nunca llegó a aprobarlo. ¿Y usted, señor Kincaid? ¿De dónde procede su familia?

—Soy inmigrante de segunda generación, como ustedes. Mi padre se marchó de Edimburgo para Cheshire antes de que yo naciera, y se casó con una inglesa, así que mis reservas ancestrales estarán bastante diluidas. Pero trátame...

—Me llamo Emma MacKenzie —intervino la mujer que Kincaid había observado en el mostrador—. Y mi hermana, Penelope. —Le dio la mano con firmeza, secamente—. Encantada.

Con su cabello lacio, en forma de molde de *puding*, la chaqueta impermeable de hombre y aquella expresión impenetrable, le recordó a su maestro de escuela. El único adorno de aquella mujer eran unos binóculos colgados del grueso cuello. Las hermanas Adefesias, las apodó, y luego se notó el rubor en el rostro.

—No creo que al señor Kincaid le apetezca oír toda la historia de nuestra familia, Penny. Y nosotras tenemos que irnos a prepararnos para el cóctel.

Emma se despidió con un gesto y se llevó a su hermana con la delicadeza de un acompañante escolar.

—Señorita MacKenzie —la llamó él, cuando ya casi estaban en la puerta—, encantado de conocerla. Tal vez nos veamos en el cóctel.

Ella lo recompensó con una sonrisa radiante.

Unos golpes en la puerta hicieron que Kincaid volviera en sí y se diera cuenta de que en el balcón había refrescado. Entró y abrió la puerta: era Sebastian Wade, que ya volvía a levantar los nudillos.

—Perdone —dijo Wade—, a veces me dejo llevar por el entusiasmo. He venido para ofrecerme para acompañarlo a la pequeña reunión y enseñarle la casa, si es que no lo ha hecho Cassie.

—Me prometió una vuelta, pero no se llegó a materializar. Me gustaría ver la casa.

—Bueno, ya verá lo que hay, distinción prefabricada con todo el confort moderno. ¿Sale así, estilo caballero informal de fin de semana? —Miró la camisa abierta de Kincaid y sus pantalones de pana.

—No, cojo la chaqueta —respondió Kincaid, dándose cuenta de que, tras tanto deliberar, habían tomado la decisión por él. Y se dejó llevar como una concha a merced de las olas.

—Su *suite* —dijo Sebastian, en su parodia de guía— se llama Sutton Suite, porque desde el balcón tienes vistas sobre Sutton Bank. Muy sutil, ¿verdad? Todas tienen nombres que asombran por lo imaginativos que son. Así es mucho más personal, le da un toque hogareño, como denominar una casa adosada de los suburbios «Chalet unifamiliar». Justo debajo está la *suite* Thirsk, que actualmente ocupan nuestro prometedor diputado Patrick Rennie y su esposa Marta, con su cola de caballo y su lazo de terciopelo. Muy de campo. Poseen varias semanas a lo largo del año.

Kincaid se hizo el nudo de la corbata ante el espejo del salón, se puso la chaqueta y palpó los bolsillos en busca de la cartera y las llaves.

—Esta mañana —prosiguió Sebastian mientras cerraban la puerta y bajaban los tres peldaños hasta el vestíbulo—, la *suite* de al lado de la suya, en este mismo piso, la Richmond, ha sido ocupada por Hannah Alcock, una científica o algo así, que parece muy profesional y muy eficiente. Y guapa, además, flaca y filiforme, si es que a uno le gustan las mujeres que parecen inteligentes. —Y dirigió una mirada maliciosa a Kincaid.

—¿A usted no?

—Ah, sí, a mí muchas mujeres me parecen estéticamente hermosas —respondió Sebastian con la taimada ambigüedad que Kincaid empezaba a reconocer—. La puerta a su derecha da al balcón sobre la piscina.

La abrió y le hizo un gesto para que pasara. Lo asaltó una vaharada de olor a cloro, y su primera impresión de la pequeña galería fue que había caído en un sueño mediterráneo de pacotilla. El suelo estaba cubierto de ladrillos rojos barnizados, lleno de plantas verdes por todos los rincones, y una barandilla negra de hierro forjado daba a la piscina de abajo.

—Qué ingenioso, ¿verdad? Un punto de vista privilegiado para ver a nuestros huéspedes retozando alegremente en la piscina, nuestro mayor atractivo. Cuando los compradores nos visitan, funciona, se lo aseguro. A no ser que alguna huésped pese cien kilos y lleve un tanga.

Kincaid se echó a reír.

—No le parece que yo pueda ser el cliente ideal, ¿verdad?

Sebastian lo observó, dejando de lado por un momento su tono mordaz.

—No, me da la impresión de que las apariencias no le seducen fácilmente. Tal vez tenga otras debilidades. Pero usted no habría elegido este lugar, a menos que le hubieran regalado las vacaciones, ¿no?

Kincaid reflexionó.

—No, tiene razón: es un lugar muy agradable, pero no lo habría escogido. Demasiado estructurado. Demasiado acogedor. Me siento un poco como un niño de campamentos.

—Si se porta bien, hay pastel de postre. Vamos, pues. Más vale disfrutar a fondo de la experiencia, si no piensa repetir. —Sebastian volvió a ponerse profesional—. Hay unas escaleras traseras en el vestíbulo del primer piso —le indicó, señalando el lado opuesto al de Kincaid— que llevan a la puerta trasera de la piscina. También hay una zona termal, justo debajo de nosotros. Se mantiene caliente y los chorros pueden abrirse cuando se quieren usar. A mí me gusta; es una de las ventajas del trabajo.

Kincaid se imaginó que Sebastian Wade, en su continuo juego competitivo con la dirección, aprovechaba todas las ventajas del trabajo por principio.

Recorrieron el balcón y entraron en el vestíbulo de enfrente, más fresco.

—La estructura no es simétrica. —Sebastian señaló la parte trasera de la casa—. Esta *suite* la ocupan los Lyle, de Hertfordshire o algún sitio igual de aburrido. Un quisquilloso, antiguo militar, aunque no se diría, porque parece tonto de remate. Esta tarde me ha puesto la cabeza como un bombo hablando interminablemente sobre sus experiencias en Irlanda. Como si él solo hubiera derrotado el IRA. Pero yo dudo que se haya enfrentado a nada más peligroso que el Cuerpo de Ingenieros.

Kincaid sonrió ante la idea de que Sebastian, con su indiscreta capacidad de observación de los detalles, describiera a alguien como quisquilloso.

—En medio hay un estudio de dos pisos. De los Hunsinger, Maureen y John. Unos *hippies* retrógrados que tienen una tienda de productos naturales en Manchester. Llegaron la semana pasada con sus hijos sanísimos. —Sebastian miró inquisitivo a Kincaid—. Ya sabrá que no todos los huéspedes llegan y se marchan a la vez...

Se dirigieron por el vestíbulo hacia el porche.

—Los Frazer, por ejemplo, de la *suite* de delante, ya llevan aquí una semana. Son padre e hija.

Kincaid esperó la broma, pero no llegó. Sebastian abrió la puerta que daba al porche, desviando la mirada.

—¿Cómo son? —preguntó Kincaid, curioso.

—Dejaré que se forme una opinión por sí solo —dijo Sebastian, un poco secamente. Tras un silencio incómodo, cedió—. Un divorcio asqueroso. Angela tiene sólo quince años y ha pagado los platos rotos. Ninguno de los dos la quiere, y ella lo sabe.

El tono falso había desaparecido; hablaba con amargura.

Kincaid tuvo la impresión de que se había asomado bajo el cascarón por segunda vez en aquella tarde. Un atisbo, sin embargo, que no iba a pasar de eso, pues Sebastian emprendió el descenso por las amplias escaleras hasta la entrada y continuó su monólogo.

—Nos queda la planta baja. La *suite* de delante está vacía esta semana. Se llama la Herriot^[1], por cierto. Una suerte que no haya también la Siegfried o la Tristán. Nos encanta echar mano de nuestras celebridades locales en cuanto podemos. Ya le he hablado de los Rennie; y la *suite* trasera del otro lado tiene la joya de la semana, las hermanas MacKenzie, de Dedham Vale. Las dos ancianitas se lo han pasado en

grande durante la primera semana, son conmovedoras. —Al ver la sonrisa de entendimiento de Kincaid, continuó—. Veo que ya las conoce. Pero no se deje engañar por las apariencias. Tal vez a Emma le haya parecido más Munning^[2] que Constable, pero no creo que sea tan masculina como quiere hacer creer, ni Penny tan tonta.

Habían llegado a la entrada e hicieron una pausa.

—¿Y los chalets? —preguntó Kincaid.

—Están vacíos. Aparte del de Cassie. —Otro asunto zanjado, pensó Kincaid ante la brusquedad de Sebastian—. La recepción ya la ha visto. Al otro lado está la sala, que lleva al bar White Rose. Eso anima a que los propietarios se reúnan. Se supone que se fundamenta en la honradez, pero siempre hay quien no paga: cuando se han servido la bebida miran furtivamente por la sala por si los ven poner o no el dinero en el bol.

Sebastian se miró al espejo del vestíbulo, se peinó un mechón de pelo con los dedos y se arregló los pantalones a la altura de la estrecha cintura.

—Bueno, es hora del teatro y la diversión. ¿Puedo acompañarle a la batalla?

Lo miró con tanta complicidad como si le guiñara el ojo, dejando en Kincaid la sensación de ser tan transparente a ojos de Sebastian Wade como el resto de los tontos del mundo.

* * *

En la sala, el ambiente estaba cargado de humo y la mala ventilación, que producía picor de garganta, se sumaba al rojo de las barras eléctricas que brillaba en la chimenea. Los huéspedes formaban grupitos como para protegerse sobre la alfombra de estampado rojo y verde, y sus voces se mezclaban como en un coro.

Sebastian lo acompañó por la sala hasta la barra y le sirvió una cerveza. Mientras esperaba, Kincaid se fijó en una habitación detrás de la barra a la que Sebastián no había hecho referencia. A diferencia de la pulcra y ordenada recepción donde Cassie lo recibiera, ésta era un verdadero despacho: un escritorio gris metálico y un armario, una resistente silla de secretaria y una percha de madera dentada sustituía la elegancia estilo Reina Ana. Los papeles cubrían en parte la calculadora, desparramados sobre la mesa hasta la máquina de escribir. Aquel debía de ser el dominio de Cassie, el centro neurálgico de la casa. No era de extrañar que Sebastian hubiera decidido pasarlo por alto.

Volvieron a cruzar la sala con sus bebidas hasta un lugar privilegiado junto a la puerta. Sebastian se apoyó contra la pared apuntalando un pie y repasó la sala con vivo interés.

—A ver —dijo—, es el momento de las adivinanzas. Veamos si sitúa al resto del grupo.

Cuatro personas estaban reunidas frente a la barra, con bebidas en la mano, en parte atentas a la conversación y en parte a la sala, con aires de estar acostumbradas a los cócteles.

—Están pegando un buen repaso, no vayan a perderse algo interesante — Sebastian dio un sorbo a su jarra y esperó a que Kincaid relacionara caras y descripciones.

—Hum —dijo Kincaid, aceptando el reto—, el señor alto e impecable con traje Savile Row... ¿es el político?

Esbelto, con el cabello brillante y bien cortado, era un hombre de pómulos prominentes que daban distinción a su rostro. Le relucían hasta las uñas de la mano con que sostenía el vaso. Sebastian asintió y Kincaid continuó:

—No es sólo por la pinta. Parece que esté en un escaparate, para que lo miren. A ver, la mujer de pelo crespo y el vestido tejano holgado. No es su esposa... Es la propietaria del centro de salud. Maureen, ¿no?

Sebastian sonrió, aprobador.

Un hombre enclenque de mediana edad, cabello ralo y gafas, monopolizaba la conversación. Los demás rostros expresaban varios grados que iban del desinterés al puro aburrimiento.

—El señor Lyle, de Hertfordshire, ¿verdad? Y la mujer morena con cara de sufrimiento tiene que ser su esposa.

—Bravo. Perfecto. A ver si los remata...

—Ni que fueran toros. —Kincaid repasó la sala, obediente; le divertía poner a prueba su memoria casando nombres y descripciones.

En una mesa junto a la ventana había un hombre voluminoso, con el cabello ralo compensado en cierto modo por una espesa barba castaña que le cubría la barbilla. Estaba jugando con dos niños, y aunque tenían la atención puesta en un tablero, parecía incómodo por la chaqueta y la corbata, se tiraba con los dedos del cuello de la camisa y agitaba los hombros inquieto dentro de la chaqueta.

—El resto de los Hunsinger, sin duda.

Sebastian no lo oyó. Había centrado toda su atención en una jovencita que estaba sola apoyada en la pared. Su cara conservaba una redondez infantil que ablandaba sus rasgos, todavía indefinidos; Kincaid pensó en un *puding* sin cuajar. Las ojeras oscuras le daban un aire espectral, y el cabello de punta y vetado de violeta parecía una extensión natural de su gesto hosco. Kincaid dio un codazo a Sebastian y dijo bajito:

—¿Angela? Quizás debería ir a ver si puede animarla. Yo me sé cuidar solo.

—De acuerdo —dijo Sebastian—. Hasta luego.

Kincaid se arrepintió casi de inmediato. La mujer del vestido de tela vaquera se encaminó hacia él esquivando el sofá, con una sonrisa resuelta. Parecía haber estado esperando la oportunidad de escapar. Llamó su atención una mujer que vacilaba en el

umbral. Llevaba un conjunto sedoso, color crema, estampado con rosas, contrastando con su aspecto llamativo y anguloso. La que faltaba, la científica, pensó, pero antes de que pudiera dar un paso hacia ella, Maureen Hunsinger lo alcanzó como una marea llena de buenas intenciones.

* * *

Hannah encontró la reunión en pleno apogeo, y cuando entró en el salón intentó ostentar una expresión alegre. Se dirigió a la barra y se sirvió un *whisky*, sin lograr recordar cuándo había necesitado antes algo de alcohol para actuar.

A su lado, sirviéndose una copa de licor de jerez abundante, estaba la más fofa de las hermanas MacKenzie con su suave cabello gris desplegado en forma de halo alrededor de la cara, como si hubiera atravesado un vendaval. Penny hizo una inclinación a Hannah y levantó la copa, susurrando con tono cómplice:

—Un regalo especial —dijo, y prosiguió, con confianza ingenua—, y ¿qué le parece nuestra nueva adquisición, señorita Alcock? Nos hemos encontrado con él esta tarde en la tienda, un hombre encantador, tan educado... Cassie dice que trabaja para el gobierno, lo cual resulta lamentable. Nadie lo diría.

Hannah siguió su mirada hasta el otro lado de la sala, donde un hombre alto estaba apoyado en la pared, clavado como una mariposa con un alfiler por una mujer bien dotada y vestida de forma llamativa. No tenía aspecto de funcionario. Buena presencia, treinta y tantos, o quizás algo más, de cabello castaño claro, revuelto, y una nariz ligeramente irregular. Escuchaba a Maureen con expresión divertida, pero Hannah percibió en él sentido de la observación y una serenidad que lo mantenía a distancia.

—Kincaid —dijo Penny—. Se llama Duncan Kincaid.

Hannah apartó la vista y se reprochó haberse distraído con semejantes tonterías cuando tenía algo más importante en que pensar. Entonces, como si hubiera notado su mirada, Kincaid se volvió y sus miradas se cruzaron. Él sonrió. Con una sonrisa de oreja a oreja, tan maliciosa como amable, y completamente desarmante.

Cassie apareció junto a Hannah con su acostumbrada y callada eficiencia, anunciada por la fragancia penetrante y fresca que usaba. A Hannah le recordó el olor de las hojas cuando queman.

—Según tengo entendido, se ha encontrado esta mañana con la señorita MacKenzie. Permita que le presente a los demás huéspedes.

Cassie ejecutó su papel de anfitriona con impecable profesionalidad, tal como Hannah esperaba. El encuentro que tan fervientemente deseaba se cumpliría sin esfuerzo, con la facilidad de un encuentro casual. Tenía que evitar traicionarse con un

tartamudeo o un gesto incontrolado, pero contrajo tan fuertemente los músculos abdominales que le costaba respirar. Se obligó a relajarse e inspiró hondo, diciendo, con una sonrisa tan leve como la de Cassie:

—Desde luego, será un placer.

El aire olía a humo de leña y a comida. Kincaid olisqueó con placer, mientras recorría el corto camino que iba desde el aparcamiento del Carpenter's Arms, y su estómago respondió con un gorjeo. El discurso de Maureen Hunsinger sobre los beneficios de las algas y del tofu le habían provocado visiones traicioneras de empanada humeante de carne, patatas fritas y compota de manzana. Cassie le había recomendado aquél como el restaurante favorito de los entendidos y cuando Kincaid empujó la pesada puerta entendió por qué. El lugar podía ser recargado, pero el fuego encendido en el hogar, en el extremo de la barra, lo invitaba con su parpadeo. Pidió una caña de cerveza local y se fue a calentar la espalda junto al fuego, sin prisas ya por comer.

La noche de los domingos no había mucha clientela, y la sala estaba tranquila. Kincaid bebía cerveza mirando a su alrededor con interés. Unos cuantos parroquianos charlaban con el camarero sobre la carrera del día siguiente en Catterick.

Al fondo de la sala, había una mujer sentada junto una mesita, estudiando la carta con unas gafas de leer puestas sobre la punta de la nariz. Reconoció a Hannah Alcock, aunque en el cóctel no se la presentaron. Cassie había conseguido presentarle a casi todos, pero Hannah se retiró pronto, sola. Ahora estaba concentrada en la carta y, pensando que no encontraría momento mejor para remediar la falta, se dirigió hacia ella.

Hannah Alcock pareció sorprendida cuando él se detuvo delante y se presentó. A Kincaid le pareció percibir una punta de decepción pintada en su cara antes de que le sonriera, pero la impresión fue tan rápida que la achacó a su imaginación. Ella se quitó las gafas y las guardó rápidamente en su bolso.

—Una pequeña vanidad —se disculpó—. Las gafas son una necesidad de la edad, pero no me he acostumbrado. ¿Se sienta conmigo?

—Gracias. Dicen que se empieza viendo mal de cerca, y que antes de darnos cuenta llevamos gafas bifocales. Qué alegría, ¿no?

—Dios no lo quiera —rió ella—. En ese caso mi vanidad podría resultar un inconveniente. Le reconozco del cóctel. Penny MacKenzie estaba muy impresionada.

—Yo también por ella. Penny es encantadora, pero a su hermana no creo caerle tan bien. Me hace sentirme como si hubiera olvidado la lección, o como si llevara la corbata torcida.

Hannah se echó a reír.

—Ya le entiendo. ¿Es la primera vez que viene?

—Sí, y sólo gracias a la generosidad de mi primo. ¿Y usted?

—También. He llegado esta mañana. Me pareció buena idea —hizo una pausa y Kincaid tuvo la sensación de que estaba a punto de decir algo— probar unas vacaciones diferentes. Siempre he...

—Perdone, señora. Su mesa está preparada. —La camarera vaciló, mirando a Kincaid—. ¿El señor...?

Kincaid se levantó, sintiéndose repentinamente fuera de lugar.

—No quiero entretenerla...

Hannah hizo un gesto con la mano, rozándole la muñeca.

—No, no, sería una tontería cenar cada uno por su cuenta. Cenemos juntos. Me apetece su compañía.

—Si no le importa... —fue todo lo que pudo murmurar, de pronto deprimido ante la idea de cenar solo.

El pastel de carne estaba a la altura de sus mejores expectativas, con su costra dorada y el relleno enriquecido con vino y setas. Un exceso de setas, a decir verdad, pues habían empezado por la especialidad de la casa, champiñones rellenos de paté, empanados y fritos. Maureen Hunsinger, pensó satisfecho, quedaría horrorizada.

Hannah se había comido su trucha en camisa con una delicada precisión y ahora alineaba el cuchillo y el tenedor en el centro del plato, en perfecto paralelismo. Contempló a Kincaid por encima de su copa de vino.

—¿Está casado?

—Divorciado.

—¿Con hijos?

Con la boca todavía llena, negó con la cabeza.

—Entonces, ¿hay una buena relación?

—Normal. —Se encogió de hombros y oyó un eco amargo en su voz. Le sorprendió que le escociera aún tanto. Había pasado mucho tiempo, al fin y al cabo, y el tiempo todo lo cura. Entonces él estaba haciendo el curso de inspector en Bramshill, había aceptado una invitación a una fiesta en Oxford, y fue hendido como un arbolito bajo un hacha. Victoria, el nombre le pegaba, tenía los huesos finos y era de un rubio cegador (como la luz del sol sobre el mármol, le había dicho él una vez, en un exceso poético que ahora le mortificaba recordar), con cabello como algodón de azúcar y una expresión grave que lo intrigó.

La felicidad duró menos de dos años. ¿Cómo podía haber estado tan ciego, él, entrenado a descifrar las expresiones y el lenguaje del cuerpo? Ella se saltaba las clases, no acababa la tesina, se ausentaba injustificadamente, y su distanciamiento se convirtió en una barrera impenetrable. Cuando la magnitud del cambio acabó por filtrarse hasta su conciencia, exhausta por el exceso de trabajo, ya era demasiado tarde.

—Lo siento —la voz de Hannah lo sacó de su abstracción—, no debí preguntar eso.

Kincaid sonrió, sacudiéndose la melancolía momentánea.

—Supongo que podría ser peor. ¿Y usted?

—Soy una solterona. Es el término más apropiado.

—Para usted no: «solterona» suena a señorita de pelo gris, y no encaja en la descripción. —Kincaid la observó, preguntándose por qué una mujer tan atractiva no se habría casado.

Hannah se adelantó:

—Me encanta mi trabajo. Y mi independencia. Creía que me bastarían.

Mientras hablaba, jugueteaba con un anillo de su mano derecha. Kincaid se preguntó si el uso del pasado era inconsciente.

—Sebastian me ha dicho que es una científica.

—Biogenética. Dirijo una clínica privada que investiga algunas enfermedades virales raras. La esposa del propietario murió de CJ y él se ha dedicado desde entonces a buscar una cura.

—¿Qué es CJ? —preguntó Kincaid—. ¿Debería saberlo?

—Perdone. Quiere decir la enfermedad de Cruetzfeld-Jakob. Provoca desorientación, parálisis muscular, demencia prematura. Y es fatal. Se cree que la causa es una partícula viral llamada prion. —Como él la miraba inquisitivo, explicó —: Los priones son subvirus, proteínas puras que no tienen ADN propio. Explotan la proteína de las células que los alojan con el objetivo de reproducirse. El prion parece ser una perversión infecciosa de una proteína normal humana llamada PrP... bueno, da igual. Ya se ha perdido. Pensará que debería estar acostumbrada, a estas alturas, ver esa mirada perdida muy a menudo.

—¿La clínica está en Londres?

—En Oxford. Es un establecimiento pequeño, en realidad, y Miles vive en el piso más alto de la casa.

—¿Miles?

—Miles Sterrett. Se llama Clínica Julia Sterrett por su esposa. Era joven cuando la enfermedad la afectó y para él fue terrible. No ha recuperado nunca la salud, y últimamente parece deteriorarse con rapidez. Pequeñas apoplejías, según el médico.

Hannah tomó un sorbo de su copa y Kincaid siguió su mirada: estaba estudiando un grabado de caza junto a la chimenea. Las sombras se movían sobre las formas alargadas de los caballos, recordándole las pinturas rupestres que vio una vez en una cueva.

Ella se bajó las gafas y le sonrió, cambiando de tema.

—¿Y usted? Penny me ha dicho que trabaja como funcionario.

Kincaid se sintió tentado, pero reaccionó a tiempo:

—Un trabajo anodino. Mucha burocracia.

Se sentía a miles de kilómetros de Scotland Yard, y no le apetecía pinchar la burbuja perfecta de la noche. A paseo las consecuencias.

—No le pega. Tal vez sea un espía.

Kincaid soltó una carcajada.

—No, por Dios, eso sí que sería aburrido, rutina de sabueso.

Hannah frunció el entrecejo y la frente se le llenó de arruguitas; ajustó al milímetro la posición de sus cubiertos.

—Eso me recuerda... lo de la rutina de sabueso, quiero decir. Hace unos seis meses me entraron en casa. Sólo se llevaron el reloj, una cámara barata, algunas joyas. Pero lo registraron todo. Mi escritorio, todos los cajones. Qué sensación más desagradable. Me dio muchísima rabia, y a la vez sentía escalofríos de pensar en alguien registrando mis cosas. Hasta mi ropa interior. Qué estupidez, en realidad —añadió, un tanto avergonzada.

—Es muy normal —dijo Kincaid—, la mayoría de gente se siente furiosa y violada, y tardan mucho en olvidarlo.

Sus palabras tranquilizadoras sonaron profesionales, nacidas de la experiencia. Al principio de su carrera se había encargado de casos de robo, y había compartido la desesperación de quienes solían tomar peor la invasión de su intimidad que la pérdida de sus posesiones. Hannah lo miró con interés, con mirada interrogante.

Cuidado, pensó. Decididamente, el doble juego no le iba bien. Era preciso un prudente cambio de tema para seguir con la cena, si es que conseguía no volver a meter la pata.

—Parece como si la camarera quisiera barrernos. ¿Nos vamos?

* * *

Se encontraron uno ante el otro, apurados, en el patio de Followdale House, entre el nuevo Citroën de Hannah y el Midget. La comparación hizo que Kincaid se sintiera en el deber de justificar a su viejo amigo.

—Me gusta —dijo, con sorna—. La vejez y la belleza van parejas.

Hannah soltó una carcajada y todo el apuro que había entre ellos se deshizo.

—Y en este caso, toda la belleza está en el ojo que mira.

La noche era especialmente cálida y brumosa para septiembre, el aire era suave. Kincaid no tenía ganas de que el encuentro terminara.

—¿Damos una vuelta por el jardín antes de entrar?

—Muy bien —contestó Hannah, y echaron a andar, unidos por un compañerismo silencioso. La luz del jardín era difusa y no proyectaba sombras, y los leones de piedra blanca de los parapetos les lanzaban destellos inquietantes a través de la

niebla. Sutton Bank se alzaba ante ellos, una masa oscura recortada contra el cielo. Se detuvieron al final del camino y miraron hacia atrás, a la casa. Las ventanas del primer piso brillaban amarillas, y una luz parpadeó en la *suite* de la planta baja tan brevemente que Kincaid pensó que había sido un efecto óptico.

—¿Sabía que somos vecinos? Habrá que ver quién tiene la mejor vista. Cassie me aseguró que yo tenía la mejor de la casa.

—A mí me dijo lo mismo —dijo Hannah—. Me tendrá que recitar poesías desde su balcón a medianoche. —Soltó una carcajada, luego estiró los brazos por encima de su cabeza y giró sobre sus talones, en un extraño gesto de abandono—. He pasado una noche estupenda. No las tenía todas conmigo con estas vacaciones, pensé que podía ser... una mala idea. No sé explicarlo... es tan complicado. Pero de repente me siento como si todo fuera a ir bien. Tiene usted una influencia positiva sobre mí.

—No sé si es un cumplido —respondió él con una sonrisa simpática, pero se preguntó qué o quién estaba detrás de aquella explosión de alegría, pues no le pareció que se debiera exclusivamente a él.

* * *

Lo despertó el canto de los pájaros. El sonido entraba por la puerta cristalera abierta, y un haz de luz subía y bajaba por el aire inmóvil. Kincaid se giró y se puso un almohadón encima de la cabeza, luego se desperezó y miró el reloj: las siete.

Se había quedado profundamente dormido en el sofá con la lámpara encendida y el libro abierto sobre el pecho, tras acompañar a Hannah hasta su puerta y darle las buenas noches. Se sentía sorprendentemente descansado después de aquella noche poco ortodoxa. Tenía tiempo de ir a nadar y darse una ducha antes del desayuno, y luego el día prometía ser ideal para ir a conocer los valles de Yorkshire. Dejó su ropa arrugada en un montón encima de la cama, se puso el bañador y el albornoz y salió de su habitación descalzo.

La casa estaba sumida en la calma y el silencio. No olía a café ni a bacon, no se oían rumores de conversaciones detrás de las puertas. Se detuvo por un instante en el vestíbulo, deleitándose en la paz de la mañana y su renovada sensación de bienestar físico.

Abrió la puerta del balcón. Tal vez tendría toda la piscina...

De pronto, sonó desde abajo un aullido agudo y penetrante. Un animal angustiado, un cachorro de perro o de gato, fue su primera idea, momentánea, pues enseguida se dio cuenta de que era un grito humano de terror. Se precipitó escaleras abajo e irrumpió por la puerta.

Los dos niños estaban abrazados en las escaleras, a la entrada, a pocos pasos del *jacuzzi* de la piscina.

El cuerpo desnudo de Sebastian Wade se mecía contra el borde, al ritmo ininterrumpido de los remolinos de agua.

Sebastian flotaba boca abajo, tenía la piel cenicienta y el pelo rubio ondeaba como una anémona en una ilusoria vivacidad. A pesar de la primera impresión de Kincaid, llevaba un bañador estampado con flores tropicales.

Había un grueso cable eléctrico enroscado en torno al balcón del primer piso que se hundía en las agitadas aguas. Kincaid empujó a los niños, que se habían quedado mudos, a través de las puertas. Tenían expresiones conmocionadas y, como no recordó sus nombres, se agachó delante de ellos y les dijo con suavidad:

—Quedaos aquí. No podéis tocar el agua. ¿Habéis entendido?

Los niños asintieron solemnemente y Kincaid los dejó para subir los escalones de tres en tres hasta el balcón.

El cable se extendía por la barandilla desde el enchufe cercano a la puerta del fondo. Kincaid aferró la clavija con un pliegue del albornoz y la soltó, luego aseguró el cable enrollándolo a uno de los barrotes del balcón. Se detuvo un instante a tranquilizar a los niños y volvió a la piscina, se quitó el albornoz e inició la incómoda tarea de sacar el cuerpo del agua.

La piel de Sebastian estaba flácida y reblandecida. Todavía sorprendía a Kincaid, a pesar de su larga experiencia con cadáveres, que algo tan intangible como la presencia de vida pudiera experimentarse tan claramente al contacto con la piel. El cuerpo de Sebastian, sin embargo, al contrario que la mayoría, estaba caliente, más caliente incluso que el suyo, con la carne viscosa y resbaladiza.

Kincaid logró por fin sacarlo de la piscina agarrándolo por las axilas, y Sebastian cayó sobre el borde del ladrillo con un leve rebote. Kincaid le dio la vuelta en busca de señales vitales, aunque la rápida alteración del cuerpo en agua caliente convertía su acción en inútil.

Las puertas de la piscina se abrieron de par en par y oyó una exclamación detrás de él. Se incorporó con esfuerzo y se secó las manos en los costados en un gesto instintivo.

Era Emma MacKenzie, ante la puerta, todavía con la mano en el picaporte. Menos mal que era Emma y no Penny, pensó Kincaid.

—Dios mío. Es Sebastian. Está muerto, ¿verdad? —Le sorprendió la suavidad de su voz. Se acercó y tendió la mano, como para tocarlo.

Kincaid asintió:

—Eso me temo. ¿Podría usted ir al despacho y llamar a la policía local? Y luego esperarlos para acompañarlos hasta aquí.

—Pero... ¿y los niños?

—Ya han visto lo peor. No creo que unos minutos los perjudiquen todavía más. Alguien tiene que quedarse con el cadáver. Si los mando subir solos sus padres bajarán inmediatamente, y es mejor que haya el menor lío posible antes de que llegue la policía.

Emma reflexionó un momento, con aire, ausente, abrazando la toalla doblada contra su cuerpo.

—De acuerdo —dijo, recuperando la eficiencia. Salió, acompañada por el ruido de sus chancletas sobre las baldosas.

Ella había aceptado su autoridad sin cuestionarla, pensó Kincaid, pero no todo iba a resultarle tan fácil. Había sido un estúpido al fingir no ser quien era, y ahora tendría que apechugar. Tenía un instinto de policía demasiado desarrollado para sofocarlo. Sentía ya que sus sentidos se aguzaban, como al principio de cada caso. Pero éste no era suyo, se recordó con determinación. No estaba en su jurisdicción, y sus colegas de la zona lo verían como un estorbo: Scotland Yard metiendo las narices donde no la llaman. No conocía a ninguna de aquellas personas, tal vez sólo a Hannah. No quería tener más que una relación casual con ellos y no debía implicarse por nada del mundo. Sintió un aguijonazo en la conciencia. Sebastian le caía bien. De pronto, se notó agotado.

Se le ocurrió, en el breve remanso entre el descubrimiento y la actuación oficial, que estaba sufriendo cierto grado de conmoción. Siempre sentía un acceso de lástima y rabia al encontrarse con un cadáver, aunque había aprendido a distanciarse, a categorizarlo. Pero nunca antes se había encontrado con el cuerpo de alguien a quien había conocido, tocado, con quien había hablado horas antes. Sintió la necesidad de hacer un gesto especial, de reconocimiento. Se arrodilló y tocó por un instante el hombro desnudo de Sebastian.

Se estremeció. Tenía la piel mojada y fría ahora que el acceso de adrenalina había bajado. Por bien que le hubiera caído Sebastian, él no era responsable de su muerte, no tenía otro poder oficial que el de un testigo inocente. Y como no podía hacer nada más por Sebastian Wade, volvió al lado de los niños.

* * *

El policía de guardia no tardó en llegar, abotonándose todavía la chaqueta del uniforme. Era un hombre joven y grueso, de cara redonda y rubicunda y expresión

ligeramente bovina.

—A ver, ¿qué es eso de que se ha ahogado un hombre en la piscina?

—No se ha ahogado —dijo Kincaid. Le hizo una señal a Emma, que le pisaba los talones al policía, para que se quedara con los niños—. Se ha electrocutado. Con un aparato pequeño, supongo. Lo he desenchufado desde arriba, antes de sacarlo del agua, pero no he comprobado qué era.

—¿Ha tocado el cadáver, señor?

Observó con calma a Sebastian que yacía como una ballena varada en el borde de la piscina, aunque a Kincaid le pareció que perdía algo de su color rosado.

—Pues claro que lo he movido. Tenía que comprobar que estaba muerto.

La exasperación de Kincaid hizo que el policía se afirmara en su dignidad oficial. Se irguió en toda su altura, nada despreciable, sacó cuaderno y lápiz y se balanceó sobre los talones.

—¿Y usted quién es, señor?

Por desgracia, chupó el lápiz antes de llevarlo al cuaderno, y eso le hizo perder algo de la imagen de competencia y autoridad que pretendía darse.

—Me llamo Kincaid. Soy detective. Comisario de Scotland Yard. Estoy aquí de vacaciones y casualmente he sido el primero en bajar, aparte de los niños. Y, gracias a Dios, ellos no han tocado nada.

Había averiguado que los niños se llamaban Bethany y Brian, y que se habían escabullido de la habitación mientras sus padres dormían.

—Es que queríamos explorar —le había explicado Brian, con un ceceo exagerado por el hueco de un diente—. Parecía que el hombre estaba nadando y podía aguantar mucho sin respirar. Pero no salía y no salía...

—Y estaba muy raro —añadió Bethany—. No sabíamos que era Sebastian, no hemos visto su... y entonces Brian se ha echado a llorar. —La niña había mirado con reprobación a su hermano, con toda la superioridad de una hermana mayor, ahora que el horror se había quedado al otro lado de la puerta—. ¿Hemos hecho algo mal?

Brian hizo un puchero, al borde de las lágrimas, y Kincaid se apresuró a tranquilizarlos:

—Los dos habéis sido muy valientes y muy responsables. Vuestro papá y vuestra mamá estarán orgullosos de vosotros, y en cuanto llegue la policía alguien os acompañará arriba, con ellos.

El policía parecía haber decidido que Kincaid no podía ya causar ningún daño. Después de todo, llevaba solo con el cadáver un buen rato:

—Agente Rob Trumble, señor. Tengo que llamar a la central. Si no le importa...

—Claro. —Kincaid le hizo un gesto de despedida y se quedó ante el cadáver, indeciso. Con qué diablos lo habrían hecho, se preguntaba. Se quitó el albornoz y se introdujo en el agua templada. Se envolvió la mano con un trozo de tela, la metió en el agua y sacó el objeto del fondo con cautela. Era un calentador eléctrico portátil, del

tamaño de un bolso de mujer, y si no estaba muy equivocado, lo había visto, o uno muy parecido, bajo el escritorio metálico de Cassie.

* * *

El agente Trumble, sonrojado por la excitación e imbuido de autoridad, dio permiso a Kincaid para secarse y vestirse, y Emma fue a acompañar a los niños a su habitación. Kincaid no tenía ganas de que los oficiales de la jefatura de policía de Mid-Yorkshire lo encontraran desnudo, mojado y sin documentación. No tenía sentido ponerse en una posición de desventaja psicológica. Se había friccionado la cabeza con la toalla, se había puesto los tejanos y un gastado jersey de algodón azul. Con zapatillas de deporte y la cartera y las llaves bien guardadas en el bolsillo, se sintió suficientemente armado. Cuando bajaba ya las escaleras de la piscina, un vacío en el estómago le recordó que no había desayunado.

Cuando había vuelto a su habitación le sorprendió que fueran las ocho, y que la mañana avanzara a su paso habitual. La prometedor calma de una hora antes parecía a años luz de distancia. En la casa se iniciaba el revuelo. Oyó las puertas abrirse suavemente y movimientos en las habitaciones vecinas. La policía local tendría que apresurarse a retener a los huéspedes antes de que iniciaran su éxodo diario.

Kincaid volvió junto a Trumble, que vigilaba la piscina en silencio, y cuando llegó el inspector jefe Bill Nash, acompañado del inspector Peter Raskin, Kincaid se alegró de ir vestido. Nash era calvo, corpulento y arrugado, como un elfo jovial con voz campechana de Yorkshire y ojillos negros y opacos como el alquitrán. Nash dio un golpecito a la tarjeta que le mostraba, y Kincaid tuvo la sensación de haber sido valorado y rechazado en cinco segundos.

—Estamos buenos —dijo Nash—, uno de Scotland Yard que no tiene nada mejor que hacer que meterse en los asuntos de los demás. Lo que nos faltaba. ¿Y cómo ha llegado tan rápidamente al escenario, muchacho?

Kincaid disimuló su antipatía y se obligó a mostrarse razonable:

—Mire, inspector, por pura coincidencia. No tengo ninguna intención de meterme por medio, pero me gustaría mirar, si no molesto.

—Pues procure no molestar. —Nash se daba cuenta de que no era conveniente desde un punto de vista político echar del lugar a un oficial de Scotland Yard, pero su voz no era acogedora. Estudió el cadáver con detenimiento—. El señor Sebastian Wade, ¿verdad?, ayudante de dirección. Ex ayudante de dirección, más bien.

Permaneció en un silencio contemplativo por un momento más, luego salió de su abstracción.

—Peter, toma declaración al señor Kincaid, para que pueda irse a sus quehaceres.

Puso el énfasis en la palabra «señor», y Raskin lo miró receloso, luego sacó el cuaderno e invitó a Kincaid a sentarse en el banco de madera adosado a la pared. No había hablado desde que los presentaron. Ahora, mirando de reojo para asegurarse de que Nash estuviera ocupado, arqueó las cejas en un gesto de complicidad hacia Kincaid. Raskin era un hombre joven, enjuto, de rostro delgado y oscuro, de cara saturnina y un mechón de cabello negro estilo Heathcliff^[3] sobre los ojos. Kincaid respondió a sus pausadas preguntas con la mitad de la atención, mientras escuchaba a Nash con la otra.

Trumble recibió el encargo de ir a ver a los huéspedes.

—Trumble te llamas, ¿no? Vamos a ver, reúnelos a todos en el salón, quieran o no, y que se queden allí hasta que los necesite. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Trumble, con poco entusiasmo. Kincaid lo sintió por él: era el acontecimiento más emocionante de toda su carrera, y lo relegaban a hacer de canguro. Se iba a perder el trabajo de los investigadores en la escena del crimen. Tenía poca experiencia para aprovechar la situación y observar las reacciones de los huéspedes ante la noticia, o para escuchar con atención lo que se dirían entre sí mientras estaban reunidos. Nash no lo instruyó en nada.

Que le tomaran declaración, y no tomarla él, fue una nueva experiencia para Kincaid, e intentó ser tan conciso como supo sobre sus movimientos y la secuencia de los acontecimientos, sin dejar de observar el lento movimiento de Nash en torno a la piscina. Nash se agachó al lado del cuerpo de Sebastian, con los antebrazos apoyados en sus fuertes muslos y las manos colgando por delante. A Kincaid le recordó un buitre saciado. Repitió la postura delante de la ropa de Sebastian, cuidadosamente doblada, luego se acercó al borde de la piscina y estiró el cuello para ver el cable eléctrico.

—¡Qué resolutivo! —sentenció—. Había decidido quitarse de en medio. Muy listo, el chico. Lo ha enchufado arriba, lo ha dejado caer, ha bajado y ha saltado al agua. Si no hubiera muerto con la descarga, habría perdido el conocimiento el rato suficiente para ahogarse.

—No —se le escapó a Kincaid—. No ha podido ser así. Alguien ha llegado mientras estaba todavía en el *jacuzzi*, de espaldas al balcón, donde están los chorros más fuertes. Alguien ha enchufado y descolgado el cable con sigilo. Aunque Sebastian lo hubiera visto caer no habría tenido tiempo de salir.

No dijo que el calentador debía de haberse apagado al entrar en el agua y por tanto la descarga de corriente habría durado unos segundos.

—¿Y usted por qué sabe tantas cosas, muchacho? ¿Puede ver el pasado? —Nash se volvió y miró a Kincaid con sus ojos de botón—. A mí me parece un suicidio. Mire la ropa, toda dobladita. Típico.

—No. Él era una persona ordenada, no me lo imagino dejando la ropa en un revoltijo. Probablemente lo hacía siempre. Anoche dijo abiertamente que le gustaba

venir a última hora. Estoy seguro de que no encontrarán sus huellas dactilares en el cable ni en el enchufe. Los suicidas no suelen usar guantes. Y él no era un suicida.

Ahora había obtenido toda la atención de Nash.

—Está muy seguro de lo que dice, de repente, chico. ¿No le había dicho al inspector que sólo llevaba un día aquí? Hay que ver lo bien que ha conocido al señor Wade en tan poco tiempo.

Su voz se había vuelto suave, con un poco más de camaradería. Kincaid apretó los puños y se mordió la lengua. Cualquier cosa que dijera sobre el rato que pasó con Sebastian sonaría superficial, absurdamente sentimental. La única salida era combatir con las mismas armas de Nash. Le sonrió y dijo, sin alterarse:

—Soy muy observador. Es mi trabajo, inspector, quizás se le olvida.

Cualquiera que fuera a ser la respuesta de Nash ante aquel gesto tan poco sutil de superioridad fue interrumpida por la llegada del equipo científico del distrito. Kincaid se sintió aliviado al ver que Nash era lo bastante competente como para retirarse y dejarles trabajar sin interferir, aunque tenía poca esperanza en los resultados.

El fotógrafo colocó los focos y las cámaras con la facilidad que le daba la práctica y empezó a sacar instantáneas del cuerpo. El biólogo forense era un hombre rubio con dientes de conejo; llevaba pantalones cortos, una camiseta manchada y zapatillas de tenis, que no pegaban nada con los finos guantes de látex que se estaba poniendo. Se agachó al lado de la ropa de Sebastian, como había hecho Nash, y se puso a inspeccionarla con dedos hábiles.

No había sombra de forense de la policía. Kincaid aguardó a que Peter Raskin estuviera libre un instante para preguntarle:

—¿Dónde está vuestro forense?

—Parece que ha recibido otra llamada. Pero han telefoneado a la médico del pueblo. Quizá no es buena idea, pero en este caso probablemente no importe.

—¿Está de acuerdo con su jefe, pues, en que ha sido un suicidio?

—No, no he dicho eso. —Raskin se mostró cauto, y Kincaid vio un brillo de humor en sus ojos—. Pero un examen previo del cadáver no suele revelar mucho, y es el forense del distrito quien hará la autopsia cuando llegue. Mire —inclinó la cabeza hacia las puertas de cristal—. Ahí viene la doctora.

El maletín profesional que llevaba en la mano derecha era lo único que la identificaba. Vestía un chándal verde y zapatillas de deporte, y el cabello rizado y húmedo enmarcaba su rostro en forma de corazón. Nash, ocupado con el fotógrafo, no la vio. Raskin la recibió y Kincaid lo siguió a una distancia discreta, tendiendo a su vez la mano, que ella apretó con fuerza.

—Anne Percy.

Desvió la mirada en dirección al bulto inmóvil de Sebastian, y volvió la vista hacia ellos.

—¿Ya lo han preparado? He venido directamente, estaba corriendo —señaló su ropa, como excusándose—, antes de la consulta de la mañana.

Una médico de pueblo, pensó Kincaid, acostumbrada a asistir a moribundos rodeados por la familia, no a tratar casos criminales. Su parloteo nervioso tenía la misma función que el humor negro de los forenses de la policía.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién era?

Como miraba a Kincaid al hablar, tras una leve inclinación de consentimiento de Raskin, él respondió:

—Sebastian Wade, el ayudante de dirección de la casa. Una muerte sospechosa. —Captó el arqueado de ceja de Raskin, un gesto que empezaba a reconocer como señal de burla—. Electrocutado, o ahogado después de electrocutarse. Probablemente, anoche, tarde.

—¿Lo han encontrado en el hidromasaje?

Peter Raskin continuó el relato:

—El señor Kincaid lo ha encontrado cuando ha bajado a nadar esta mañana.

—¡Ah! —Anne Percy pareció momentáneamente desorientada—. Yo creía que usted también era policía...

—Lo soy —respondió Kincaid—, pero de vacaciones. Soy un huésped.

—Bueno, no sé qué puedo hacer yo, más que certificar la muerte. —Abrió el maletín y se arrodilló junto al cuerpo de Sebastian—. La temperatura corporal no sirve para establecer la hora del deceso ni tampoco lo hará la rigidez cadavérica. Sólo la autopsia puede determinar la causa de la muerte —dijo, poniéndose los guantes de látex después de flexionar el brazo de Sebastian.

Kincaid se sintió extrañamente incómodo, como si fuera indecente que mirara el cuerpo de Sebastian profanado, y se alejó cuando la doctora Percy se puso manos a la obra.

* * *

Cassie Whitlake estaba en la puerta, despeinada y desarreglada. En ella, un ligero desaliño daba sensación de un desorden terrible. Llevaba el cabello color castaño sin peinar, por detrás de las orejas; un faldón de la blusa fuera de la falda, y se había puesto unas pantuflas en los pies sin medias. El habitual color claro de su tez hubiera parecido sonrosado al lado de su actual palidez.

Kincaid dejó de mirar la pared del fondo de la piscina, pensando que su aprensión ya había durado bastante. Además, la visión de Anne Percy compensaba el desagrado de la visión de lo que le estaba haciendo a Sebastian. No oyó que la puerta se abría.

Cassie se quedó como anclada al pomo metálico de la puerta, con los ojos dilatados y clavados en la escena que tenía delante. Por qué razón no habrán puesto a

un policía en la puerta, se dijo Kincaid, encaminándose hacia ella, para evitar que pasen estas cosas. Le tocó el brazo.

—Cassie...

Ella no lo miraba. Toda su atención estaba centrada en el pequeño cuadro junto a la piscina. Anne Percy se quitó los guantes con delicadeza y cerró la bolsa, hablando por lo bajo con Peter Raskin.

—Cassie —repitió Kincaid—, deje que la acompañe...

—No. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado? No tenía derecho, el muy canalla.

Las lágrimas empezaron a correr por su rostro, más de rabia y sorpresa que de lástima, le pareció a Kincaid.

—¿A qué no tenía derecho?

—Se ha suicidado, ¿verdad? Aquí. Tenía que hacerlo precisamente aquí. Por despecho. Dios mío... qué voy a decir... Cómo lo voy a explicar... —Había perdido su perfecto acento de la BBC con la conmoción, y las vocales alargadas traicionaban su origen del sur londinense.

—¿Explicarlo a quién? —preguntó Kincaid.

—A la dirección. Es responsabilidad mía que no pasen estas cosas. Y usted... —miró por primera vez a Kincaid—, usted es un maldito poli. Ese energúmeno de policía ha dicho que es uno de ellos y que los está ayudando en la investigación. No nos lo había dicho. ¿Es que se ha dedicado a seguirnos y espiarnos?

—Cassie, lo siento. No parecía que fuera asunto de nadie a qué me dedicaba yo.

Ella volvió a mirar a Sebastian, y subió el tono de voz de forma alarmante.

—¿Cuándo se lo van a llevar? Lo verá todo el mundo. Y ¿por qué han concentrado a los huéspedes, como si fueran criminales?

Anne Percy reconoció el anuncio de una histeria inminente y se acercó a ellos, cruzando una mirada con Kincaid.

—Soy la doctora Percy. ¿Puedo...?

—Ya sé quién es. —Cassie apartó el brazo cuando Anne la tocó—. No necesito ayuda de nadie. No quiero sedantes.

Pareció reponerse, cerró los ojos y respiró hondo.

El agente Trumble, sonrojado y sudoroso, bajaba ruidosamente por la escalera de baldosas y se detuvo tras la puerta de cristales. Kincaid apartó suavemente a Cassie para que la puerta se abriera; ésta vez ella se dejó llevar.

Trumble buscó ansioso al inspector Nash y resopló aliviado cuando vio que no recibiría de inmediato el castigo divino.

—Tranquilo, agente. —La voz calmada de Peter Raskin tenía una punta de ironía al acercarse—. Ha salido por la parte de atrás para dar instrucciones al personal médico, la doctora Percy ha terminado.

—Señorita —Trumble sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió a Cassie—, no debería permanecer aquí. Está restringido el paso. Debe ir con los demás hasta que el inspector jefe hable con todos. —Y añadió para Raskin, como disculpa—: no sabía

que había un chalet separado, señor. Me lo han explicado los residentes, dijeron que alguien informara a la señorita Whitlake. Así lo he hecho, y ella me ha dicho que iría enseguida con los demás. Pero como no llegaba, me di cuenta de que había venido...

—Tengo derecho. Soy la encargada. Soy responsable de que todo... De acuerdo. —Cassie cedió al mirar el semicírculo de rostros implacables—. Esperaré con los demás, pero será mejor que acaben pronto. Tengo que hacer unas llamadas.

Ahora estaba más serena, y Kincaid percibió que recuperaba sus maneras calculadoras. Trumble, sin dejar de farfullar y mirar por encima del hombro, se la llevó a toda prisa, y Kincaid se fijó en que Cassie no volvía a mirar a Sebastian. Al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse? ¿Una desgarradora escena de despedida postrada sobre el cadáver de Sebastian? ¡No, al menos por parte de Cassie! Las lágrimas que se derramaran por Sebastian tendrían otra procedencia.

Peter Raskin se llevó a Kincaid aparte, sin perder de vista a su jefe, y bajó la voz para que fuera el único en oírlo.

—Le pasaré los resultados de la autopsia y los informes del laboratorio, si le interesan. A decir verdad —miró a Nash, que estaba al otro lado de la estancia despidiendo en tono agrio a un enfermero de la ambulancia—, a mí tampoco me convence lo del suicidio. Demasiado cogido por los pelos. Suelen dejar una nota, y eligen algo más suave, como pastillas o una inyección. Según el manual, los que optan por un final violento dejan todo desordenado y sufren un presunto accidente limpiando el arma. Aquí el perfil no encaja.

—Cierto.

Era una lástima que Raskin —quien tenía las características de un buen sabueso, discreto, observador, inteligente, y no tan obcecado en sus opiniones que no viera más allá de sus narices— tuviera que ir a remolque de un cretino como Nash. Kincaid se preguntó qué haría Raskin para no comprometerse en su desacuerdo con el jefe. Si Nash se equivocaba, como Kincaid estaba seguro que así sería, le echaría la culpa a alguien, y más le valdría a Raskin guardarse sus ideas para cuando hubiera pasado todo.

* * *

Kincaid se marchó al pueblo de Thirsk, haciendo caso omiso de la expresión «con el rabo entre las piernas» que sin querer martilleaba continuamente su mente. Le pareció conveniente evitar enfrentamientos con Nash mientras no tuviera más municiones.

Se sentó en un banco de la plaza del mercado con una empanada rellena caliente comprada en el mostrador de una pequeña panadería, un poco de queso fresco de Wensleydale y una manzana crujiente de un puesto del mercado. Dio cuenta de su almuerzo improvisado y se puso a explorar.

Hacia las tres y media Kincaid había visitado todo lo visitable en la pequeña población. El día era tan radiante como había previsto y el aire otoñal rico y brillante como una ciruela madura a punto de caer del árbol. Caminó por el pueblo, decidido a ser un turista poco exigente, ahuyentando sus pensamientos sobre los sucesos de aquella mañana en cuanto amenazaban su tranquilidad.

La bonita iglesia de estilo perpendicular^[4] con su torre almenada de veinticinco metros, había valido la pena. El suelo donde estaba construida se elevaba ligeramente de este a oeste, pero la iglesia se mantenía a nivel. Por lo tanto, la parte final de la iglesia con la torre parecían estarse hundiendo gradualmente en el suelo. Le hizo pensar en una enorme nave surcando mares embravecidos, y por un momento se sintió inestable sobre sus pies.

Su última parada fue la librería de la plaza. Salió con un libro de bolsillo bajo el brazo, Yorkshire, de James Herriot, con la promesa del librero de que era una guía perfecta para conocer la zona, mucho más que los áridos volúmenes pensados para ese propósito. Los últimos años le habían dado pocas oportunidades de comprar en librerías de pequeñas poblaciones, una satisfacción que lo devolvía a su niñez, a la región de Cheshire y a la librería de sus padres, en la plaza del pueblo. Otra satisfacción de la infancia iba a ser muy adecuada para aquella tarde: al otro lado de la plaza, vio un salón de té que anunciaba un surtido de pastas.

El salón de té Blue Plate hacía honor a su nombre con sus platos azules de variados diseños expuestos en los estantes y las mesas cubiertas con alegres manteles de cuadros amarillos y blancos. Sólo cuando se hubo sentado en una mesita del fondo y hubo pedido, Kincaid reparó en las dos mujeres que charlaban animadamente junto a la ventana. Maureen Hunsinger, con su rostro redondo y alegre y el cabello rizado, vestía un traje azul que podía haber tenido una vida anterior como colcha de ganchillo.

Tardó un rato en reconocer a la compañera de Maureen como Janet Lyle, la esposa del ex militar. Apenas había abierto la boca o sonreído en el cóctel y no había perdido de vista a su marido, mirándolo nerviosamente cada vez que hablaba. Kincaid no entendió si era para buscar seguridad o aprobación. Quizás era tímida, o no le gustaban las reuniones sociales. Desde luego ahora estaba a sus anchas, charlaba y reía, se inclinaba hacia delante y gesticulaba con énfasis, y el cabello le rozaba los hombros cada vez que movía la cabeza.

Qué curioso, pensó Kincaid, después de los acontecimientos de aquella mañana. ¿Estarían comentando con tanta energía la muerte de Sebastian? La excitación sería una reacción típica, motivada por el alivio que la mayoría de la gente experimentaba al sentirse a salvo cuando la muerte caía tan cerca. Pero no el buen humor que mostraban ellas, tan evidente incluso de lejos.

Aguzó el oído; las voces le llegaron a ráfagas.

—Ay sí, me acuerdo cuando la mía tenía esa edad. Es terrible, no sabes cómo van a acabar. Pero acaba... ¡luego empeoran! —Janet volvió a reír. Tendrá una hija

mayor, pensó Kincaid, que no ha venido de vacaciones con ellos. ¿Estaría en un pensionado, tal vez? Le volvió a llegar la voz de ella—... la mejor escuela, dice Eddie, luego la universidad. No sé cómo vamos a... —Acercaron más las cabezas, más serias ahora, y dejó de oírlas. De todas formas, no quería espiarlas; la conversación no era asunto suyo. Su maldito hábito de policía lo había llevado a espiar.

Las dos mujeres no habían reparado en él, y cuando llegó su té, abrió el libro y se sumergió en los placeres de la lectura sobre Yorkshire.

* * *

Ya no podía demorarse más. Llevaba mucho rato probando bollos y mermelada de fresa, había bebido tanto té que bastaría para empapar un caballo, y era objeto de las miradas de preocupación de la simpática camarera. Pagó la cuenta y retiró el Midget del aparcamiento público, al otro lado de la plaza. Con la capota bajada para aprovechar el sol, emprendió la lenta vuelta a Followdale House.

La casa parecía sumida en el silencio, cerrada a cal y canto. Tras aparcar el coche y encaminarse hacia la puerta, distinguió una figura acurrucada junto a las escaleras.

Angela Frazer no llevaba sus ojos oscuros maquillados, estaban enrojecidos e hinchada la piel alrededor. Hasta el cabello de punta, con reflejos violetas, parecía apagado. Miró a Kincaid sin decir nada. Cuando éste llegó a las escaleras, se sentó a unos pasos de distancia, la saludó y fijó la mirada en el camino, en un silencio que esperó que fuera neutro. Con el rabillo del ojo, la vio jugar con los dedos y las hebras de sus tejanos rotos; sus pies, calzados con unas sucias zapatillas blancas de lona, parecían ridículos de tan pequeños. Al cabo de un rato, con apenas un susurro, preguntó:

—A ti te caía bien, ¿verdad?

—Sí. —Aguardó, poniendo cuidado en no mirarla.

—Dijo que era usted un buen tío. —Ahora hablaba con más claridad, más fuerza —. Muy buen tío. No como los demás.

—¿Eso dijo? Me alegro.

—A ellos no les importa. A ninguno. Mi padre es un animal, ha dicho: «Un buen fin para un maricón». Todos andan diciendo... —Su voz vaciló y él se atrevió a mirarla de reojo, conteniendo el impulso de tocarla. Ella no lo miró, cruzó los brazos sobre su vientre y hundió los hombros en una postura de erizo—. Andan diciendo que se ha suicidado. Pero yo no me lo creo. Sebastian no lo hubiera hecho.

Se inclinó todavía más y apoyó la cara en las rodillas dobladas.

Dios mío, pensó Kincaid, qué podría decirle a aquella niña que no la hiciera sentir peor. ¿Estaría teniendo en cuenta las implicaciones de sus palabras? ¿Que si Sebastian no se había suicidado, alguien que ella conocía, y posiblemente que apreciaba, lo había matado? Kincaid pensó que no. Probablemente no le habían explicado todo y no podía saber que la muerte de Sebastian no había sido un accidente.

—Bueno —dijo, para ganar tiempo—, no sé nada definitivo todavía. Habrá pruebas que digan exactamente cómo ha muerto Sebastian.

—Nunca había muerto un conocido mío. Aparte de mi abuela, y llevaba mucho tiempo sin verla. —Las palabras de Angela quedaron ahogadas por sus rodillas—. No me dejarán verlo. Mi padre me ha dicho que no sea estúpida. Pero es que no puedo creer que haya muerto. Desaparecido, así, de golpe. Me hubiera gustado despedirme.

—A veces, ayuda ver a la persona muerta. Aceptar que se va. Creo que por eso el féretro en el funeral está abierto, pero cuando arreglan y visten a los muertos les hacen perder todo parecido con la persona que fueron. En cierto modo es peor.

Angela reflexionó.

—Pues no me gustaría ver a Sebastian así, aunque me dejaran. Prefiero recordarlo como era.

—Yo en tu lugar —le dijo Kincaid, despacio—, le haría una despedida personal. Haz algo que sepas que le gustaba. Ve a algún sitio que le gustara, o haz algo que hicierais juntos.

Angela levantó la cabeza, con la expresión iluminada.

—Sí. *In memoriam*. Se dice así, ¿no? Quizás lo haga.

—Angela —dijo Kincaid, sondeándola con cuidado—, anoche viste a Sebastian, ¿verdad?

—En el cóctel. Cuando me habló de usted. Pero no pudo hablar con usted, estaba muy ocupado con ellos. —Puso el énfasis en la última palabra, y él entendió que la categoría incluía a casi todos los adultos.

—¿Lo notaste diferente de lo normal?

—¿Quiere decir deprimido? No. —Angela arrugó la frente en una concentración repentina—. Pero salió unos minutos, y cuando volvió parecía como... excitado. Tenía esa mirada suya, como de gato que se ha comido un canario. Satisfecho consigo mismo. Pero no dijo nada. Cuando le pregunté, me dijo: «A ti qué te importa, pequeñaja», para picarme, como hacía siempre.

—¿Lo viste después del cóctel?

—No, mi padre me llevó a York, a un restaurante elegante. Pero estaba tan enfadado que fue horrible. Discutimos muchísimo en el camino de vuelta.

—¿Tu padre volvió a salir?

—No. Bueno, no creo. Me encerré en el baño durante horas, estaba rabiosa. Me acosté en el suelo, y cuando me desperté estaba en la cama, durmiendo.

—¿Y sobre qué fue esa discusión tan terrible? —Kincaid hizo la pregunta con ligereza, casi en broma, con miedo de estropear la confianza recién adquirida.

—Bueno, sobre mi madre. Sobre mí. No soporta cómo me visto, mi pelo, mi maquillaje. Dijo que anoche en el cóctel de las narices parecía un monigote y que lo avergonzaba. Me alegro. Él también me avergüenza a mí muchas veces, con... —se interrumpió, dejó caer la cabeza y se retorció los dedos, incómoda.

Llegaron voces por la puerta cerrada de roble, a sus espaldas, seguidas por una explosión de risas.

—Ahí viene mi padre. —Angela se incorporó, atenta, como una liebre a punto de escapar—. Más vale que...

—Tranquila. Es mejor que me vaya yo, Angela —le dijo Kincaid, mientras ella se dirigía hacia la puerta, y ella se volvió—. Sebastian le tenía mucho aprecio. Me lo dijo también anoche, antes de la fiesta.

—Ya lo sé. —Le sonrió, y él entendió lo que Sebastian había percibido, astutamente escondido bajo su actitud hosca: una pizca de dulzura—. ¿Puedo llamarle Duncan? Señor Kincaid suena a mayor...

Ahora había un asomo de flirteo en su sonrisa y en sus ojos oscuros, que lo miraban por debajo de las pestañas. Kincaid se dio cuenta de que tenía que evitar provocarla, porque era ya casi una adulta.

—Claro. Adiós.

—Adiós.

Ella se escabulló hacia el interior y él aguardó un instante antes de seguirla. Tenía la sensación de que Angela prefería mantener en secreto la conversación entre ellos dos, y a él le convenía.

* * *

La voz campechana de Graham Frazer le dio la bienvenida cuando entró en el salón.

—Hombre, nuestro agente secreto.

Kincaid empezaba a compartir algo de la antipatía que Sebastian tuviera por Frazer.

No había sombra de Angela. El círculo de rostros que se volvió hacia él era una parodia de la inocente reunión social de la noche antes. Faltaba Hannah, y tampoco estaban Emma y Penny McKenzie, pero los demás formaban un escudo hostil.

—Señor Kincaid —dijo Maureen Hunsinger, dirigiéndose a él con todo el despecho de un niño dolido—, nos ha engañado usted.

Cassie, que parecía haber dejado momentáneamente su liderazgo para hacer coro con el rebaño, intervino.

—Está lleno de sorpresas, nuestro detective, el comisario Kincaid, íntimo de la policía local, el salvador que acude al rescate, un verdadero héroe. Lástima que sea tarde para el pobre Sebastian. —Hablabla con voz ligera y burlona. Había recobrado el dominio de sí, borrando completamente el descontrol de aquella mañana.

Peinada y maquillada a la perfección, vestía un conjunto color teja con falda y blusa a juego de una tela mate, con un entramado de líneas marrones sobre el fondo.

—No soporto que nos traten como a vulgares delincuentes, que nos encierren y nos interroguen. Y nos tomen las huellas dactilares. Qué desagradable. —Eddie Lyle parecía agraviado, como si el único propósito de la muerte de Sebastian hubiera sido incomodarlo a él.

—No tiene usted idea de lo que ha sido... —empezó Maureen, pero luego se sonrojó, recordando que Kincaid sabía exactamente cómo había sido.

—¿Qué han averiguado? Sus amigos han dicho que tenemos que estar localizables hasta que se establezca la causa de la muerte. Menudo infierno de vacaciones —dijo Graham Frazer, sin dar ninguna muestra de lo que en realidad pensaba detrás de su rostro plano y ancho. Pero su voz era menos agresiva.

Nadie había ofrecido una copa a Kincaid, aunque aferraban las suyas como talismanes protectores, así que respondió a Frazer por encima del hombro y se fue a servir un *whisky*.

—Miren, yo no sé mucho más que ustedes. Esta mañana lo he encontrado por puro azar.

—Sí, sí, diga usted lo que quiera —repuso Eddie Lyle, malicioso—, pero a usted no lo han sometido a...

—He tenido que declarar igual que usted, firmar y jurar —lo interrumpió Kincaid, al unirse a ellos, tomando un sorbo de su *whisky*. No había ningún *whisky* de malta en el bar y aquella era una mezcla áspera que le quemó la garganta.

Kincaid advirtió que Patrick Rennie no había hablado todavía, aunque seguía la conversación con interés. Observa por dónde van los tiros con la prudencia de un político, se dijo Kincaid. El hombre parecía más humano que la noche antes, con un jersey y unos pantalones de pana, ligeramente despeinado el cabello rubio, pero Kincaid no supo ver hasta qué punto la imagen era construida o natural.

Rennie se propuso ahora como mediador:

—Yo estoy seguro de que el señor Kincaid ha tenido un día tan duro como todos y que no tiene ningunas ganas de trabajar en vacaciones. Creo que hemos sido un poco injustos.

—Gracias.

Kincaid buscó su mirada y sorprendió una chispa de humor. Sin duda Rennie era un hombre listo, tal vez no se tomara tan en serio, a fin de cuentas. En los ojos de Marta, la mujer de Rennie, no hubo brillo de entendimiento. Lo observaba sin sonreír, sin captar en absoluto la mirada entre los dos hombres. Kincaid percibió cierta tensión entre los cónyuges, pero, en realidad, a no ser que su imaginación hiperactiva

estuviera de nuevo jugándole malas pasadas, había pequeños choques y corrientes de desasosiego entre ellos, más de lo que correspondería al malestar posterior a la muerte de Sebastian.

—¿Cómo están los niños? —Kincaid se volvió a John Hunsinger, un poco apartado del grupo, como la noche antes.

—Más sobreexcitados que preocupados, al menos hoy. A ver qué sueños tienen. —La voz de Hunsinger era profunda y áspera, como si la usara poco—. Nos han dicho que...

—Ha sido muy amable con ellos —intervino Maureen—, los ha conquistado. Lo peor es que ni nos dimos cuenta de que habían salido. Podían haber...

—¿Dónde están? —preguntó Kincaid.

—Emma MacKenzie los ha llevado a dar un paseo por el campo. A ver pájaros. ¿Se lo puede creer? Por lo visto, se han hecho amigos esta mañana.

El grupo se iba disolviendo y conversaban desordenadamente, ahora que habían apartado la atención de Kincaid. Janet Lyle seguía a su lado, meciendo la copa en silencio, mientras Eddie importunaba a Marta Rennie.

—No se me ocurre por qué no se han tomado precauciones para evitar situaciones de este tipo. Si fuera un lugar bien administrado... —miró de reojo a Cassie—, estas cosas no ocurrirían.

Kincaid resistió a la tentación de preguntarle cómo podría haberse evitado, pero se volvió a Janet.

—Janet, ustedes tienen hijos, ¿verdad?

Ella se ruborizó y habló con un rastro de la animación que había mostrado por la tarde.

—Tenemos una hija, Chloe. —En respuesta a la mirada interrogante (él se había esperado una Cindy o una Jennifer), Janet añadió—: Eddie le puso ese nombre. Quería que fuera culta, así que le puso un nombre que encajara.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Kincaid.

Janet desvió la vista hacia Eddie, que se había alejado con Marta hacia el bar.

—No lo suficiente. —Rió—. Es una adolescente típica, pero su padre no quiere entenderlo. Chloe tiene la edad de Angela Frazer, pero está en un pensionado y Angela... está de vacaciones, según tengo entendido. —Janet guardó silencio y su energía se disipó al instante.

Kincaid apuró el vaso. El ambiente de la estancia estaba cargado. El sol de tarde entraba de lleno por los ventanales y las colillas atestaban los ceniceros. Hasta Maureen parecía vencida por la atmósfera, y no se inmiscuía en las conversaciones como solía. El orden, pensó Kincaid, los ceniceros vacíos y las revistas bien puestas, ése era el toque de Sebastian, las pequeñas gotas de grasa que permitían que el engranaje rodase suavemente.

Kincaid se cambió a una velocidad récord, incluso para él, que estaba acostumbrado a que lo llamaran en momentos inoportunos. Se metió la corbata en el bolsillo de la chaqueta de *tweed*, cerró la puerta de su habitación tras de sí y bajó corriendo las escaleras. Salió al fresco del patio con sensación de alivio.

En cuanto el morro del Midget asomó por la verja, Kincaid vio que Hannah volvía a pie del pueblo con paso resuelto. La esperó, al darse cuenta de que se dirigía directamente hacia él. Llevaba una larga chaqueta de punto de Aran, y el último rayo de sol iluminaba el casquete negro de su cabello. Cuando llegó al coche, abrió la portezuela y entró sin mirarlo, sin decir nada. Kincaid se alejó un kilómetro y aparcó en la cuneta.

—Nos han interrogado, Duncan —dijo, en el silencio repentino que dejó el motor al apagarse, con expresión alterada—. Uno a uno, en el despacho de Cassie. Me han preguntado si estaba con usted anoche para corroborar su declaración. Parecían dar por descontado que yo sabía que era policía, y Nash, el gordo ése, ha insinuado... de todo. —Entonces lo miró, sonrojándose mientras hablaba—. ¿Se da cuenta de cómo me he sentido? ¿Policía?, he preguntado, como una imbécil. ¿Por qué me mintió, Duncan?

Kincaid quiso ganar tiempo para ordenar sus ideas.

—Ese simpático de Nash es un perfecto imbécil. Estoy seguro de que siempre interroga así, intenta que la persona se sienta... —vaciló al escoger la palabra— incómoda.

—Si quiere decir «sospechosa», dígalo. Conmigo no se ande con chiquitas. Además, creo que el inspector jefe Nash ha dicho que ha sido suicidio.

—Es la versión oficial —dijo él, despacio—. Pero tiene que hacer verificaciones.

Kincaid se giró para verle mejor la cara a la luz escasa.

—Pero... yo creía que éramos uno la coartada del otro.

—La alta temperatura del agua dificultará establecer exactamente la hora de la muerte. Pero personalmente creo que cuando nosotros llegamos anoche al jardín, él ya había muerto. Piénselo. Iría a la piscina tras acabar sus tareas y antes de acostarse, no demasiado tarde, a eso de las diez o las once.

Hannah había palidecido.

—¿Antes de acostarse? Usted no cree... que se haya suicidado, ¿verdad?

—No lo creo posible, no.

—Dios mío. ¿O sea que alguien... mató a Sebastian mientras nosotros charlábamos ahí fuera? Y yo estaba diciendo tonterías...

—Probablemente.

—Todo suena tan estúpido e inconsecuente.

Se retiró el cabello de la frente con los dedos y se hundió un poco en el asiento.

—No podíamos saberlo. Y la vida no es trivial o inconsecuente. Si las cosas que nos pasan cada día no fueran importantes, la muerte de nadie, incluida la de Sebastian, no nos afectaría.

—¿Podríamos haber hecho algo, podríamos haberlo ayudado, de haberlo sabido?

Kincaid le tomó la mano entre las suyas, con la palma hacia arriba, como leyendo la bienaventuranza.

—Lo dudo. El *shock* debió ser masivo. Probablemente el corazón se le paró al instante. Una reanimación inmediata podría haberlo salvado, pero no podemos tener la certeza.

Ella se apartó de él, y su voz sonó dura, en la oscuridad casi completa.

—Claro, usted sabe de eso. Es un experto. Pero todavía no me ha contestado.

Él suspiró y desvió la mirada, a través del parabrisas sucio, hacia las borrosas formas del páramo.

—No era mi propósito engañarla. Sólo quería dejar de lado mi trabajo unos días. Que me valoraran por mí mismo, por una vez. Tenía que haberlos oído, hace un rato, en la sala. No sabían si escupirme y gritarme por ocultarles algo o halagarme y sonsacarme información. —Sonrió—. No volverán a verme nunca más como una persona normal y corriente. A partir de ahora soy un espía en territorio enemigo. Debí ocurrírseme que no funcionaría. Mi trabajo no se puede ocultar tan fácilmente.

—Entiendo —dijo Hannah, mirándose las uñas—. ¿Y es un espía en nuestro territorio?

—No creo. Ni una cosa ni otra. Para Nash, sin duda soy un estorbo, y tener un rango superior al suyo no me ayuda.

—¿Cuál es su rango, por cierto? Nash no lo ha mencionado, se refería a usted socarronamente como «su amigo Kincaid».

—Comisario. —Ella abrió mucho los ojos, sorprendida, y él se apresuró a añadir—: Ya, ya..., pero me acaban de ascender, así que no es tan terrible como suena. Estudié en Bramshill. —Al ver su expresión desorientada, explicó—: La escuela superior de policía, cerca de Reading. Una formación especial. Acelera la promoción a inspector en unos cinco años.

No dijo que sólo los «jóvenes policías de futuro prometedor» eran enviados a Bramshill, ni que de sus licenciados se esperaban carreras estelares. Si Nash había visto sus credenciales, lo sabía, y eso lo pondría todavía más en contra.

—Lo único que yo quería era tener una semana de vacaciones y un poco de mantequilla para mi panecillo^[5] —dijo él, contrito. Consiguió que Hannah sonriera.

—Un humor algo fácil, pero alguien que ha leído a Milne no puede ser del todo malo.

—¿Hacemos las paces? —preguntó él, tendiendo la mano.

—Sí, de acuerdo. —Le dio una rápida palmada en la mano—. Me siento como una cría de diez años.

—De eso se trata. —Vio satisfecho que estaba más relajada—. Me iba a escapar.
—Señaló la chaqueta—. Venga conmigo a York a cenar, allí nadie nos conoce.

Ella negó con la cabeza:

—No, ha sido un día duro. Prefiero estar sola. Déjeme en la casa al pasar.

Kincaid dio la vuelta en el estrecho camino y dejó a Hannah, tal como le había pedido, estirándose para abrirle la portezuela del Midget y que saliera. Las luces de las ventanas de Followdale House brillaban débilmente, lúgubres como la muerte.

6

La sargento Gemma James aparcó el Ford Escort en un sitio del tamaño de una motocicleta. Pero ni siquiera su diestra maniobra logró superar la limitación del espacio, y cuando apagó el motor y puso el freno de mano, la parte trasera del coche sobresalía en la calzada. Había llegado a casa temprano, toda una proeza, y aun así no encontró aparcamiento, porque los hijos adolescentes de su vecina habían atestado la acera con sus cacharros. Hasta el pequeño había dejado el triciclo volcado en medio de la calle.

Desató a Toby de su asiento y lo cogió en brazos. En equilibrio con el niño apoyado en una cadera y la bolsa de la compra en la otra, cerró la puerta del Escort con un ímpetu innecesario. Caminó sin problemas hasta que metió el pie en una rueda del triciclo, tropezó y soltó un juramento.

Un nombre que era una aliteración y la hipoteca de la casa adosada de Leyton eran las únicas cosas que Rob le había dejado, y las ventajas de la casa eran relativas: vistas a la carretera de Lea Bridge, ladrillos rojos, pintura desconchada, un jardincito reseco en la entrada y unos vecinos que parecían chatarreros.

Toby lloriqueaba y gritaba —abajo, abajo—, dándole patadas en el muslo.

—Chit. Enseguida, cariño, enseguida. —Gemma lo sentó mejor sobre su cadera y rebuscó entre las llaves. Cuando dejó a Toby en el suelo del recibidor, notó una mancha húmeda en su chaqueta de lino, a la altura de la cadera—. Maldita sea. Ya está estropeada —masculló. Toby estaba chorreando, y al volver a cogerlo notó el fuerte olor de orín acumulado—. Maldito día —dijo. Toby arqueó una ceja rubia en una cómica expresión de sorpresa y ella no pudo menos que reír.

—Maldito —repitió el niño, muy serio, asintiendo.

—Mi niño. —Lo abrazó con fuerza, con pañales empapados y todo, y le susurró al oído—. Mamá te está enseñando cosas feas. Pero es maldito, de verdad.

Lo llevó al piso de arriba, y en la cuna lo desnudó y lo lavó con una esponja:

—Eres ya mayor para llevar pañales. Tienes dos años, ¿verdad, tesoro? Eres grande.

—Yo dos —repitió Toby, con una gran sonrisa.

Gemma suspiró. Aquel verano ya se había tomado las vacaciones, y no sabía cómo enseñarle más cosas si no podía pasar unos días en casa con él.

Le puso los labios en la barriguita y resopló. Toby gritó y rió encantado, ella lo bajó al suelo y le dio una palmada en el trasero. El niño salió corriendo como un tren de vapor, con sus piernecitas regordetas, y Gemma lo siguió más despacio.

Reconfortada por una copa de vino español que sacó de la nevera, guardó la compra y recogió el salón, guardando los juguetes y libros de Toby en cestas. Había intentado crear un ambiente acogedor. Había cubierto las bombillas desnudas con globos japoneses de Habitat, puesto estores de papel de arroz en las ventanas, almohadones estampados de algodón en el anodino tresillo, pósters alegres de viajes en las paredes... pero la humedad seguía traspasando el papel de la pared y las grietas del techo se extendían cada vez más.

De pronto, el ritmo sordo de una música heavy metal en la casa vecina hizo que las paredes se pusieran a vibrar. Gemma aferró una escoba de la cocina y golpeó el mango contra la pared. El ruido bajó una fracción de decibelio.

—Si no bajáis ese maldito jaleo, os pongo una denuncia —gritó a la pared, aunque sabía que no podían oírla.

Entonces se dio cuenta de lo absurdo de la situación y se echó a reír al verse allí, chillando como una pescadera, con la melena roja flotando y la escoba en la mano, al modo de una auténtica bruja. Sin dejar de sonreír, recuperó el vino de la cocina, se sentó en el sofá y apoyó los pies en el baúl que hacía las veces de mesita. Toby, imperturbable a pesar del estruendo, empujaba un osito de peluche por el suelo y hacía ruidos de avión con la boca.

Debería ser tan tolerante como él, se dijo Gemma irónicamente. Hacía sólo diez años ella era como sus vecinos; aunque quizá no exactamente. A los dieciocho le preocupaba más vivir de forma diferente que pasarlo bien. Había seguido cursando el bachillerato mientras sus amigas abandonaban los estudios para irse a trabajar como oficinistas o cajeras, o para casarse. Al cumplir los diecinueve, hizo la solicitud para entrar en la Policía Metropolitana. Al cabo de dos años accedió al cuerpo de investigadores, según el plan que llevaba trazado en su mente.

No había contado con acabar en un vecindario como el que había dejado. Pero tampoco con Rob James.

Toby se encaramó a su lado y abrió un libro ilustrado.

—Pelota —dijo, paseando el dedo por la página—. Coche.

—Sí, qué niño más listo tengo.

Gemma le acarició el cabello liso y rubio. La verdad es que no podía quejarse. No le había ido nada mal, a pesar de las dificultades. Y al día siguiente tenía medio día libre y podría pasarlo con Toby.

Tal vez su mal humor se debía en parte, reconoció a regañadientes, al hecho de que se había acostumbrado enseguida a trabajar con Duncan Kincaid, y a causa de su ausencia el día había resultado un poco insulso.

Y aquella era una tendencia, se dijo Gemma con firmeza, que debía mantener a raya.

* * *

El martes Kincaid se despertó tarde, con esa sensación de malestar que resulta de dormir demasiado. La ropa de la cama estaba deshecha y arrugada. Tenía la boca pastosa, a consecuencia del mucho vino de la noche anterior.

Un sueño desagradable persistía en el borde de su conciencia, incomodándolo con jirones de imágenes. Un niño en un pozo, una vocecita llamándolo... pero él no podía encontrar la cuerda... bajar al pozo... el musgo cubría las palmas de sus manos como un pegamento gelatinoso... y encontró sólo huesos, huesecitos, que se deshacían en polvo al cogerlos. ¡Uf! Se sacudió y se dirigió a la ducha, esperando que el agua caliente le aclarara las ideas.

Cuando salió tenía un hambre feroz. Sacó al balcón el desayuno preparado por él, pan con mantequilla, queso y una taza de té, y se apoyó en la barandilla, masticando y pensando en el día que le esperaba. Se dio cuenta de que su entusiasmo de turista se había apagado. Todos sus planes parecían poco inspirados, un reflejo del día, nublado y soso. Ni siquiera le satisfizo la idea de pasear solo por el campo, una perspectiva que le pareció espléndida dos días antes.

Su conciencia lo atormentaba. Tantos sueños sobre cosas dejadas a medias, o no hechas al debido tiempo. El subconsciente le estaba lanzando dardos venenosos, y debía calmarlo de alguna forma. Una actuación oficial era difícil, pero sentía la necesidad de dar algún paso firme.

Visitaría a la madre de Sebastian para darle el pésame. Una costumbre pasada de moda, tradicional, a menudo una mera formalidad; pero al menos le daría la sensación de que la muerte de Sebastian no había pasado desapercibida.

Cassie tendría la dirección.

* * *

Cuando Kincaid cerró su habitación con llave y se dio la vuelta, se encontró con Penny MacKenzie esperando vacilante en el pasillo. Iba vestida con pantalones anchos, jersey y zapatos de cordones para caminar, y parecía en cierta medida menguada, como si hubiera ocultado buena parte de su personalidad junto con su vestimenta más excéntrica. Era una señora de mediana edad, tal vez frágil, pero corriente. Le faltaba su entusiasmo habitual, advirtió Kincaid, su vivacidad remplazada por una actitud vacilante.

—Buenos días, señora MacKenzie.

—Ah, señor Kincaid. Esperaba que... Es decir, pensaba que estaría usted... Y le he esperado... —Se quedó sin palabras y permaneció en silencio, mirándolo desamparada.

—¿Quería hablar conmigo?

—No quería hablar con ese hombre, el inspector Nash, porque si resultara que no es nada importante me sentiría como una tonta. Y he pensado que usted podría... Es que no quería que Emma se enterara... Yo le dije al inspector Nash que estaba dormida, pero no era verdad del todo. Emma se preocupa mucho cuando se me olvidan las cosas, así que esperé a que se durmiera...

—¿Se le había olvidado algo? —Kincaid se apoyó en la pared, paciente y relajado, adoptando una actitud profesional. Procuró no meterle prisa.

—Mi bolso. En la sala. Me lo pasé muy bien en el cóctel. Me tomé un jerez. No suelo beber, habrá sido eso lo que me hizo despistarme...

La voz de Penny volvió a arrastrarse, y Kincaid acudió en su ayuda.

—¿Salió a buscarlo cuando Emma se durmió?

—Esperé a oír sus ronquidos. Después, no se despierta nunca. —Esbozó brevemente una sonrisa traviesa—. La casa estaba en silencio. Me dio un poco de... miedo. Un lugar desconocido, y a oscuras. No me esperaba... —se interrumpió, y su serenidad momentánea se desvaneció tan rápido como había llegado—. Probablemente no significa nada. No soportaría causar dolor a nadie. En realidad, creo que debería hablar...

—¡Penny, estás aquí, te he estado buscando por todas partes! —Emma MacKenzie asomó la cabeza, seguida del cuerpo, por las escaleras, y subió resoplando los últimos peldaños—. ¿Dónde te habías metido?

—Sólo quería hablar un momento con el señor Kincaid, Emma.

Penny se ruborizó, justificándose, pero Kincaid percibió en ella un ligero alivio. Soltó un juramento por lo bajo. Ahora no le sonsacaría nada más, fuera lo que fuera lo que quería decirle, debería esperar.

—La señorita MacKenzie me estaba aconsejando lo que tengo que ver...

—Por favor, deja en paz al señor Kincaid y ven conmigo o nos perderemos los mejores pájaros del día. Ya se ha hecho tarde. —Emma se volvió, murmurando, mientras bajaba las escaleras—, toda la mañana perdida...

Kincaid hizo un guiño a Penny a espaldas de Emma mientras los dos la seguían, obedientes.

* * *

Cassie no daba la impresión de haber dormido mal aquella noche. La encontró en su despacho, serena en medio del desorden, descansada, pulcra y tan satisfecha de sí misma que sólo le faltaba ronronear. Le dirigió una sonrisa radiante y lo trató por su grado, como dándole a entender que no iban a entrar en grandes intimidades.

—¿Qué puedo hacer por usted, comisario?

—¿Ha dormido bien, Cassie? —Ella se limitó a sonreír y aguardó, como si esperara algo mejor de él—. Se me ha ocurrido que me podía dar la dirección de Sebastian.

—¿Hace de buen samaritano? —se burló Cassie.

—Alguien tiene que hacerlo. Me dijo usted que vivía con su madre. ¿Y su padre? —Kincaid se apoyó en el borde de la mesa, rozando con los dedos los papeles desperdigados. Se inclinó hacia delante, acortando la distancia que ella había puesto deliberadamente.

—Murió hace años, al menos eso ha dicho siempre. Su madre lo crió sola.

Cassie cruzó los brazos sobre el pecho y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Cassie, ¿vio a Sebastian después del cóctel? Antes parecía estar perfectamente.

—Me retiré a mi casa a eso de las diez. Él estaba arreglando la sala y dijo que cerraría, como hace siempre. Le gustaba hacerse el señor, merodear por la casa de noche, retocándolo todo. Además, anoche iba a usar el *jacuzzi*. Si se hubiera marchado, yo habría oído la moto, la aparcaba al lado de los chalets. —Cassie parecía hablar más para sí que para Kincaid, con voz tranquila y con una pizca de lo que podía ser lástima—. No recuerdo haberla oído, pero entonces ni me di cuenta.

—¿Y vio u oyó algo más después de marcharse?

—No me interrogue, comisario —dijo Cassie, molesta—. Su inspector Nash ya lo ha hecho de sobras.

Hojeó un bloc que estaba sobre el escritorio y apuntó algo en un papelito.

—Aquí tiene la dirección. Y ahora, si no le importa, tengo trabajo.

Lo había estropeado. Cassie había vuelto a ponerse la armadura.

* * *

Eddie Lyle estaba sentado en la butaca del salón, con el periódico extendido sobre el regazo.

Kincaid, al volver del despacho de Cassie, se detuvo en el umbral. ¿Podría bastar con un gesto de saludo? Su vacilación jugó en su contra. Lyle levantó la vista.

—Señor Kincaid —dijo, agitando el periódico—, hemos salido en la prensa local de esta mañana. Espero que no llegue a la nacional. No quiero que mi hija se preocupe leyendo un artículo sensacionalista.

Sin saber si marcharse o detenerse, y sin ganas de comprometerse a una conversación larga, Kincaid se acercó al sofá que estaba frente a Lyle y se inclinó por encima del redondeado respaldo de terciopelo. Los botones se le clavaron en el muslo.

—¿Su hija tiene la edad de Angela Frazer?

—Sí, quince años, pero...

—A esta edad no suelen leer la prensa, señor Lyle. Yo no me preocuparía.

—Chloe no tiene nada que ver con Angela Frazer, señor Kincaid. Es muy buena estudiante, y siempre la he animado a que se mantenga al tanto de lo que pasa en el mundo.

—¿Vive en un internado?

—Sí, pero está cerca y viene casi todos los fines de semana. —Lyle se quitó las gafas y se pinzó el puente de la nariz con el índice y el pulgar—. Quiero que mi hija tenga todo a favor, señor Kincaid. Que no deba luchar por conseguir las cosas como tuve que hacer yo.

Lyle le pareció casi soportable, ahora que no hacía ostentación de sus quejas, y Kincaid se contuvo de decir que los hijos no solían valorar positivamente que sus padres les dieran las facilidades que les faltaron a ellos, pues creían que éste era su deber.

Con todo, a Lyle debía de haberle ido bien: una hija en un internado, ropa cara, aunque poco favorecedora, y una multipropiedad no eran cosas baratas.

—Según tengo entendido, usted ha sido militar...

—Me dieron una formación, pero no fue un crucero de placer, si eso es lo que cree. Lo he pagado, señor Kincaid, lo he pagado. —Lyle bajó la mirada al periódico, lo dobló y marcó con rabia el pliegue.

Conversar con Eddie Lyle era como pisar huevos, pensó Kincaid, por mucho cuidado que se pusiera, el desastre estaba asegurado.

* * *

La dirección correspondía a una estrecha casa adosada, en una de las retorcidas calles de detrás de la plaza del mercado de Thirsk. Brillaba un llamador de bronce y unas petunias todavía en flor adornaban las macetas de las ventanas. Antes de que llamara, la puerta se abrió y se encontró con una mujer de mediana edad, con el cabello rubio y mate.

—¿Señora Wade? —La mujer asintió—. ¿Puedo pasar? Mi nombre es Kincaid.

Tendió su documentación y ella la examinó con cuidado, luego le dejó paso libre en un consentimiento mudo. Llevaba su blusa de los domingos, de recia tela azul

marino, con puños y cuello blanco, y el cabello claro bien peinado, pero tenía los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto, y el rostro hundido como si no pudiera soportar su propio peso. Hasta el carmín parecía salirse de sus labios, una lenta y roja avalancha de dolor.

—Yo sabía que había muerto.

Su voz sonó neutra, indiferente, dirigida hacia algún punto detrás de él.

—Señora Wade —el tono amable de Kincaid la devolvió a la realidad, y se fijó en su rostro por primera vez—, no quiero engañarla. No estoy aquí como policía. La policía local está investigando oficialmente la muerte de su hijo. Yo conocí a Sebastian en Followdale, donde me alojo como huésped, y vengo a darle el pésame.

—Una policía muy simpática que vino ayer me dijo que lo encontró un policía que se alojaba en la casa. ¿Fue usted?

—Sí, más o menos —dijo Kincaid, por temor a que la idea de que unos niños encontraran el cuerpo de su hijo pudiera sólo aumentar su dolor.

—Usted lo... cómo... —Abandonó la pregunta, cualquiera que fuera, probablemente pensando que una descripción física de las circunstancias de la muerte de su hijo estaba por encima de su capacidad de sufrimiento. Prefirió volver a mirarlo y preguntar—: ¿Se llevaban bien?

—Sí. Fue muy amable conmigo, y muy divertido.

Ella asintió, y su tensión se suavizó un poco.

—Me alegro de que fuera usted. No ha venido nadie. Ni siquiera Cassie. —Desvió la vista con brusquedad y lo guió hacia el salón—. ¿Quiere un té? Acabo de poner agua a hervir.

La estancia donde lo dejó era fría, estaba limpia y bien cuidada, pero no tenía ningún encanto ni era acogedora. El aire olía a cerrado como un viejo baúl. El papel de la pared había sido rosa en otros tiempos. Los muebles podrían haber pertenecido a los padres de la señora Wade, nuevos y falsamente elegantes cincuenta años atrás. No había libros, ni televisión, ni radio. Debía hacer vida en la cocina, pensó Kincaid, o en alguna salita trasera. Aquella estancia seguramente no se había usado desde la anterior muerte en la familia.

Colocó el juego de té cuidadosamente en una bandeja antigua de estaño, con gastadas tazas de porcelana y platitos desaparejados.

—Señora Wade —empezó Kincaid cuando ella se hubo acomodado en una de las sillas de porcelana y se puso a servir el té—, ¿cómo se enteró ayer de la muerte de su hijo?, ¿alguien se lo dijo?

—Él mismo. —Su tono fue neutro, alzó los ojos rápidamente hacia él y volvió a mirar el té. Tenía la taza cogida contra el pecho con las dos manos, como si el calor pudiera reanimarla—. Me desperté por la noche, de madrugada ya, y lo noté allí, en mi habitación. No me dijo nada, al menos en voz alta, pero me di cuenta de que quería que supiera que estaba bien que no me preocupara por él. Y supe que había muerto. Nada más. Pero lo supe.

Entonces la mujer se había levantado, se había vestido y había esperado muchas horas a que alguien llegara para decírselo oficialmente. Diez años antes a Kincaid le hubiera hecho gracia aquella historia, la hubiera achacado a una imaginación abrumada por el dolor. Pero había oído demasiadas historias semejantes para no guardar un cierto respeto por el poder persistente del espíritu.

Kincaid dejó la taza en el plato, donde las violetas de la taza se mezclaban con las rosas del plato en una delicada profusión floral. La señora Wade había vuelto a ensimismarse. Estaba allí, con la vista fija en la pared de enfrente, con la taza olvidada en las manos.

—Señora Wade —le dijo, en voz baja—, ¿quiénes eran los mejores amigos de Sebastian?

Ella lo volvió a mirar, sobresaltada.

—No se me ocurre ninguno. Estaba todo el día en el trabajo, y también por las noches, casi siempre. Le gustaba quedarse en... —tembló por un instante—... en la piscina, al acabar. Una de las ventajas de su trabajo, decía. No se llevaba bien con Cassie. Decía que ella se sentía superior a todo el mundo, precisamente ella, la hija de un capataz de Clapham. Le gustaba que creyeran que tenía procedencia noble, o algo así. Sebastian me hablaba de la gente que llegaba, cómo se vestían, cómo hablaban. A veces me hacía sentir como si estuvieran en mi misma habitación.

Sonrió al recordarlo, y a Kincaid le pareció oír la suave voz de Sebastian, imitando la pronunciación engolada de sus candidas víctimas.

—Pero nunca trajo a nadie a casa. Cuando no trabajaba, solía pasar el rato en su habitación.

—¿Le importaría que echara un vistazo a su habitación, señora Wade?

* * *

No sabía qué había esperado. Pero cualquier idea preconcebida que hubiera tenido —pósters de cantantes de *rock*, tal vez, restos de la adolescencia—, poco tenía que ver con la realidad.

Allí, por lo visto, había gastado Sebastian su dinero, aparte de los pagos de la moto y los gastos de ropa. El suelo estaba cubierto con una moqueta bereber gris pálido, de un tejido de aspecto muy caro. Lustrosas plantas verdes estratégicamente colocadas en los rincones. Un tocador y unas sillas antiguas o, al menos, buenas imitaciones. Una cama con cabezal y pié altos y curvos, probablemente reproducción también de una pieza antigua. Colgados de las paredes gris pálido, grabados que podrían haber estado en un museo, algunos modernistas y uno o dos a Kincaid le parecieron de los impresionistas americanos.

En materia de lecturas, Sebastian era igualmente ecléctico. La librería de pino era el único resto aparente de su adolescencia. Clásicos infantiles junto a montones de revistas sobre el mantenimiento de las motos. Stephen King mezclado con novelas de espías y los últimos *tecno-thrillers*; aparentemente a Sebastian le iba lo retorcido. En el estante superior, Kincaid descubrió una vieja edición de las obras completas de Sherlock Holmes, y una vieja colección de Jane Austen.

La ropa estaba ordenada en el armario, organizada por estilos y colores. Aquel vestuario esperaba que su propietario escogiera, conjuntara o desechara. La vista de todo aquello entristeció profundamente a Kincaid.

Al fondo del armario, encontró unos archivos, bien guardados en una caja en la que ponía: «Seguros».

Kincaid dio las gracias a la señora Wade lo más amablemente que supo, reteniendo por un momento su pequeña mano entre las suyas. Mientras él estaba arriba, ella había vuelto a ausentarse, y le costó fijar la mirada en él. Olía ligeramente a chicle y a tabaco fresco, los olores de un estanco, observó él.

—¿Y la tienda, señora Wade? ¿Tiene a alguien que la sustituya?

—Acabo de cerrar. No me parecía bien. Quería dejársela a Sebastian. No para que estuviera él tras el mostrador, con lo bien que le iba, pero podía haber contratado a alguien y tener unos pequeños ingresos. He puesto allí todo el dinero del seguro de su padre. Tenía que ser suya.

Kincaid dio unas palmaditas a aquella mano inerte, mientras buscaba unas palabras de consuelo.

—Estoy seguro de que lo hubiera apreciado, señora Wade. Lo siento.

El llamador de bronce relució en la puerta cuando la cerró. Mientras estaba dentro, la mañana se había vuelto soleada y ventosa. Un papelito amarillo pillado en el limpiaparabrisas del Midget se agitaba bajo el sol como una mariposa atrapada. Le habían puesto una multa de aparcamiento; al menos la guardia de tráfico local funcionaba bien.

Kincaid recogió la multa y la metió en la cartera. Descapotó el Midget, se subió al coche y se quedó sentado en silencio, pensando. ¿Qué podía hacer ahora con aquella información inesperada? No podía ignorarla. Pero, por amor a las cosas bien hechas, ¿por qué no habían registrado la habitación todavía? Hacía casi treinta y seis horas que habían encontrado el cuerpo de Sebastian, y Nash se había limitado a mandar un comunicado para dar la noticia, ni siquiera había entrevistado a la madre, por el amor de Dios. En realidad era mejor decir gracias a Dios, se corrigió, pues Nash no hubiera hecho nada por consolarla de su desgracia.

Tenía que contárselo a Nash, era inevitable. Y lo que él necesitaba era ayuda, decidió Kincaid. Puso el motor en marcha y cogió el teléfono del coche.

* * *

Kincaid se consideraba muy afortunado por tener un superior como el suyo. El comisario jefe Denis Childs era un hombre inteligente, que a Kincaid le gustaba como persona y apreciaba como profesional. Kincaid sabía que el azar podía haberle deparado un jefe como Nash, aunque prefería pensar que un zoquete del calibre de Nash no habría pasado nunca a detective de Scotland Yard.

Denis Childs era un hombre corpulento, que superaba el metro ochenta y dos del esbelto Kincaid, y con su piel aceitunada y sus suaves rasgos inescrutables a veces le recordaba a un potentado oriental, con un ojo en la política y el otro en su harén.

—Señor —dijo Kincaid, después de los saludos de rigor—, me he encontrado con un pequeño problema.

—Vaya, vaya —dijo Childs con toda su calma, proclive como era a no alterarse—. ¿Y es muy pequeño, ese problema?

—Bueno —vaciló Kincaid—, la situación no es fácil. Ayer por la mañana encontré al ayudante de dirección de la multipropiedad electrocutado en la piscina. El jefe de policía que lleva el caso es de la opinión de que se trata de un suicidio, pero se darán cuenta de que no es así cuando lleguen los informes del laboratorio. En cualquier caso, todo esto no me hace ninguna gracia. Además, casualmente he... esto... encontrado unos archivos de la víctima que contienen información muy perjudicial sobre algunos de los propietarios de la casa.

—Vaya, casualmente. Lo que me temía: ha hurgado donde no debía, Kincaid. —La voz de Childs contenía una nota de aprobación—. Chantaje, ¿no?

—Curiosamente, no lo creo. Al menos, no directo. Me preguntaba si me podría usted allanar el camino para hacer algunas averiguaciones, con discreción... No quiero pisar el dedo gordo de nadie... —Kincaid hizo una pausa—. La verdad es que me encantaría dar un buen puntapié en la espinilla a ese bastardo, pero por el interés común del departamento...

—Imagino que está metido hasta el moño. El subdirector apreciará que se modere —añadió Childs, sarcástico—. Pero se me ocurre una cosa. Creo que el jefe de policía del lugar es amigo del subdirector. Podría hablar con él de usted y ofrecerle refuerzos si el asunto se pone feo. Se lo mencionaré. Mientras, intente no meterse en líos.

—Seré un angelito —dijo Kincaid—. ¿Puedo llamar a la sargento James?

—Haga lo que le dé la gana —respondió Childs, y Kincaid colgó, satisfecho.

* * *

Gemma James se puso dos horquillas entre los rizos pelirrojos, en un enésimo intento de domarlos y ganar en imagen. Frunció las cejas al verse en el espejo, se quitó las horquillas y se recogió el cabello rápidamente en una cola de caballo.

—Me rindo —dijo en voz alta. Si a Dios le había parecido bien darle el pelo rojo y pecas, más le valdría aceptarlo de una vez y dejar de desear secretamente ser una rubia gélida o una morena sensual. Un poco de maquillaje cubrió las pecas hasta convertirlas en manchitas apenas visibles, y con eso se conformó.

El teléfono sonó justo cuando levantaba al ruidoso Toby para llevárselo a la canguro. La mañana libre había mejorado su humor, y alcanzó el teléfono con su energía habitual.

—No, cariño, no, deja que lo coja mamá.

Aferró los dedos de Toby con una mano y levantó el auricular con la otra, apartando el bolso y apoyando al niño en la cadera. Gemma puso la mejilla en el cabello completamente lacio del niño; gracias a Dios había habido un salto genético y no tenía ni sus rizos ni la mata negra del padre.

—¿Gemma?

—¡Jefe! ¿Qué tal las vacaciones? —Gemma sonrió sorprendida y contenta de oír la voz de Kincaid. No se atrevió a llamarlo por su nombre.

—Gemma, perdone que la llame en plena mañana. ¿Está trabajando en algo en particular?

Llamaba por trabajo. Había hecho bien en mantener las distancias.

—No, ¿por qué?

—Me gustaría que comprobara unas cosas, y de la manera menos oficial posible. Ya lo he hablado con el subdirector, pero no tengo autorización oficial.

—¿Chismorreo con viejas damas? —Gemma conocía los métodos indirectos de Kincaid.

—Eso. Aunque en algunos casos puede que tenga que hablar directamente con la familia. El problema es que no sé qué busco exactamente. Cualquier cosa en las vidas de estas personas que no encaje, que suene raro. Deje que le cuente.

Gemma escuchó y escribió, pues hacía un rato que había dejado al turbulento Toby en el suelo. Con parte de su atención le oía sacar sartenes y cacerolas del armario, su pasatiempo favorito, pero su mente estaba concentrada en Kincaid, y cuando colgó lucía una sonrisa de satisfacción.

* * *

Cuando Kincaid cerró el coche y se acercó por el camino de grava hacia Followdale House, el inspector Peter Raskin salió por la puerta y corrió con ligereza a su encuentro.

—Señor, ya lo daba por perdido —dijo Raskin a modo de saludo—. Pensé que le interesarían los resultados del laboratorio.

Kincaid lanzó una mirada a las ventanas vacías detrás de ellos.

—Tenemos que hablar. Alejémonos un poco.

Caminaron hasta el banco del fondo del jardín, el mismo lugar donde estuvo con Hannah hacía dos noches, y pensó en lo alegre y acogedora que parecía la casa con las ventanas iluminadas.

—Usted primero —dijo Kincaid, cuando se sentaron.

—Tenía usted razón con respecto al calentador y el enchufe. No hay ni una sola huella que no pertenezca a Cassie Whitlake. Así que, o lo enchufó Cassie, y en ese caso por qué implicarse a sí misma, o la persona que lo hizo usó guantes. Si hubiera sido Sebastian (aunque nunca he oído hablar de un suicida con guantes), ¿qué hizo con ellos? La ropa, los zapatos, la cartera, hasta el pañuelo y el peine estaban bien ordenados al lado del banco. ¿Enchufó el calentador, fue a dejar los guantes en algún sitio, volvió, se desnudó y saltó? No me lo trago. —Raskin hizo una pausa—. El calentador podría haber provocado un cortocircuito antes de que él llegara a la piscina. Y no conozco a ningún verdadero suicida que no haya dejado una nota.

—Yo tampoco me lo tragué —dijo Kincaid—. ¿Qué hay de la autopsia?

—Lo más que puede decir el médico por el contenido del estómago es que fue entre las diez y las doce de la noche.

—No es mucho, pero tampoco esperaba más. ¿Ninguno de los huéspedes tiene una coartada clara?

—No, que se sepa. Cassie dice que volvió a su casa sola a eso de las diez y que no volvió a salir. Los Hunsinger se habían ido a dormir, tras acostar a los niños y tomarse una infusión. Marta y Patrick Rennie dicen que pasaron todo el rato en su habitación, pero ella no parecía muy convincente. Las MacKenzie se retiraron hacia las diez, y para las once estaban dormidas. Janet Lyle tenía dolor de cabeza y su marido le preparó una infusión. Ella se acostó y él también. A ver, ¿quién queda?

—¿Y los Frazer? —preguntó Kincaid.

—Los Frazer, el padre y la hija, volvieron de cenar en York a eso de las diez y media, y se fueron los dos a dormir.

—Y Hannah y yo —prosiguió Kincaid— dimos un paseo por este jardín a eso de las once...

—Después de lo cual, cada uno volvió a su habitación solo —concluyó Raskin, y estiró los dedos hasta que los nudillos crujieron.

—Todo inútil —dijo Kincaid, disgustado—. Cualquiera podría estar mintiendo y no podemos comprobarlo. Para empezar, no creo que Angela Frazer tenga ni idea de si su padre estaba o no en su habitación. Discutieron mucho de camino a casa y se encerró en el cuarto de baño. Se acostó en el suelo.

Raskin sonrió.

—Su técnica de interrogatorio debe de ser mucho mejor que la de mi jefe, que no le sacó más que síes y noes antipáticos.

—No me sorprende, Peter —dijo Kincaid, y tanteó el terreno—. He pasado a ver a la madre de Sebastian —Raskin se limitó a levantar una ceja—. Eché un vistazo a su cuarto. Tenía un archivo sobre los propietarios de la casa, algunos potencialmente perjudiciales.

Ahora Raskin arqueó las dos cejas.

—Nash se lo va a comer vivo. Cuando ha llegado el informe del laboratorio, ha mandado a un equipo a la casa... le va a dar un ataque cuando se entere de que usted ha estado antes.

Kincaid esbozó una sonrisita culpable.

—No fue premeditado. Ya me he arrepentido y he movido algunos hilos para que le bajen un poco los humos. Pero más me vale apartarme del camino mientras doy tiempo a que las cosas se arreglen desde arriba. Si Nash me echa y luego tiene que retractarse, será todavía más intratable.

Rasking lo miró, caviloso:

—¿Scotland Yard nos va a «ayudar» en nuestra investigación?

—Puede. Todo de forma muy correcta y diplomática, por supuesto.

—Por supuesto —convino Raskin, y se sonrieron, con entendimiento—. De acuerdo, ¿me puede decir qué porquería había desenterrado el curioso del señor Wade?

Kincaid extendió las piernas y se observó los pies, meditabundo.

—Había informes de muchos propietarios de otras semanas, pero creo que será más práctico concentrarse en los que están aquí ahora. No sé cómo, Sebastian oyó un rumor que circulaba por Dedham según el cual Emma y Penny MacKenzie ayudaron a su querido padre a llegar al fin más rápidamente de lo que la naturaleza pretendía. —Raskin pareció sorprendido, pero no interrumpió—. Era diabético, y ellas mismas le administraban la insulina... Pudieron aumentar la dosis un poco.

—Es posible. Cosas más improbables he oído. ¿El siguiente?

—Graham Frazer. Por lo visto, ha tenido un asunto muy tórrido con Cassie Whitlake, una situación que no parece muy grave para ninguno, pero Frazer está metido en una ardua pelea por la custodia de Angela, y cualquier mala conducta podría ser usada en su contra. Al menos, así lo creía Sebastian. Era muy preciso.

»También advirtió un desacuerdo creciente en el matrimonio Rennie. Y eso es todo... aparte de una nota sobre una condena por drogas contra Maureen Hunsinger.

Raskin soltó una risotada.

—¿Nuestra Señora de la Naturaleza? Pensaba que nada que no fuera natural había pasado por sus labios.

Kincaid sonrió al ver su reacción.

—En realidad, no es tan raro. El movimiento por la comida natural viene de la cultura *hippie* de los sesenta y setenta, y esa condena era de hace veinte años. No se me ocurre cómo pudo descubrirla Sebastian.

—¿Y los demás? —preguntó Raskin.

—Es la primera vez que vienen Hannah Alcock y los Lyle. Tal vez no haya encontrado nada.

—Pero pasa lo mismo con las MacKenzie —le recordó Raskin.

—Eso hay que tenerlo en cuenta —dijo Kincaid, frunciendo la frente—. ¿Cómo se enteraría de esa historia?

—¿Nada sobre su primo? —la ceja de Raskin se alzó maliciosamente.

—No, por suerte —dijo Kincaid, aliviado—. Jack está limpio como una moneda recién acuñada. Eso me habría puesto en un apuro.

—¿Y quién según usted sería la víctima del chantaje? —preguntó Raskin deliberadamente.

Kincaid no contestó enseguida. Miró la masa silenciosa de la casa, y cuando habló fue casi inaudible:

—Es muy raro. No creo que Sebastian estuviera chantajeando a nadie. Al menos por dinero. Parece como si guardara una ficha de casi todos los propietarios. La mayor parte son cosas inocuas... casi como estudios de personajes. Tal vez sólo buscara ejercer un poder emocional. —Kincaid se frotó la cara con las manos—. No sé... Me guío por una mera sensación. No lo veo como un extorsionador.

—Me imagino lo que diría mi jefe. No se fía mucho de las sensaciones, a no ser que sea sed de cerveza.

—Me lo imagino. —Kincaid soltó una carcajada, aliviado por el sentido del humor de Raskin—. A propósito de su jefe, creo que me voy a esfumar esta tarde, hasta que el mío tenga ocasión de lanzar algunas piedras al estanque. De no ser así, Nash se va a pelear conmigo. Me iré a hacer un poco de excursionismo. Al fin y al cabo —añadió, tristemente—, se supone que estoy de vacaciones.

* * *

Al ver a Emma MacKenzie en el banco que daba encima de la cancha de tenis, Kincaid se desvió de su recorrido hacia la parte trasera del jardín. La mujer estaba observando con mucha atención las copas de los árboles a través de sus binóculos y no se distrajo ni siquiera cuando Kincaid se sentó a su lado. Él aguardó en silencio, siguiendo su mirada, y al cabo de un rato vio una mancha roja.

—Qué mala suerte, lo he perdido —dijo Emma, bajando los binóculos.

—¿Qué era?

—Un macho de camachuelo común. Común, pero se ve poco. Son muy tímidos.

—Nunca he observado pájaros —advirtió Kincaid—. Debe de ser interesante.

Emma lo miró con lástima, como si fuera una pérdida de tiempo explicar la pasión de toda una vida a alguien que pudiera hacer un comentario tan simplista.

—Buf. —Apartó la vista de él y volvió a perderla entre los árboles—. Es un arte. Debería probar. —Le pasó los binóculos—. Cójalos. Me voy a casa a pasar la tarde, es el peor momento del día.

—Gracias. —Kincaid cogió los binóculos y se pasó la correa con cuidado por encima de la cabeza.

—Gracias. Quiero subir a Sutton Bank. —Vaciló por un momento, y luego añadió con toda la naturalidad que pudo—. Señorita MacKenzie, ¿hablaba usted mucho con Sebastian?

Emma estaba recogiendo sus cosas para levantarse y se detuvo, luego se acomodó mejor en el banco.

—Parecía un chico listo, pero difícil. Se tomaba a veces las cosas como desaires, creo, a pesar de su parloteo vivaz y malicioso. —Guardó silencio, pensativa—. Sabía ser amable. Era bueno con Angela Frazer. Creo que se identificaba con ella porque la veía como una especie de marginada, siempre a la sombra de su padre. Y despreciaba a Graham Frazer. No sé por qué. También era bueno con los niños, se inventaba actividades para ellos, cosas que los divertían. Parecía pasarlo bien con ellos.

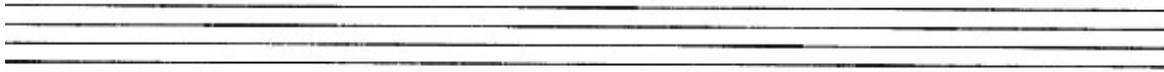
—Bueno con los niños y con los animales —murmuró Kincaid, más para sí que para Emma. Ella tensó la columna e inspiró con fuerza. Kincaid notó que se ponía a la defensiva y se enfadó consigo mismo por su falta de tacto. Se apresuró a añadir—. No, no, no la estoy ridiculizando. A mí también me cayó bien, aunque lo conocí poco, y casi a mi pesar. —Sonrió abiertamente—. Es usted muy observadora.

Emma había vuelto a relajarse, pero la situación ya no era fluida. Insistir significaría activar su conciencia, que censuraría cualquier tendencia a los vanos cotilleos.

—¿Qué tengo que buscar? —le preguntó entonces, señalando los binóculos.

—Supongo que no distingue un petirrojo de una urraca. Más le vale coger esto — y le tendió una pequeña guía muy gastada—, así tiene un punto de referencia. Y observe. Observar pájaros no es muy diferente que observar a personas. Claro — insistió, al ver la mirada sorprendida de él—, usted es un experto. En parte por experiencia y en parte por talento natural, imagino. Inspira usted confianza a los demás, con ese aire de prestar atención sincera a sus palabras, un halago bien acogido. Mejor que me vaya antes de decir algo impropio.

Y con aquello, se levantó del banco con esfuerzo y se encaminó hacia la casa sin volver la vista atrás.



El sendero cruzaba un riachuelo en el fondo del parque, luego giraba abruptamente hacia la derecha y seguía paralelamente el riachuelo en dirección a Sutton Bank. Al principio resultaba fácil caminar, al fresco, bajo las ramas, el suelo cubierto de una mullida alfombra de hojas y bellotas. Las ramas cargadas de los castaños de Indias caían sobre su cabeza, y en dos ocasiones Kincaid vio rojas setas venenosas entre las hojas caídas, brillantes como gotas de sangre. No había pájaros. El bosque estaba inmerso en la quietud y el silencio.

Por fin salió al sol y empezó a subir. Los binóculos le golpeaban el pecho con cadencia regular a cada paso, como un segundo latido. Las zarzamoras que crecían junto al camino le arañaban las manos y se enganchaban en la ropa. A menudo tenía que detenerse para liberarse. A medida que se acercaba a la cima, Kincaid se sentía dominado por la somnolencia; el sol y el aire polvoriento, impregnado de polen, afectaba sus sentidos como una droga. Se encontró con una zona de helechos aplastados y pisoteados al borde del camino, como si alguien hubiera estado allí tumbado. Resultaba irresistible. Kincaid se echó sobre la hojarasca y se quedó dormido al instante.

Lo despertó una sombra sobre su rostro. Su enturbiado cerebro tardó un instante en darse cuenta de lo que estaba viendo: unas alas enormes, con barras rojas y amarillas, planeando sobre él, y un rostro humano suspendido encima, que lo miraba. Vaya, era un ala delta. Sutton Bank —recordó los trípticos que había encontrado en la casa—, era un lugar conocido para practicar este deporte, pero el maldito trasto le había dado un susto de muerte.

Kincaid se incorporó y contempló cómo el ala delta descendía hacia Followdale House, luego levantó los binóculos de Emma y los dirigió al aparcamiento de coches. El Citroën metalizado de Hannah se introducía por la verja y se detuvo en el camino de grava. La pequeña figura lejana e irreconocible de no ser por su porte distinguido se dirigió hacia la puerta. Bajó los binóculos y se desperezó, luego apoyó los codos en las rodillas. La combinación del sueño profundo y el sobresalto del despertar lo habían despejado como un tónico, dejándole la mente clara y lúcida.

Todo aquel maldito asunto, hasta ahora, no tenía ningún sentido. No podía imaginarse a las hermanas MacKenzie llevando a cabo un homicidio premeditado.

Una eutanasia tal vez, de mala gana, pero matar y ocultar su acción, imposible. Sin embargo, sí las imaginaba encubriendo a otra persona por un equivocado sentido del deber o la obligación.

¿Habría amenazado Sebastian con revelar la relación de Cassie con Graham? Eso explicaría la conversación que había oído. Pero si era así, ¿por qué a alguno de los dos le iba a afectar tanto como para matarlo? La dirección de la multipropiedad no aprobaría que Cassie se acostara con los propietarios, pero sin duda su comportamiento no podía perjudicarla mucho.

¿Y Graham? Kincaid no podía creer que los jueces de la custodia esperaran que los padres divorciados permanecieran solteros. Además, apostaría que Angela sabía lo que pasaba, aunque no conociera todos los detalles íntimos. Era mucho más lista de lo que creía su padre. Y si Cassie y Graham habían estado juntos la noche de la muerte de Sebastian, ¿por qué no usaron esta coartada?

Kincaid suspiró. No tenía suficiente información ni siquiera para esas vagas suposiciones. Tal vez Gemma encontrara algo, pero él no podía depender de eso. No se le ocurría otra alternativa que arriesgarse un poco más en su difícil situación. Era incapaz de pensar en seguir sus vacaciones haciendo caso omiso de todo el asunto. Tenía una tendencia malsana a la preocupación, probablemente necesaria para su trabajo, como quien aprieta con la lengua una muela que duele: cuanto más duele, más cuesta parar de hacerlo.

Pero había algo más, la sensación de que el guión se desarrollaba a pesar suyo, a pesar de sus ineficaces acciones.

Se acabó. Kincaid se levantó de un salto. Si seguía así, tendría que sumergirse en la lectura de Camus y llorar sobre una cerveza. Era hora de que hiciera algunas averiguaciones.

* * *

La hora del cóctel reunió a los huéspedes de Followdale como a los curiosos en el escenario de un accidente. Acudieron, pensó Kincaid, porque su repugnancia y su instinto consuetudinario por el cotilleo era superior a la incomodidad de estar en compañía unos de otros.

Incomodidad no era precisamente la palabra con que Kincaid habría descrito el cuadro que componían el diputado, Patrick Rennie, y Hannah delante de la repisa de la chimenea charlando animadamente, sin reparar en las personas que daban vueltas a su alrededor. Rennie iba vestido de una manera informal y elegante, su brillante cabello claro acentuado por el verde azulado del jersey. Cashmere, pensó Kincaid,

tenía que ser cashmere. No cabía otra posibilidad. Hannah reía mirando a Rennie con expresión casi radiante.

Kincaid, desde el umbral, se sintió infantil, ridículo, desairado. Qué absurdo. Habían pasado un buen rato juntos, nada más. Pero no tenía prioridad en la atención de Hannah, o en su afecto.

Se dirigió a la barra dirigiendo una sonrisa de circunstancias a Maureen al pasar, determinado a alcanzar el bar antes de que lo interceptara. Esta noche, cerveza, pensó. El *whisky* del bar es mejor dejarlo para uso medicinal. Se sirvió una jarra de cerveza negra y, concienzudo, dejó el dinero en el bol.

Marta Rennie estaba sola en una de las mesitas redondas de la zona de bar, cubierta la superficie barnizada de círculos de humedad y ceniza. Tomó una honda calada de su cigarrillo. Bajo la mesa, marcaba con el pie un ritmo nervioso. «Sufre también de celos», pensó Kincaid. Nada más prometedor para tirar de la lengua que la proverbial mujer despechada, y Kincaid se propuso aprovecharse de ello.

—¿Puedo sentarme? —Kincaid le sonrió.

—Claro. —Su voz nasal le pareció tan indiferente como la mirada que le dirigió. Kincaid retiró un taburete y se acomodó antes de beber. Marta seguía fumando, con la vista fija en un punto invisible en la distancia, y Kincaid se tomó tiempo para estudiarla. Por sus facciones y coloración, más parecía la hermana que la esposa de su marido, y Kincaid siempre sospechaba que había algo de narcisismo en quienes escogían como pareja una imagen física de sí mismos. Pero de cerca la pátina de buena crianza de Marta se estropeaba por el hedor del tabaco.

—Me sorprende ver a tanta gente hoy. Se diría que las circunstancias iban a aguar la fiesta. —El débil intento de conversación de Kincaid no mereció respuesta. Aquella noche no estaba precisamente recogiendo éxitos que aumentaran su ego. Marta aplastó la colilla en el cenicero barato y tomó un sorbo de su copa con mano poco firme. Parecía pura ginebra, o vodka, y Kincaid advirtió que Marta Rennie iba por camino de emborracharse.

Cuando habló, lo sorprendió.

—Quince años. Debe de llevarle quince años.

Arrastraba las palabras, exagerando las sibilantes.

—¿Quién?

—Esa científica... —volvió a guardar silencio. En la nuca, un pañuelo de seda amarillo había remplazado la cinta de terciopelo negro. El nudo suave del pañuelo estaba medio suelto y caía por su espalda.

—¿Se refiere a Hannah?

—Está tan tremendamente impresionado. Con sus «éxitos» —dijo con sorna—, pero él no escogió esposa con una profesión. Qué va, la quería para trabajo benéfico... alguien que se sentara a su lado en los banquetes y que fuera guapa. Una mujer para lucir en los estrados y dar los premios en una gincana.

Levantó el vaso y escrutó sus profundidades, como si fuera una bola de cristal y contuviera algún remedio.

—Estoy seguro de que su marido valora lo que hace por él.

—Como el infierno —Marta encendió otro cigarrillo—. Aunque hay que decir —prosiguió a través de una nube de humo— que sí valora que mis padres pongan dinero para su campaña.

Kincaid decidió que andar con sutilezas no serviría en las condiciones de Marta.

—Me han dicho —dijo, inclinándose hacia ella y bajando la voz, con complicidad— que al inspector Nash no le convence el veredicto de suicidio de Sebastian. Menos mal que Patrick y usted estaban juntos esa noche porque lo que ha sucedido podría degradar su imagen entre el electorado conservador.

Marta se volvió a él, perpleja.

—¿De qué se trata?

—Una investigación por asesinato —Kincaid lo soltó con suavidad, como una piedrecita a un estanque.

Marta lo miró de reojo, con malicia.

—Yo dormía, ¿no? Qué oportuno. Él también. Dormido, quiero decir. Los aspirantes a políticos —se enredaba un poco con las palabras— no deberían salir por la noche mientras su esposa duerme. Qué estúpido. Patrick —enunció su nombre con mucha claridad— nunca se comporta como un estúpido. —Marta apuró el vaso y lo posó con un golpe seco—. ¿Me invita a una copa?

—Claro. ¿Qué toma?

—Un gintonic. Sin tónica.

Kincaid le llenó el vaso y lo volvió a llevar a la mesa. Con lo enfadada que estaba, Marta Rennie era astuta a la manera de los borrachos. No había perdido de vista dónde estaban las lentejas que comía.

* * *

Kincaid volvió a la sala, medio bebido, con la cerveza en la mano, en busca de alguna perspectiva más sobria. El buen humor, por lo visto, es contagioso. Los huéspedes habían rodeado a Hannah y Patrick, como esperando que se les contagiara su alegría. Eddie y Janet Lyle, Maureen Hunsinger y Graham Frazer. Y Penny. Penny sorbía su jerez dulce, sonrojada por la excitación. Sólo faltaban Emma, John Hunsinger y los niños.

Kincaid se unió al grupo. Hannah le sonrió y él le devolvió la sonrisa, contagiado a su pesar por la hilaridad de ella.

—¿Cuál es el chiste? —le preguntó—. ¿Me he perdido algo?

—Patrick ha contado anécdotas divertidísimas sobre una de sus electoras...

Rennie le quitó importancia.

—No era nada. Se trata de mi más leal defensora, pero no recuerda cómo me llamo. Es una adorable anciana, muy activa en todos los comités del condado, mueve montañas de dinero. No me atrevo a sugerirle que deje que me presente otra persona... Pero dentro de poco tengo unas elecciones parciales importantes y supongo que se levantará para presentarme en el mitin final, abrirá la boca y se quedará así, sin tener ni idea de cómo seguir.

Rennie contaba su anécdota con gracia y soltura estudiadas, y Kincaid se imaginó a las mujeres «de cierta edad» arrullándolo, disputándose su atención con ferocidad de hurones.

—A mí también se me olvidan las cosas a veces —dijo Penny, cuando se hizo una pausa—. La otra noche no encontraba mi bolso. Lo busqué por todas partes, luego bajé y lo había dejado aquí, encima de la mesa.

—A mí me pasa continuamente —dijo Maureen con amabilidad—. A veces me dejaría a los niños, si no me lo recordaran ellos.

—La madre de Eddie olvidaba las cosas —intervino Janet Lyle, despacio, mirando con desconfianza a su marido—. Estábamos preocupadísimos por ella. No nos parecía seguro que viviera sola, pero ella no quería ir a una residencia.

—Era muy orgullosa. Independiente hasta el final —convino Eddie.

—Vaya, ¿y qué pasó? —se interesó Maureen, con inmediato interés.

—Tuvo un accidente. De coche. —Eddie sacudió la cabeza—. La habíamos advertido cientos de veces sobre su conducción. Pero no escuchaba. Nuestra hija Chloe se quedó destrozada.

A Kincaid le pareció captar una punta de satisfacción en su voz, un «ya te lo había dicho» mal reprimido.

Patrick intervino en medio del coro de expresiones de preocupación.

—Es muy difícil cuidar a un familiar enfermo. Mis electores me lo dicen siempre.

¿Vamos a oír la solución conservadora al problema, o es una preocupación sincera?, se preguntó Kincaid. Repasó el corro de rostros, a la espera de expresiones de afable interés.

La reacción fue un tanto desproporcionada. A Penny MacKenzie los ojos se le habían llenado de lágrimas, que pendían de sus pestañas inferiores.

—Perdón.

El susurro fue casi inaudible. Puso su copa de jerez en manos de Maureen y huyó de la habitación.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Patrick, rompiendo el silencio que se impuso tras el portazo—. ¿He metido la pata?

—No sé —respondió Maureen—. Creo que Penny y Emma estuvieron cuidando a su padre enfermo durante mucho tiempo. Quizás el recuerdo la haya afectado.

—Tuvo que ser difícil —dijo Janet Lyle, y asintieron, comprensivos. Todos menos Hannah, que se había puesto muy pálida, según advirtió Kincaid, y aparentaba su edad por primera vez desde que la había conocido.

—Más vale que me vaya.

Hannah esbozó una sonrisa forzada y salió sin una sola mirada para Patrick.

—Por Dios, esto es contagioso. —Cassie habló por primera vez—. Pobre Patrick. Espero que no tenga el mismo efecto sobre los votantes.

Hasta entonces se había mantenido al margen del grupo, dejándolos por una vez a su aire. Ahora fue cáustica.

Antes de que Rennie pudiera contestar, apareció su esposa en el umbral del bar. Como si pisara cáscaras de huevos, con la cautela extrema de los borrachos. El pañuelo amarillo le colgaba por el hombro como una bandera.

—¿Qué pasa? —preguntó, muy despacio—. ¿Alguien se ha ofendido?

* * *

El mazo de *croquet* golpeó la bola con un impacto perfecto. Brian Hunsinger soltó un grito alborozado cuando su bola golpeó la de su hermana y la lanzó muy lejos del palo.

—¡Ya te tengo, ya te tengo! —chilló, y agitó el mazo de nuevo, como si volviera a golpear.

—¡Eres un niño pequeño! —vociferó Bethany—. ¡No juego más contigo! Haces trampa, me tocaba a mí.

—No es verdad.

—Se está haciendo oscuro para jugar —terció Angela, entrando en el campo—. Vamos, Beth. Ahora te toca a ti. Apuesto a que puedes dar a la bola de Brian y lanzarla hasta medio camino.

Angela haciendo de pacificadora. Qué cambio, pensó Kincaid, con respecto a la niña hosca que se sentaba en un rincón y no hablaba con nadie. Observó a los tres niños desde las escaleras. En la otra punta del jardín, estaban Emma MacKenzie y John Hunsinger sentados amigablemente en el banco de piedra. Desde luego parecían llevarse mejor que el grupo que acababa de dispersarse dentro.

Patrick Rennie había sacado a su mujer de la estancia, sonrojado de vergüenza.

—Vaya, pobre Patrick —comentó Marta Rennie por encima del hombro mientras su marido la conducía fuera. Lo último que oyeron fue el eco de su risita desdeñosa en el vestíbulo.

Cassie giró sobre sus talones y salió de la habitación sin decir una palabra. Graham, que llevaba todo el rato tan callado como Cassie, dijo:

—Quizás tenga razón —y desapareció hacia el bar.

Maureen miró a su alrededor, como sorprendida al no encontrar a su marido y sus hijos pegados a ella:

—¡Qué olvido, pero si los niños no han merendado! —dijo, y salió apresuradamente.

—Ha sido una reunión agradable. Bueno, hasta que... —Janet volvió la cabeza, buscando a su marido con la mirada.

—Asombroso, completamente asombroso. Es increíble que un hombre sea candidato para un trabajo público con una esposa así. —Eddie salió de la estancia y Janet lo siguió, con una última mirada de disculpa a Kincaid.

* * *

Cassie se quitó el jersey por la cabeza, enfadada. La lana de angora le había irritado la piel y se sentía como si un cepillo de púas de alambre le hubiera pasado por encima. Pero el color aceituna le sentaba bien, y aquel día se había arreglado con especial cuidado. Aunque de nada había servido. Podía haberse puesto un saco de harina y hubiera sido igual.

Nada le había salido bien desde que entró en la sala de estar para el cóctel. En realidad, nada le había salido bien desde que tuvo aquella pelea tan encendida con Sebastian la tarde del domingo. Cassie dejó caer el jersey, dio una patada a los pantalones de lino en dirección al dormitorio y se puso una vieja bata de raso que había dejado sobre el sillón la noche antes. No había hecho grandes esfuerzos por imprimir su personalidad en aquel ambiente insulso de tejidos estampados y muebles de roble. Hasta prefería hacer el amor en la casa grande que en el chalet, si podía.

El brillo de placer en su rostro ante la idea desapareció al recordar la última vez que había hecho el amor allí. Siempre sabía qué hacer y qué decir, pero la situación se le había escapado de las manos, y todas sus intenciones habían tenido la fuerza de un chorrito de agua. Todos los hilos de su vida, cuidadosamente urdidos, parecían escapar ahora de sus manos, uno a uno.

La sacó de sus pensamientos una suave llamada en la puerta del chalet. Sintió una oleada de rabia y abrió la puerta de golpe:

—Te he dicho que no...

Era Duncan Kincaid, con su irritante sonrisa de gato que se ha zampado el canario.

—¿Esperaba a otra persona? Entonces, me voy...

Cassie abrió la puerta del todo y se hizo a un lado, pero no dijo nada hasta haberla cerrado tras él.

—¿Qué hace aquí? —Se ciñó más la bata.

Kincaid paseó la mirada por la habitación, con las manos en los bolsillos, y Cassie recordó de pronto las ropas esparcidas por el suelo. Se agachó y las recogió, las lanzó al dormitorio y cerró la puerta.

—Muy bonito. —Kincaid indicó el chalet—. ¿Tiene muchas visitas aquí?

Cassie se dominó, negándose a dejarse manipular. ¿Qué sabría ese individuo?

—Sólo usted. —Le sonrió recuperando su compostura—. ¿Quiere una copa?

Kincaid negó con la cabeza.

—No, gracias. Acaban de darnos una clase práctica sobre los efectos nocivos del alcohol, ¿no le parece? —Su sonrisa la invitaba a reírse con él de la desastrosa reunión, pero Cassie no se dejó llevar.

—Cassie —dijo, apoyándose en el brazo de una de las mullidas butacas tapizadas de chintz, y la miró con franqueza, como a una amiga, lo que a ella la alarmó todavía más que su sonrisa—. Si Graham Frazer y usted estaban juntos la noche que murió Sebastian, ¿por qué no lo dijo? Les habría facilitado las cosas.

Ella le dio la espalda y dio la vuelta al mostrador que separaba la sala de la cocina.

—¿Y un café?

Preparó la cafetera; los movimientos rutinarios le daban tiempo para pensar. ¿Cuánto sabría? ¿Qué ganaría si lo negaba?

—Mire, Duncan, no me hable con ese tono paternalista, como si mi bienestar fuera una de sus prioridades. No soy imbécil. Además, ¿de dónde saca que yo estuviera con Graham esa noche? —mantuvo la voz firme, burlona.

—Tiene una relación con él desde hace tiempo. Resulta probable.

Kincaid se levantó del sillón y se sentó en un taburete, al otro lado del mostrador, frente a ella, dándole la sensación de estar atrapada en la cocina minúscula. La pava eléctrica sonó, y Cassie echó el agua hirviente en la cafetera. Los tazones estaban en un estante al lado de la cafetera. Puso dos sobre el mostrador y se quedó mirándolos, mordiéndose el labio. Motivos de pensamientos y rosas adornaban vistosamente su superficie. Eran propiedad del chalet, no suyos.

—¿Y qué le lleva a pensar que tengo una relación con Graham?

Unas gotas del café que servía se salieron del tazón y mancharon el mostrador. Kincaid cogió el tazón que le ofrecía. Cassie retiró rápidamente la mano, esperando que no notara su ligero temblor.

—Lo que me sorprende —dijo él, sin hacer caso de su pregunta— es que se hayan preocupado tanto por mantenerlo en secreto. Son los dos libres y adultos, hechos y derechos. Y no creo que a Angela la afectara demasiado.

Cassie envolvió el tazón con sus largos dedos hasta que no soportó el calor, como si el dolor pudiera aguzar su ingenio. Decidió que debía ir de sincera.

—Es Graham. Por lo de la custodia. De momento sólo tiene el derecho de visita prolongada. Falta poco para el juicio y ha solicitado la custodia total. Teme que no lo

considerarían un padre responsable. A mí me parece una estupidez, la verdad. Lo hace sólo por despecho hacia Marjorie. —Tomó un sorbo de café caliente e hizo una mueca como si se hubiera quemado la lengua—. Tendré que confesarme con su inspector jefe Nash, claro. No creí que fuera tan importante.

Kincaid no dijo nada, la miraba por encima del tazón mientras bebía, y Cassie se sintió tan estúpida como lo que decía.

—Claro que —continuó, hundiéndose más cada minuto que pasaba— preferiría que no fuera del dominio general lo de Graham y yo. A decir verdad, casi lo hemos dejado, y profesionalmente no me iría nada bien que se difundiera. Por eso...

—Por eso... —Kincaid acabó en su lugar cuando ella se interrumpió— pensó que era mejor no mencionarlo. No puedo decir que no tuviera razón. Era demasiada complicación para nada. ¿Qué importaba dónde estuviera cada uno cuando Sebastian decidió electrocutarse en la piscina? Pero hay un detalle. Creo que dentro de muy poco el inspector jefe Nash va a llegar a la conclusión de que alguien ayudó a Sebastian a matarse. Y entonces importa, y mucho, dónde estaba cada uno el domingo por la noche.

Kincaid le dirigió una breve sonrisa de aliento, como si hubiera dicho algo de lo más normal, y siguió con el mismo tono tranquilo y desenfadado. Un temblor de miedo sacudió a Cassie. Le llevó un momento lograr decir algo.

—Es que... Yo no estaba aquí... No estábamos aquí, Graham y yo.

Kincaid abrió mucho los ojos.

—No estarían con Angela...

—No, en la *suite* vacía. Siempre nos veíamos en las *suites* vacías, cuando podíamos. Pasamos juntos todo el rato. Volví aquí después de medianoche.

—¿Y no pensó, no se extrañó que la moto de Sebastian siguiera aparcada fuera?

—No.

La palabra, cargada de sentido, quedó suspendida entre ellos y Cassie sintió que la estaba juzgando y que no daba la talla.

—¿No vio ni oyó nada más, algo extraño?

—No.

No podía contarle lo de la nota, escrita rápidamente y metida bajo su puerta, que demostraba que otra persona había salido aquella noche de domingo, apartando de su mente a Sebastian y cualquier otra cosa.

—Gracias, Cassie por el café.

Kincaid se puso en pie y Cassie dio la vuelta al mostrador y lo siguió a la puerta. Mientras él abría, ella le tocó el brazo para que se detuviera.

—¿Tendrá... tendrá que salir todo a la luz, cree? Lo de Graham y yo...

—No lo sé. Quizás no. Pero no contaría demasiado con la discreción de Nash.

Ella asintió.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión sobre el suicidio de Sebastian?

—No he cambiado. Nunca he pensado que se suicidara.

La puerta se cerró con un leve chasquido tras él.

* * *

Hannah se encontraba en el umbral de la puerta cristalera de su *suite*, con la habitación a oscuras, al atardecer. Las voces de los niños llegaban hasta ella, pero no los veía si no salía al balcón, y no quería que la vieran. Sus emociones estaban tan a flor de piel que pensaba que podían transparentarse incluso desde lejos.

La realidad de lo que había hecho, de lo que pretendía seguir haciendo, le atenazaba el corazón. Había vivido en un cuento de hadas en la tierra de nunca jamás, donde todas las historias acaban bien, y ella era el hada madrina, que llegaba para deshacer los entuertos de toda una vida. ¡Qué estupidez!

Su guión, interpretado tantas veces, no había contado nunca con la atracción sexual, así que cuando el torbellino de sentimientos la atrapó con tanta rapidez no se dio cuenta de lo que sucedía. La toma de conciencia llegó insidiosamente, y la parte salvaje de su mente jugueteaba con la idea de rendirse a ello, dejar que la llevara adonde fuera. Podía no decirle la verdad; él no tenía otro modo de enterarse.

La visión repentina de sí misma arrastrada por la conversación en el cóctel le embotaba los sentidos, asustada por haber imaginado semejante locura. Nunca antes, cuando elucubraba con todo detalle cómo sería su relación con él, se había sentido... vieja. Nunca había imaginado envejecer, nunca había imaginado depender de nadie, inspirar piedad. Tanto si le decía la verdad como si no, debería hacer frente a lo ineluctable. O retirarse simplemente, volver a la esterilidad de su vida como si nada hubiera ocurrido. ¿Y Duncan? Qué pensaría de ella, que volaba de hombre a hombre como una mariposa de mediana edad... Sintió que le debía una explicación, pero no antes de que hallase una solución. Una sensación de urgencia la atenazaba. Debería ser pronto.

* * *

Penny sabía cómo se sentía el conejo acuciado por los perros de caza, espoleado por la astucia. Si salía por la puerta delantera, se toparía cara a cara con su hermana, y Emma era la última persona con quien quería encontrarse. No deseaba ver a nadie, cualquier intento de explicar su comportamiento la humillaría más todavía.

Finalmente había subido al piso superior y había recorrido el largo pasillo hasta las escaleras traseras y la salida de la piscina. Luego había resultado fácil tomar el

sendero que llevaba a la cancha de tenis, encubierta por los árboles y los altos matorrales. Se sentó acurrucada en su banco favorito justo encima de la cancha, envuelta su pequeña figura por la penumbra.

Emma y los niños seguían en el jardín, pues oía la voz chillona del pequeño, yendo y viniendo con la brisa. Era divertido ver que Emma se llevaba bien con Brian y Bethany. Ellas nunca habían tratado a niños, en realidad —sobrinos que cuidar, vecinitos que corretearan y pidieran leche o galletas— y Penny nunca sabía muy bien qué decirles. Sin embargo, Emma les daba órdenes con su brusquedad habitual y los niños las aceptaban sin cuestionarlas y se llevaban la mar de bien.

¿Sería así como la llegaría a tratar Emma, con esa brusca amabilidad, pero en su caso teñida de piedad? ¿Habría la gente de ella como habían hablado de la señora Lyle, y se compadecerían de Emma a sus espaldas? ¿Llegaría al punto en que Emma no se atrevería a dejarla sola, pues sería un peligro para sí misma y para los demás? Era una idea insoportable. Se le llenaron los ojos de lágrimas inoportunas, y Penny, desamparada, dejó que corrieran por su rostro y sintió la sal en las comisuras de los labios. Emma le pediría que dejara de compadecerse y se animara, pero Penny nunca había sido lo que Emma llamaba una persona equilibrada.

Penny aspiró y rebuscó un pañuelo en sus bolsillos. Debía intentar sacar fuerzas de flaqueza, por Emma y por ella misma. Además, tenía una obligación moral que requería su atención. Durante la reunión se había decidido: no podía arrojar sospechas falsas sobre nadie. Lo que había visto debía de tener alguna explicación lógica, y para saberlo lo más justo era preguntar.

Kincaid puso dos huevos en la sartén junto al bacon y se felicitó por apañárselas tan bien con una cocina que no conocía. La temperatura adecuada le había supuesto reajustes y una quemadura de aceite en el pulgar, pero el bacon había quedado perfecto. Dio la vuelta a los huevos mientras la tostadora disparaba el pan, y en cuanto tuvo el pan y el bacon en el plato, los huevos también estuvieron listos.

Cuando se estaba sirviendo el café, llamaron a la puerta.

Hannah Alcock estaba apoyada en la pared del pasillo, abrazada a su chaqueta de Aran. No iba maquillada, y tenía los labios pálidos en contraste con las ojeras oscuras.

—Hannah, pase —invitó Kincaid abriendo la puerta de la *suite* y separando para ella una silla de la mesita—. ¿Está bien? Tiene mala cara esta mañana.

—No he dormido.

Se dejó caer en la silla como si estar en pie le hubiera requerido mucho esfuerzo.

—¿Qué le ofrezco? ¿Unas tostadas? ¿Un café?

—Un café me apetece, gracias.

Kincaid sirvió otra taza y se sentó frente a ella, pasándole la leche y el azúcar por encima de la mesa. Hannah removi6 el café unos instantes antes de mirarlo, luego le sonrió forzosamente.

—Me siento idiota al venir así. Pensaba decirle «tenemos que hablar», pero me doy cuenta de que no es verdad. Soy yo la que necesita hablar. —Hannah hizo una pausa y desvió la mirada, encogiéndose de hombros con un gesto un tanto autodesdeñoso—. Siento que le debo una explicación por mi comportamiento. No es...

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Kincaid, perplejo—, yo no soy quién para juzgarla.

—Vamos, Duncan, no proteste, lo hace todo más humillante todavía. Empiezo a pensar que han sido imaginaciones mías que hubiera... en fin... algún sentimiento, alguna chispa... entre nosotros. Me ha pasado un par de veces. Conoces a alguien, pasas un rato con él, charlas como si lo conocieras desde hace mucho tiempo, dices cosas que no dirías a las personas que te conocen desde hace años. —Sonrió tristemente—. Es un don raro un rato como ése, sobre todo si no lo has planeado.

Al menos ella estaba siendo más sincera que él, pensó Kincaid. Había habido un chispazo de afinidad, de posibilidad, entre ellos, y se había sentido dolido al ver que compartía la misma intimidad espontánea con Patrick Rennie. No eran meros celos, aunque también había algo de eso, sino más bien una sensación de confianza traicionada.

—Muy bien, Hannah. Lo reconozco. —La miró con atención, observó su inalterada tez de porcelana y la finura de sus huesos, notó asimismo la expresión demacrada y sus ojeras—. Pero hay algo más, ¿no? No está sólo preocupada por haber herido mis sentimientos.

Hannah sacudió la cabeza antes de que él acabara la frase.

—No. Es decir, sí. No lo sé. —Gesticulaba con la mano al hablar y derramó unas gotas lechosas del café intacto sobre la mesa—. Con Patrick no es lo que usted piensa. —Las cejas de Kincaid imitaron las de Peter Raskin—. Ya sé lo que estará pensando, que soy una mujer madura que se lanza sobre todos los hombres que la miran dos veces. Pero no es así. Ojalá todo fuera tan sencillo.

Hundió el rostro en las manos, con los dedos en abanico.

—Hannah...

Kincaid extendió una mano para tocarla, pero la retiró.

—Tiene que entenderlo —dijo ella, entre los dedos—. Creía que me había construido una vida perfecta, sola. Era inteligente, capaz, respetada. He tenido la suerte de encontrar el trabajo que me gustaba. —Hannah levantó la cabeza—. La gente cree que no tuve ocasión de casarme. El viejo estereotipo de solterona sexualmente necesitada. ¡Por Dios! —exclamó amargamente—, se supone que lo habíamos superado, pero no es así. Las mujeres se juzgan como una mercancía, un apéndice de los hombres. Si no tienes un hombre, no vales. Así de simple. En cuanto al sexo —soltó una áspera carcajada—, es fácil. Lo que me asusta es el matrimonio. Perder el control.

Hannah empujó la taza con los dedos y miró al exterior a través de los cristales.

—Mis padres disponían de todos los aspectos de mi vida, lo que tenía que comer, cómo tenía que vestirme, cortarme el pelo, a quién podía ver, hasta lo que podía pensar. El único paso que pude dar sola... me lo quitaron de las manos. Y juré que nadie volvería a hacerlo. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo Kincaid, suavemente—, creo que sí.

—Y así he estado durante años, capitana de mi barco y todo eso, hasta que de pronto, este último año, me empezó a parecer todo tan vacío... He tenido amantes, claro, pero ninguno anclado en mi vida. Quizás —suspiró, y Kincaid notó que la tensión bajaba un poco— sufra una demencia relacionada con la menopausia, algún desequilibrio hormonal. Pero no creo. —Ahora parecía hablar consigo misma más que con Kincaid, su mirada perdida—. No hay una plenitud, nada que lo una todo. Parece... —Las palabras dejaron de fluir. Hannah calló por unos instantes y luego

miró directamente a Kincaid—. He vuelto a hacer lo mismo, ¿verdad? Como la otra noche, cuando lo aburrí con la historia de mi vida. Lo siento.

—Hannah, ¿qué tiene que ver todo esto con Patrick Rennie?

Ella se mordió el labio, luego tomó aliento.

—No puedo decírselo. Todavía no. Pero lo haré... —Interrumpió el ademán de protesta de él—. Yo quiero que lo sepa, pero antes tengo que explicarle algo a Patrick. Luego usted me dirá si necesito un psiquiatra o un abogado. —Le sonrió con una pizca de la franqueza y del humor que le habían impresionado tanto al principio—. Prometo que se lo diré. Después.

—De acuerdo.

Kincaid se apoyó en el respaldo y apartó el plato con los huevos fríos.

Los ojos de Hannah se fijaron en el plato.

—Vaya, le he estropeado el desayuno. No los ha tocado. —Golpeó la mesa con el muslo al levantarse y el café se volvió a derramar, aumentando el charco que se secaba en la mesa—. Me voy. Perdone por todo esto, Duncan.

—Deje de disculparse, por favor. No tiene que excusarse de nada y, además, no es adecuado a su carácter. —La siguió hasta la puerta—. Y no me importa el desayuno.

—Mi vida es inconsistente en este momento. —Soltó una carcajada, el primer sonido de placer espontáneo que había emitido en todo el rato—. Gracias. Tenga paciencia conmigo, por favor. Sé que no tengo derecho a pedírselo.

—Claro. —Kincaid se quedó con la mano en la puerta y le dijo, mientras se alejaba por el pasillo—. De eso sé mucho.

* * *

—Jefe —la voz de Gemma vibraba prácticamente de eficiencia matutina—. Tengo novedades acerca de las indagaciones que me pidió.

Kincaid hincó el diente a su bocadillo de bacon improvisado. Su breve conversación con Hannah había convertido los huevos en incomibles, y la tostada y el bacon fríos los había rescatado en el último momento, cuando ya metía el plato en el fregadero.

—Gemma, no soporto tanta alegría por la mañana.

—¿Cómo?

—Perdone. Es igual. ¿Alguien le ha puesto problemas?

—No, señor. Creo que el subdirector ha engrasado muy bien la máquina.

Kincaid sonrió ante la idea de que su jefe hubiera susurrado unas palabras discretas a algún oído especial; la anterior tarea de Gemma probablemente había desaparecido en el cesto de papeles de la secretaría.

—Cuénteme, pues. No, espere —corrió a buscar el bolígrafo y el cuaderno que había dejado en el sofá, pasó el teléfono a la mesita y tomó un sorbo de café frío.

—He estado en Dedham Vale. Un pueblecito de lo más aburrido, en mi opinión. —Gemma, con el prejuicio tan arraigado en los londinenses del norte, no les encontraba ninguna gracia a los pueblos campestres.

—No me sorprende. ¿Qué más?

—Paseé un rato hasta que encontré el consultorio del médico del pueblo, que se ocupó del reverendo MacKenzie en la última etapa de su enfermedad. Conoce a todo el mundo, claro, aunque ahora la Seguridad Social manda a muchos de sus antiguos pacientes a la nueva clínica de Ipswich.

Kincaid no pudo resistir la tentación de tomarle un poco el pelo.

—Han intimado mucho, por lo que veo.

Se imaginó la cara pecosa de Gemma ruborizándose de enojo. Probablemente, si no tuviera una actitud tan profesional, lo acusaría de tratarla con superioridad. Pero él no lo estaba haciendo. Es que Gemma no era consciente de sus propios recursos. La franqueza de su rostro animaba a las confidencias como no lo lograría una belleza más sofisticada.

Gemma guardó un momento de silencio; su respuesta habitual, cuando no sabía si bromeaba o no, era hacer caso omiso de él.

—Decía que el médico...

—Perdone, Gemma. Siga.

—Pues resulta que trató al señor MacKenzie durante años. Y a las hijas. El anciano era diabético, estaba muy grave. Perdió la vista, los riñones no le funcionaban. El médico dice que se murió durante el sueño una noche, que no hay motivos para pensar que hubiera nada extraño en ello. Sin embargo —Gemma dejó traslucir una pizca de satisfacción en su voz—, me he enterado en la agencia de viajes de allí de cuál puede ser el origen del rumor. Otra persona del pueblo es multipropietaria de Followdale House. Se trata de un comandante retirado que, según la recepcionista de la agencia, es tan cotilla como una vieja maliciosa.

Kincaid reflexionó un momento.

—Podría ser una explicación. ¿Qué más?

—Los padres de Cassie Whitlake, en Clapham. Su padre es un capataz de la construcción. Están muy orgullosos de ella. Un trabajo estupendo, viste como en el *Vogue*, dice su madre, elegantísima.

—Me imagino —dijo Kincaid, secamente.

—Pero me da la impresión de que no va a verlos con frecuencia. Dice a su madre que no puede tomarse vacaciones cuando lo hacen los demás, pues es su momento de más trabajo. Los telefonea, eso sí, y su madre dice que últimamente estaba como en las nubes. Que tiene una perspectiva buenísima, que hará que todo el mundo se fije en ella y la respete. Yo he preguntado: «¿Un trabajo?», porque no estaba muy segura de a qué se refería. «No, un hombre», ha dicho su madre, «un hombre importante».

—No parece que tenga que ser Graham Frazer. Me pregunto a qué juega.

—Tiene una hermana que vive con los padres, Evie. Hace un curso de secretariado. Evie dice que se alegra de que Cassie no aparezca por casa, porque se da muchos humos.

Kincaid notó cierta sorna en la voz de Gemma, que hizo que el formalismo se resintiera al contar la historia.

—¿Cómo ha logrado verla a solas? ¿Con una taza de té?

Kincaid conocía los trucos de Gemma del bolso olvidado, de la ayuda en la cocina... y su habilidad para entrar en los detalles de la vida de las personas.

—Sí, hemos tomado un té. Evie dice que, según Cassie, por mucho que ella, o sea Evie, juegue bien sus cartas, no podrá conseguir ni la mitad de su suerte. Una bruja, la ha llamado Evie. No me ha parecido precisamente que su fuerte sea la lealtad familiar.

—Hum —murmuró Kincaid—. Entiendo que Cassie pueda merecer esa descripción. ¿Es decir...?

—Sólo eso. Lo tengo apuntado.

—Bueno, continúe, Gemma. Nunca se sabe lo que puede salir. ¿Qué más?

—La Clínica Sterrett, donde trabaja Hannah Alcock.

—Llámeme en cuanto pueda. Tengo que colgar porque están aporreando la puerta.

* * *

Kincaid abrió la puerta de un tirón, con enojo, antes de ver quién era, resignado primero, y profundamente disgustado al cabo de unos instantes. Era el inspector jefe Nash, y no venía precisamente como mensajero de los dioses. Su castigo había llegado, pensó.

—Bueno, chico. Cuánta agresividad, ¿eh? ¿Se acaba de levantar?

—Inspector jefe Nash. Pase. Qué agradable sorpresa.

—Seguro, chico. —Nash devolvió sarcasmo por sarcasmo, y se sentó deliberadamente en una de las sillas del comedorcito, sin esperar invitación. Kincaid hizo una mueca de desagrado a la vista de los cuatro grasientos cabellos que se perdían en la brillante calva de Nash.

—¿En qué puedo servirle, inspector? —preguntó Kincaid, que no quería dar a Nash la ventaja de hablar en primer lugar.

—Qué sitio tan elegante. Se vive bien con sueldo de comisario.

Subrayó el título.

—Inspector jefe —dijo Kincaid, despacio—, déjelo. —Se apoyó en el brazo del sofá—. Qué ocurre. No habrá venido a admirar mi buen gusto.

Nash lo observó, sus ojos negros brillaban con lo que en otra persona habría sido humor.

—Ha llegado el informe del laboratorio. No hay rastro de huellas dactilares en el enchufe, en el cable y en el calentador. Por lo visto —Nash hizo una pausa, buscando efecto—, tenía razón. El jefe de instrucción se ha negado a dictaminar que fue suicidio.

Nash se acomodó mejor en la silla y cambió de tema.

—El director ha hablado conmigo en un aparte. Qué suerte que ese comisario Kincaid estuviera justamente en la escena del crimen y se haya ofrecido a ayudarnos en nuestra investigación... Según dice, es usted un niño prodigio para los de arriba. Pero escúcheme bien, chico —Nash se irguió en la silla, mostrando toda su malignidad—: no me gusta que los niños prodigio se crucen en mi camino. No me ha gustado que fuera con la excusa del pésame a visitar a la señora Wade para meter las narices donde no debía. Ni su rango ni sus fantasías —señaló a Kincaid con el dedo— me importan un carajo. Y si se mete en lo que no le importa, se las va a cargar. En mi opinión, si ese desgraciado no se ha matado, es que estaba chantajeando a alguien y ha obtenido su merecido. Y no necesito su ayuda para descubrir a quién.

Nash puso las manos sobre sus rodillas y se inclinó hacia delante, preparado, pensó Kincaid, para saltarle a la yugular, cuando se oyó un golpeteo frenético en la puerta. Kincaid se levantó del borde del sofá y acudió a abrir rápidamente. A la tercera va la vencida, pensó esperanzado.

Era el inspector Raskin, jadeante, con la corbata torcida, y un mechón sobre un ojo, como si fuera una coma.

—¿El inspector jefe Nash está aquí? —preguntó, entrecortadamente, y cuando Kincaid asintió lo siguió al interior de la *suite*. Raskin miró a Nash y a Kincaid y dijo, por fin, sin dirigirse claramente a ninguno de los dos:

—Penny MacKenzie. En la cancha de tenis. Está muerta.

Kincaid no le dio crédito hasta llegar a la cancha de tenis. Hannah estaba sentada contra la alambrada, con las rodillas levantadas y las manos juntas sobre el pecho, conmovida. El cuerpecillo de Penny yacía debajo de la red, con aquella inmovilidad indiscutiblemente definitiva, y, al verla, a Kincaid se le aceleró la respiración como si le hubieran golpeado en el pecho.

—La señorita Alcock llegaba corriendo por el jardín cuando yo entraba con el coche —le refirió con calma el inspector Raskin, indicando a Hannah con un gesto—. Me ha dicho que creía que la señorita MacKenzie estaba muerta y he venido con ella de inmediato.

Kincaid vaciló un momento, luego se acercó a Hannah y se arrodilló a su lado.

—Hannah, ¿está bien?

—No lo sé. Casi no puedo respirar. —Miró a su alrededor con expresión asombrada—. Le he dicho al inspector Raskin que me quedaba mientras iba a buscarle. Pero no recuerdo haberme sentado.

—¿Me puede contar lo ocurrido?

—No hay mucho que contar: había salido a dar un paseo cuando lo dejé a usted esta mañana para pensar, sin hacer caso de nada. La he visto al bajar por el camino.

—¿Y qué ha pasado entonces?

—Me he acercado. Al principio he pensado que se había encontrado mal y se había desmayado. Entonces le he visto la cabeza. —Hannah se interrumpió y tragó saliva—. Pero he pensado que podía respirar todavía, y le he auscultado el pecho, luego he buscado el pulso en el cuello. Tenía la piel fría. —Hannah se puso a temblar—. No sabía qué más hacer.

Kincaid le cerró más el jersey, aferrándolo por las solapas.

—Estoy seguro de que ha hecho todo lo posible por ella. Lo más importante ahora es cuidar de usted. Ha tenido un *shock*.

Miró a su alrededor. Raskin estaba arrodillado al lado del cuerpo de Penny, sin tocarlo, y Nash, que se había detenido para llamar a la jefatura, todavía no había aparecido.

—Aunque creo que es mejor que se quede hasta que llegue el inspector jefe Nash. Querrá una declaración suya. ¿La llevo hasta allí? —Señaló el banco del camino,

sobre la cancha, y ayudó a Hannah a levantarse.

—Duncan —dijo Hannah, volviéndose mientras él le abría la verja—, ha podido ser un accidente, ¿verdad? ¿Puede haberse caído y golpeado la cabeza?

—No lo sé todavía, pero lo dudo mucho.

—Pero ¿por qué? —Hannah le atenazó el brazo convulsivamente—. ¿Por qué iba nadie a hacer daño a Penny?

Por qué, en efecto, pensó Kincaid mientras volvía a la cancha. Porque Penny había visto u oído algo que amenazaba la seguridad de alguien, y si él no hubiera sido tan torpe habría descubierto qué era.

Kincaid se puso de cuclillas al lado de Raskin, de mala gana.

Penny yacía sobre el costado derecho, con el puño cerrado bajo la mejilla y los brillantes ojos azules cerrados. Sólo sorprendía la extraña torsión de sus piernas, hasta que se reparaba en la nuca: la hendidura, aunque pequeña, había sangrado abundantemente, formando un charco debajo de ella. Una raqueta de tenis a unos centímetros de su mano izquierda extendida, como si hubiera caído después de una jugada de volea en la red. El marco de la raqueta tenía una mancha de sangre de color óxido. Los binóculos de Penny estaban medio sepultados bajo su cuerpo, y Kincaid retuvo su necesidad urgente de sacarlos, como si importara su comodidad.

—Dios mío —dijo, sintiendo que le picaban los ojos y la garganta se le contraía. Se presionó debajo de los pómulos con los dedos hasta que la sensación pasó.

—Huum. —Raskin no levantó la vista, fija en la herida de la cabeza de Penny—. No es agradable de ver. Yo diría que estaba al lado de la red, posiblemente mirando algo con los binóculos, cuando el asesino la golpeó por detrás.

—Y yo diría —añadió Kincaid, cuando estuvo seguro de poder hablar— que el asesino ha tenido mucha suerte. Actúa por impulso, aferra lo primero que encuentra y resulta que funciona. Pero podría no haber sido así. El calentador eléctrico podría haber fundido los fusibles de toda la casa y apagarse antes de electrocutar a Sebastian. Y Penny... —apartó la vista— no ha sido un golpe tan fuerte. He visto a gente ir al hospital a pie con heridas peores que ésta en la cabeza.

—Soy de su misma opinión —dijo Peter pensativo—. Pero en ningún caso tenía mucho que perder. Sebastian no lo vio. A Penny podía golpearla de nuevo si hubiera caído inconsciente. ¿Cree que ha esperado a comprobar? —Peter miró a Kincaid por debajo de las cejas levantadas—. No creo que haya muerto enseguida. Ha sangrado mucho.

—Maldito bastardo. —La contención que Kincaid se había impuesto ante su rabia se resquebrajó. Inspiró hondo, esforzándose por contenerla—. Lo dudo. Demasiado arriesgado, incluso para nuestro hombre. Estamos los dos hablando de un hombre. Pero no tenemos indicio de que así sea.

—Es una manera de generalizar —respondió Peter—. No, nada descarta a una mujer, en ninguno de los dos casos. Si es que se trata de la misma persona.

—Yo creo que sí. Lo juraría. La misma persona, y las dos veces por la misma razón. Penny vio algo relacionado con la muerte de Sebastian, de eso estoy seguro. Empezó a contármelo, pero nos interrumpieron y nunca he sabido de qué se trataba. Pero Sebastian... ¿qué vio Sebastian? ¿Qué averiguó? Ésa es la cuestión. ¿Qué hay detrás de todo esto? Y, sobre todo, —Kincaid se levantó y estiró las rodillas entumecidas mirando hacia la verja— ¿dónde diablos está su jefe? Se lo está tomando con calma.

—Bueno, ya conoce al inspector jefe Nash —dijo Raskin, sardónico—, le gusta delegar.

—Entonces que delegue a alguien para tomar declaración a la señorita Alcock más tarde. La voy a acompañar a la casa. Que se mosquee todo lo que quiera. —Pero Kincaid se quedó un momento más, mirando fijamente la raqueta de tenis. Gran parte del barniz había desaparecido hacía mucho tiempo de su perímetro de madera. Algunas de las cuerdas habían saltado y el mango estaba manchado y desgastado. Su estado no era precisamente perfecto—. ¿De dónde sacaría el asesino la raqueta? No creo que la trajera sólo por si acaso se encontraba a alguien a quien sacudir.

—De ahí —señaló Raskin—, detrás de la verja.

La caja de madera se confundía con los arbustos que había detrás de la cerca por el verde gastado de su pintura que era como un camuflaje. Del tamaño de un ataúd de niño, la caja tenía un simple pestillo metálico.

—Supongo que es para uso de los huéspedes.

—Bien —Kincaid pensaba en voz alta—, imaginemos que ve a Penny salir sola y la sigue... Ella se pone de espaldas a él, concentrada en algún pájaro... Él sabe dónde se guardan las raquetas... pero no la habrá cogido con las manos desnudas, no, nuestro hombre no. ¿Qué habrá usado? ¿Un guante? ¿Una bolsa de plástico? Probablemente, se habrá tenido que deshacer de ello. Les pediré a los investigadores técnicos que echen un vistazo.

—Se lo sugeriré yo —sonrió Raskin—, como si fuera idea mía, claro.

* * *

Hannah estaba sentada con los ojos cerrados y la mejilla apoyada en las rodillas dobladas. Cuando Kincaid se inclinó sobre ella, abrió los ojos y le sonrió, somnolienta.

—Creo que me he dormido de verdad. Es extraño. Me siento tan frágil como un gatito.

—Es el *shock* —Kincaid le tendió una mano—, a veces causa efectos raros en el organismo. Lo que necesita es una taza del mejor reconstituyente inglés: té calentito.

La acompaño a la casa. Que Nash mande a alguien más tarde a tomarle declaración.

—Muy bien, Duncan —Hannah miró hacia la cancha, donde Peter Raskin esperaba pacientemente—. Alguien se lo tendrá que decir a Emma. Y si yo...

—No, no, ni hablar de eso. Si nos encontramos con alguien, diremos que no se encuentra bien. —Y añadió, con voz afligida—. Creo que a Emma se lo debo decir yo.

* * *

La llamada de Kincaid a la puerta de la *suite* de las MacKenzie sonó hueca. Había acompañado a Hannah por la puerta trasera; los gritos de los niños en la piscina les llegaron claramente a través de las puertas de vidrio. El resto de la casa parecía vacío, y ya se alejaba de la puerta de Emma cuando ésta se abrió a sus espaldas.

—Perdone —dijo Emma—, estaba empapada. He estado en la piscina con los monstruitos.

Seguía frotándose el cabello con la toalla, que quedó tieso en oscuras puntas, dándole un extraño aspecto juvenil que por un momento le recordó a Angela. Sin embargo el traje de baño era de la cosecha de la postguerra, negro, con una faldita que ocultaba discretamente la parte alta de los muslos. Emma le dirigió una de sus sonrisas raras y sorprendentes.

—Si quiere ver a Penny, no va a poder. Ha salido temprano a observar pájaros. No sé qué le ha dado, normalmente es muy perezosa.

—No, Emma, en realidad la busco a usted. ¿Podemos sentarnos?

Kincaid se preguntó qué fórmula universal requería que una persona recibiera las malas noticias sentada. ¿Sería una mera precaución contra el desmayo o la caída, o se había convertido en una precaución efectiva para suavizar el golpe?

—Claro.

Emma pareció sorprendida, pero lo condujo hasta el sofá sin protestar. Se sentó con cuidado en la butaca, extendiendo la toalla debajo del bañador mojado, y Kincaid se inclinó hacia ella.

—Emma, tengo que darle una mala noticia. —Ella no dijo nada, pero el terror cruzó su rostro—. Es Penny.

Emma se llevó la mano al pecho, con el puño apretado.

—¿Está muerta? —preguntó en un susurro.

—Sí.

Emma cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo; sólo el suave subir y bajar del pecho aseguraba a Kincaid que seguía respirando. Al cabo de un momento,

empezó a preguntarse si se había desmayado, pero entonces ella habló, sin abrir los ojos:

—¿Qué ha pasado?

—Todavía no lo sabemos muy bien. Hannah la ha encontrado en la cancha de tenis. Tiene una herida en la cabeza.

—¿Ha podido... ha podido caerse? ¿Golpearse?

—Es... posible.

Emma captó la vacilación de su voz. Abrió los ojos y paralizó a Kincaid con la mirada.

—Pero usted no lo cree.

Kincaid no contestó. Había sido una afirmación más que una pregunta. Emma se incorporó y volvió a hablar, recobrando algo de su aspereza en la voz:

—Quiero verla.

—Bueno... Voy a ver qué puedo hacer. Tendrá que esperar hasta que acaben el médico y el equipo de la policía. Si quiere vestirse y recuperarse un poco, la espero delante de la puerta principal. Emma —Kincaid vaciló. Expresar el pésame no era nunca fácil incluso después de años de experiencia con extraños—. Lo siento.

—Ya lo sé —respondió ella, y Kincaid pensó que nunca había visto tal expresión de desamparo.

* * *

El inspector Raskin recorrió el sendero que llevaba a la cancha y levantó una mano para llamar a Kincaid, que estaba de pie en el patio, indeciso. Se encontraron en el césped, Raskin jadeante por la rápida ascensión.

—Tengo que volver a entrenarme... Empieza a hacer calor. —Se pasó un dedo por el cuello de la camisa y movió los hombros como si tuviera que quitarse la chaqueta—. ¿Misión cumplida?

—Sí, Peter, y además he ido a ver a la señorita MacKenzie.

La expresión burlona de Raskin desapareció.

—Gracias. Me ha ahorrado que lo hiciera yo. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Con calma. No esperaba de ella que se pusiera histérica, ¿no? —Kincaid hizo una pausa—. Pero creo que ha sido muy duro. Quiere ver a su hermana. Le he dicho que intentaría arreglarlo.

Raskin reflexionó un momento.

—La doctora Percy está aquí, pensé que le gustaría saberlo —le sonrió con malicia—. El equipo científico también ha llegado.

—Ya me había parecido...

Kincaid señaló varios coches forasteros aparcados de cualquier manera sobre la grava.

—El patólogo del ministerio de Interior está de camino, y también la furgoneta de la funeraria. Si la señorita MacKenzie la ve antes de que la suban a la furgoneta, se ahorrará tener que ir a hacer una identificación oficial en la funeraria. Es lo mejor. Tomaré las declaraciones en cuanto acaben abajo. ¿Quiere acompañarme? ¿O sigue sin ser ni chicha ni limoná?

—Diría más bien esto, pero le he prometido a Emma que la esperaría aquí.

Kincaid hizo unos pasos por el sendero hasta que pudo ver la actividad en la cancha. Un policía uniformado hacía guardia junto a la verja, y habían marcado con una cinta blanca adhesiva el área en torno al cuerpo de Penny. Anne Percy estaba arrodillada al lado de Penny y Nash estaba cerca en silencio, vigilando la escena como una divinidad maligna.

La doctora Percy cerró su maletín, se levantó y fue a hablar con el inspector jefe Nash. Al levantar la vista, vio a Kincaid en el sendero y le dedicó una breve y luminosa sonrisa. Kincaid pensó que esta vez tenía un aspecto más profesional y estaba más atractiva que cuando la vio por primera vez, vestida con un jersey y pantalones de color verdoso.

Se acercó por el sendero, balanceando su maletín negro.

—Al final me acostumbraré a sustituir al médico de la policía —dijo a modo de saludo—. Ya he certificado la muerte, poco más puedo hacer.

—¿Esperará al patólogo? —preguntó Kincaid.

—Sí. Tengo entendido que la señorita MacKenzie tiene una hermana. ¿Cree que debería visitarla?

—¿No le importa? —preguntó Kincaid—. Aunque no estoy muy seguro de que la reciba bien.

Anne Percy sonrió:

—No importa. Estoy acostumbrada a esas situaciones.

* * *

La furgoneta de la funeraria estaba aparcada con las puertas de atrás abiertas y Kincaid se dispuso a esperar también. Le pareció raro no estar dirigiendo el remolino de actividad que lo rodeaba, ni siquiera llevando a cabo alguna tarea asignada, como había hecho tantas otras veces.

La puerta de la casa se abrió suavemente a sus espaldas y se volvió: Emma MacKenzie se paró vacilante en el umbral. Parecía encogida, su dinamismo y su

pragmatismo se habían evaporado. Las arrugas entre la nariz y la boca marcaban profundamente su rostro.

—¿Está usted bien? —preguntó Kincaid.

—Ha venido a verme la doctora Percy de parte de usted. Amable, pero innecesaria.

Kincaid se sintió aliviado al oír su voz tan ronca y hosca como siempre; percibió que, a su manera áspera, ella reconocía sus atenciones. La mujer miraba la furgoneta, sin verle a él, empezó a hablar y levantó la mano en un gesto suplicante.

—No falta mucho —dijo él suavemente—, creo que casi han terminado.

Emma fijó la vista en el rostro de Kincaid.

—Parecía tan decidida esta mañana... Llena de buenos propósitos. Ya sabe cómo Penny a veces va... iba de una cosa a otra. Pero estaba tranquila. Cuando le he preguntado, me ha sonreído. Y yo he pensado: qué tontorrón, con sus secretitos...

La voz le falló.

—No, señorita MacKenzie, no se torture. Los dos tenemos culpa por no haberle hecho caso.

Del jardín llegó un ruido de pisadas. Los encargados de la funeraria transportaban la camilla por la parte alta del sendero y cruzaban el césped, seguidos de cerca por el inspector Raskin. Penny yacía envuelta en polietileno negro precintado, con la precisión de un regalo de Navidad.

Kincaid cogió a Emma por el brazo.

—¿De verdad se ve con ánimos? —Emma asintió bruscamente, pero no apartó la mano de Kincaid cuando bajaron las escaleras.

La parte final de la funda de plástico se había dejado abierta, y Raskin apartó los bordes con delicadeza para descubrir la cara de Penny. Emma la miró durante un buen rato, luego asintió de nuevo. Raskin cerró el envoltorio y lo selló con el rollo de cinta que llevaba en la mano. Los ayudantes dejaron la camilla en la furgoneta y cerraron las puertas con movimientos rápidos y fluidos, fruto de su larga experiencia, y cuando el conductor ocupó su asiento, Kincaid le oyó decir:

—Vamos, de prisa, llegamos tarde a comer.

Las luces de freno soltaron un destello cuando salió a la carretera, y Kincaid se fijó en que el cielo estaba encapotado.

—Esta mañana ha dicho algo —Emma salió de su ensimismamiento—, mientras recogía sus cosas. Era casi... Creerá usted que estoy loca.

—No, siga.

—Era casi como una letanía que se repetía para sí misma. «Uno u otro, uno u otro»... Era algo que nos decía mi padre de pequeñas cuando nos costaba tomar una decisión. Uno u otro.

Gemma asomó la cabeza por la ventanilla del Ford Escort y llamó al empleado de la gasolinera.

—¿Me puede decir dónde está Grove House?

—La próxima a la izquierda, al doblar la esquina. Es la vieja casa señorial, la verá enseguida.

Era joven y guapo, y su amable respuesta la animó, aunque probablemente había pasado de largo de la maldita casa... Había dado tres vueltas al pueblo y ya no sabía dónde había estado y dónde no había estado.

Los pueblos la ponían de malhumor, y aquél no era una excepción. Situado en el interior de Wiltshire, completamente rodeado por canteras de grava, parecía una isla. Nada de calle de cuento con tiendecitas encantadoras. Era un batiburrillo de casas nuevas apiñadas que parecían dobladas unas sobre otras, y alguna que otra vieja mansión metida en medio.

Pero ninguna era la que buscaba: el número dos de Grove House. Calles sin nombre ni número. ¿Cómo se supone que la iba a encontrar?

Gemma dobló a la izquierda en el *pub* y, antes de darse cuenta, se encontró en una calle de casas nuevas sin salida. Dejarse vencer por la frustración no serviría de nada, pensó. Respiró hondo, hizo marcha atrás y siguió la acera despacio.

A unos metros del *pub* de la esquina, encontró una abertura en el seto. Había una pequeña placa metálica en una puerta de hierro forjado, abierta. Grove House, leyó Emma. Metió el coche en el camino, frenó y los neumáticos chirriaron sobre la grava. El ruido de la calle llegaba amortiguado por los altos setos, y por la ventanilla del coche notó el olor de tierra removida. Había una carretilla y una pala al lado de un montón de abono en la hierba. Suponía que era abono. Su práctica con los jardines consistía en cortar la hierba de los dos metros cuadrados de césped que el anuncio de su casa había llamado «un espacioso jardín posterior».

Lo que se veía de la casa era el estuco gris, la pizarra y una enredadera verde, con un seto tupido que se proyectaba en ángulo recto desde el centro, marcando la división entre el número uno y el número dos. Se preguntó qué aspecto habría tenido la casa cuando era nueva, y por un momento se imaginó que se había mantenido intacta, como amurallada, mientras el pueblo crecía a su alrededor.

—Demasiado romántica para ti, cariño —se dijo en voz alta. Luego se puso en movimiento y salió del coche.

El número dos resultó que estaba en el lado izquierdo, medio escondido por el seto central. Gemma se arregló el pelo con las manos y se colocó bien el bolso en el hombro antes de llamar al timbre. Se oyeron unos pasos rápidos sobre las baldosas y una mujer abrió la puerta. Era esbelta, de una belleza marchita y una sonrisa indecisa.

—¿Señora Rennie? —preguntó Gemma, tendiéndole su carnet de identificación—. Soy Gemma James, de la policía de Londres, y me gustaría hablar un momento con usted.

—Por supuesto. —La señora Rennie parecía asombrada—. ¿En qué puedo servirla? —Su expresión se volvió algo aprensiva—. ¿No será por ese feo asunto de Yorkshire? Patrick me ha llamado para contarnos algo... —Gemma vio la aprensión convertirse en alarma—. ¿No será Patrick? ¿Le ha pasado algo a Patrick?

—No, no —Gemma se apresuró a tranquilizarla—. Su hijo está perfectamente, señora Rennie. Es que tenemos que hacer una investigación de rutina sobre todos los huéspedes de Followdale House.

Esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Qué tonta soy. Por un momento... —La señora Rennie se acordó de sus buenos modales e hizo pasar a Gemma al vestíbulo—. Entre. No he debido tenerla en la puerta.

En una mesa estrecha había un enorme jarrón de flores cuidadosamente dispuestas. Junto con los retratos al óleo suavemente iluminados a lo largo del pasillo, fue lo único que vislumbró antes de que la señora Rennie la llevara al salón.

—Siéntese, por favor. ¿Le apetece un té?

—Me encantaría. He conducido mucho para llegar aquí —dijo Gemma, pensando que en esta casa no podía ofrecerse a ayudar en la cocina. Una vez sola, examinó la estancia. Como el resto de la casa, era de una elegancia deteriorada: objetos caros y usados; la alfombra oriental tenía trozos raídos, las sillas y el sofá tapizados de chintz estaban deformados. Había libros, mapas y objetos que pensó que debían de venir del Lejano Oriente. Y la habitación, con su ajada finura que evocaba la buena lana y zapatos prácticos, incomodó profundamente a Gemma.

Notó el olor mezclado de flores, muebles encerados y encuadernaciones de libros polvorientos, y pensó en su casita adosada, donde el olor a grasa y col hervida de la vecina se colaba por las paredes, y por mucho que abriera la ventana y ventilara no se iba nunca del todo. Pensó en su comedor *beige*, de tela basta y barata, y acarició el suave chintz de aquel sofá. Bueno, hacía lo que podía, con su sueldo y la guardería de Toby... Y Rob que no era muy fiable a la hora de pagar la manutención del niño.

Un ruido de cacharros en la cocina la sacó de sus pensamientos. Suspiró y apoyó la espalda en el blando sofá. La señora Rennie empujó la puerta de dos batientes con el hombro e hizo pasar la bandeja de té. Cuando Gemma se levantó para ayudar, la señora Rennie la detuvo con un rápido gesto.

—No, no se levante. Puedo hacerlo sola.

Gemma tomó la taza que le ofrecía y la puso en equilibrio sobre sus rodillas.

—Señora Rennie —preguntó, mientras removía el té—, ¿su hijo y su nuera llevan yendo a Followdale mucho tiempo?

—Unos dos o tres años. Al principio Marta estaba muy ilusionada, e iban encantados.

—¿Y ahora no? —Gemma sorbió un poco de té. Era Earl Grey, que no le gustaba, pero su aroma de flores resultaba apropiado para el lugar.

—Bueno, supongo que se ha convertido en algo rutinario, como pasa en todo. Y Patrick está tan ocupado con sus compromisos políticos... Pero fíjese —la señora Rennie frunció un poco las cejas—, ha sido Marta quien ha propuesto vender su parte e ir a otro lugar.

—¿Pero no lo han hecho?

—No. Patrick no mostró mucho entusiasmo.

—Estará orgullosa de su hijo, señora Rennie. Sé que le está yendo muy bien...

—Sí, mejor de lo que esperábamos. Ha tenido un ascenso meteórico en el partido.

Sonrió orgullosa, pero Gemma notó cierta reserva en su voz, como si la vida de Patrick no fuera lo que quería que fuera.

—¿Su hijo o su nuera han comentado alguna vez que hubiera algo raro en Followdale House? A veces —prosiguió Gemma en tono confidencial—, la gente comenta una cosa y luego la olvida completamente.

La señora Rennie reflexionó un momento.

—Que yo recuerde, no. Patrick no suele decir cosas desagradables de la gente o repetir habladurías.

Aunque el tono había sido muy amable, Gemma percibió que, muy sutilmente, la habían puesto en su lugar.

Gemma se acabó el té y dejó con cuidado la taza y el platito en la bandeja de madera.

—Gracias, señora Rennie. Ha sido usted muy amable y no quiero robarle más tiempo. —Se levantaron, y Gemma tuvo un momento de vacilación cuando se dirigían ya hacia la puerta—. ¿Le importaría que me lavara las manos y me refrescara un momento antes de irme?

—Por supuesto. —La señora Rennie la llevó al vestíbulo—. Arriba, a su izquierda.

—Gracias.

Gemma se detuvo delante del primer retrato. Un chico la miraba inquisitivo. Parecía que el cabello claro se fuera a liberar de un momento a otro de su peinado, y los ojos azules en el rostro delgado parecían amables y curiosos. Unos doce o trece años, dedujo Gemma, con corbata de uniforme escolar asomando por el cuello de un jersey azul. Se preguntó si Toby estaría tan guapo algún día.

—Qué precioso retrato. ¿Es su hijo, señora Rennie?

—Sí, es Patrick. Lo encargamos. Se parece mucho.

—Pues el parecido con usted es asombroso.

La señora Rennie se rió.

—Sí, es la broma que hacemos siempre en familia. —La cara de Gemma debió de demostrar su incompreensión, porque la señora Rennie se apresuró a decir—, perdone, veo que no lo sabe.

—¿Saber qué, señora Rennie?

—Que Patrick es adoptado. —Su expresión se suavizó—. Tenía tres días cuando llegó. Se hizo todo con mucha discreción, nada que ver con las vías oficiales. El abogado de mi marido se ocupó de todo. Por supuesto, se lo explicamos a Patrick en cuanto tuvo edad para entenderlo.

—Pues no, no lo sabía. —Gemma estudió el retrato—. El parecido es asombroso.

—Una pequeña intervención divina —respondió la señora Rennie, y Gemma vio un toque de humor en su sonrisa.

Gemma miró la entrada de la casa desde la ventana del baño. Había oído el ruido de un motor mientras se secaba las manos y vio un coche familiar entrar en el cobertizo que había al lado de la casa. No se atrevió a fisgonear: las tablas del *parquet* crujían y estaba segura de que desde abajo podían oír cada paso que diera.

Las voces le llegaron claramente mientras bajaba por las escaleras.

—Louise, no tienen ningún derecho. Es completamente...

Cuando ella llegó al último rellano, volvieron las cabezas. El hombre era alto y delgado, con un bigotito sedoso que era casi como una marca del militar retirado.

—Mi marido, el comandante Rennie.

La mujer mantuvo los dedos apoyados levemente en su brazo en un gesto de contención.

—No sé en qué podemos serle útiles. —Se había puesto colorado. No hay duda, pensó Gemma, que su mujer ha tratado de ablandarlo—. Estoy seguro de que ese sórdido asunto no tiene nada que ver con nosotros ni con nuestro hijo. Si tiene más preguntas, puede hablar con mi abogado...

—John, no creo que haga falta...

—Como le acabo de decir a su esposa, señor Rennie, no hay por qué preocuparse. Estas preguntas son rutinarias en una investigación de asesinato.

Aun dicha con suavidad, el poder de la palabra «asesinato» los acalló a los dos, y Gemma leyó en sus rostros el inicio del miedo.

* * *

—He inspeccionado el despacho de Cassie Whitlake —sonrió Peter Raskin—. No puedo decir que nos lo haya cedido encantada. Busque un sitio libre y siéntese.

Miró la estancia desde el umbral.

—Sólo hay una silla a este lado del escritorio. —Volvió al bar y levantó un taburete de la barra con una mano—. ¿Servirá?

—Ya lo creo —contestó Kincaid, y se instaló en un rincón del pequeño despacho—. Encaja con lo precario de mi posición.

Observó cómo Raskin probaba los pivotes de la silla de Cassie y les daba una palmada aprobatoria. Sus hábiles dedos igualaron la temblequeante pirámide de papeles hasta que fueron un montón ordenado en un rincón de la mesa.

—Se va a enfadar —dijo Kincaid señalando la superficie del escritorio, ahora despejada.

—No será la única. Todos los huéspedes están citados ahora, y he oído que el agente los reunirá en la sala. Estarán cansados y quejosos, querrán irse a tomar el té, así que cuando antes los recibamos, mejor.

—Hagamos pasar primero a los Hunsinger y así los quitamos de en medio. Según me ha dicho Emma MacKenzie, han estado toda la mañana en la piscina con los niños.

Raskin salió de detrás del escritorio, fue al bar y volvió al cabo de un momento con una taciturna Maureen Hunsinger.

Maureen sonrió tristemente a Kincaid mientras Raskin le ofrecía la silla. Ella se sentó en el borde, muy tiesa, y el vestido blanco de algodón fruncido se hinchó a su alrededor. Kincaid pensó que podría haber estado ridícula, con el cabello más crespo de lo normal por las horas en la piscina y la cara colorada e hinchada por el llanto, pero vio una cierta dignidad en su postura y en su evidente tristeza. Una madonna voluptuosa y versátil. Contuvo una sonrisa.

—John está con los niños. ¿Lo necesitarán también a él?

—Probablemente bastará con que firme la declaración de usted —respondió Raskin con diplomacia.

—Para los niños ha sido terrible. Primero Sebastian y ahora esto. ¿Qué podemos decirles, que tenga sentido? Esta mañana hemos pensado que si se divertían en la piscina olvidarían lo que había pasado allí, pero ahora... —Maureen estaba de nuevo al borde de las lágrimas—. Ojalá no hubiéramos venido.

—Entiendo cómo se siente, pero tenemos que pedirles que se queden un poco más, al menos hasta completar las formalidades. —Raskin le habló con amabilidad y comprensión, y Maureen se relajó un poco en su asiento—. Ahora, ¿le importaría contarme qué ha hecho esta mañana?

—Los niños nos han despertado. Hemos desayunado y al cabo de un rato hemos bajado a la piscina. Ha venido también Emma...

—¿Cuánto tiempo ha estado?

—Pues... una hora, creo. Ha dicho que ya tenía bastante, y al cabo de un rato los niños han empezado a tener hambre y hemos subido nosotros también. Nos estábamos cambiando cuando Janet Lyle ha venido a decirnos que pasaba algo, pero que no sabía qué. —Maureen se echó hacia delante, suplicante—. Por favor, dígame qué ha pasado exactamente. Ya sé que Penny... ha muerto, nos lo ha dicho el policía. Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Lo mismo que a... Sebastian?

Raskin adoptó un tono formal, la mejor defensa frente a las emociones para un policía, pensó Kincaid, sarcástico.

—La señorita MacKenzie ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza. Por ahora no podemos decirle nada más.

Maureen se hundió en el asiento y Kincaid tuvo la impresión de que, al confirmarse sus peores miedos, toda la tensión emocional se liberaba. Se levantó en silencio, pero cuando cruzaba el umbral se volvió y dijo:

—Voy a ocuparme de Emma. Alguien tiene que hacerlo. No se la puede dejar sola ahora.

La determinación de su gesto no permitía discusión.

* * *

Entraron y salieron en una rápida sucesión, unos más cooperadores que otros.

Cassie ocupó la silla de las visitas, se quitó las zapatillas de tenis y se sentó sobre sus piernas dobladas. Era una demostración deliberada de propiedad, pensó Kincaid, como nunca había visto antes. Cassie miró furiosa el montón ordenado de papeles en su mesa.

—¿Sabe cuánto tiempo me va a llevar volver a ponerlo bien?

Peter Raskin se permitió un asomo de sonrisa.

—Y yo que creía haberle hecho un favor...

—¿Dónde está el inspector jefe Nash? —Cassie miró enseguida a Kincaid.

—Esperando la autopsia —dijo Raskin—. El rango da ciertos privilegios. Ahora, si no le importa...

—He pasado la mañana aquí. Trabajando.

—¿Ha...?

—Bueno, he ido al baño de abajo un par de veces, si le importa saberlo. He ordenado el salón y el bar. Patrick Rennie estaba trabajando en el escritorio del salón. Y Eddie Lyle ha entrado en algún momento. No he visto a nadie más.

—Admirablemente sucinta, señorita Whitlake —dijo Raskin, imperturbable en su papel de interrogador.

—Llámeme Cassie.

Cassie apretó el acelerador de su capacidad de seducción y Kincaid observó con interés la reacción de Raskin. De pronto, ella se levantó y se inclinó sobre el escritorio, obligando a Raskin a retroceder, para abrir el cajón central.

—Perdón.

Tras revolver por unos instantes, sacó un arrugado paquete de cigarrillos y unas cerillas.

—Un vicio secreto. No molesta a los clientes.

Le temblaba la mano cuando encendió la cerilla, y Kincaid pensó que por mucho aplomo que mostrara, los nervios la traicionaban.

—El comisario aquí presente —de nuevo miró de reojo a Kincaid— cree que tengo que ser franca. Y prefiero mil veces confesarme a usted, inspector, que al inspector jefe Nash.

Regaló a Raskin una sonrisa de dentífrico.

—Siga.

—Dije que había pasado sola el domingo por la noche en mi chalet. Pues bien, no es verdad. No estaba sola ni estaba en mi chalet. Me encontré con Graham Frazer en la *suite* vacía... a eso de las diez, diría yo, y estuvimos allí hasta casi medianoche.

Kincaid se maravilló de su habilidad en convertir una situación aparentemente embarazosa en un flirteo provocador.

—¿Ocurre a menudo? —preguntó Raskin, luego se sonrojó ligeramente al darse cuenta de cómo había sonado—. Es decir, que se encuentren los dos...

No ha mejorado mucho las cosas, pensó Kincaid, divertido al ver la grieta en la compostura impecable de Raskin.

—Bueno, hemos tenido una relación, se podría decir, de un año más o menos. —Cassie dio una calada y se inclinó hacia delante, confidente—. Graham no quería que nadie lo supiera. Problemas de custodia. Desde luego, yo lo habría contado enseguida, de saber que era tan importante. Espero —su voz se hizo más intensa— que no salga de aquí.

Raskin se levantó y se dirigió a la puerta.

—Por supuesto, no puedo prometerle nada, señorita Whitlake. —Su tono era de prudencia—. Gracias por cooperar de esta forma, señorita Whitlake.

Raskin puso énfasis en el apellido. Después de todo, había dicho la última palabra.

—¿Cómo le sonsacaste esa información tan sustanciosa? —le preguntó Raskin a Kincaid tras cerrar la puerta.

—Mi encanto irresistible —sonrió Kincaid—. Bueno, esto, y que además lo acerté. Le dije que sabía que habían estado juntos, pero que no comprendía por qué tenían que esconderlo. Pensé que no tenía nada que perder.

—Aparentemente no. Hagamos pasar al señor Frazer, a ver qué dice.

Graham Frazer se mostró intratable desde el principio hasta el final, dirigiendo a Kincaid para empezar una mirada de bulldog.

—¿Ya no mira desde la barrera? Le debía doler el trasero...

Angela, que entró detrás de él, parecía mortificada.

—Papá... —Frazer hizo caso omiso de ella y se sentó en la silla, dejando a su hija en pie, incómoda e indecisa. Kincaid se levantó y le ofreció su taburete con una reverencia. Ella sonrió.

—He pasado la mañana trabajando en la *suite*. Tenía que ponerme al día con el trabajo burocrático —dijo Frazer en respuesta a la pregunta de Raskin—. Angie dormía. Eso es lo que hacen las adolescentes, ¿no?

Angela reaccionó con rabia.

—Papá, eso no...

—No es justo —acabó Raskin por ella, y sonrió—. ¿A qué se dedica, señor Frazer?

—A los seguros. Aburridísimo, pero sirve para pagar las facturas.

—Ya. —Raskin puso en orden sus notas con cuidado—. ¿Y no ha salido de su *suite* por ninguna razón antes de las diez de la mañana?

—No. —Frazer había perdido hasta su tono intimidatorio, y ya no ofrecía nada más—. Ahora si son tan...

—Angie —interrumpió Kincaid—, ¿a qué hora te has despertado esta mañana?

Ella miró a su padre antes de volverse a Kincaid:

—A las diez, más o menos.

—Angie —dijo Raskin—, tú puedes salir, si no tienes nada que añadir a la declaración de tu padre. —Frazer empezó a levantarse—. Señor Frazer, si no le importa, querría hacerle algunas preguntas más.

—Claro que me importa. Pero no tengo elección.

Raskin aguardó a que Angela hubiera salido y hubiese cerrado la puerta tras de sí.

—Puede llamar a un abogado, señor Frazer, pero se trata de preguntas muy informales. No le estamos acusando de nada. —Frazer se lo pensó e hizo un gesto de consentimiento. Kincaid pensó que había decidido no armar jaleo a estas alturas.

—Señor Frazer, la señorita Whitlake nos ha informado de que pasaron juntos la noche del domingo, desde más o menos las diez hasta las doce. Anteriormente habían ustedes hecho declaraciones que silenciaban esta circunstancia. Según la señorita Whitlake usted le pidió que no lo mencionara porque estaba preocupado por el juicio sobre la custodia.

Graham Frazer, duro e impenetrable, no mostraba fácilmente las emociones, pero Kincaid pensó que su profundo silencio indicaba el alcance de su sorpresa. Al cabo de un rato, balbuceó:

—¿Les ha dicho eso? ¿Cassie? Pero si fue ella quien insistió... —Quedó en silencio y añadió, bajito—. Sabía que estaba tramando algo, la muy zorra.

—¿Está diciendo que no fue usted quien insistió en mentir sobre su actividad de esa noche?

Raskin había perdido algo de su afabilidad formal.

—Sí. Es decir, no. No fue idea mía. ¿Qué tiene que ver eso con la maldita vista sobre la custodia? Y aunque así fuera, no me importaría tanto... Empiezo a creer que Marjorie se saldrá mejor de todo ello. No, era Cassie quien estaba preocupada por su «reputación». Me suplicó que no la pusiera en apuros. —Frazer soltó un bufido de despecho—. Es ella quien ha conseguido hacerme pasar por imbécil.

* * *

Edward Lyle entró antes que su esposa, y sólo se acordó de ofrecerle la silla cuando Raskin la saludó. Kincaid cogió discretamente otro taburete y adoptó su posición de espectador. Lyle estaba muy callado, menos indignado por sus derechos que en otras ocasiones.

—No sé qué puedo decirle yo, inspector. —Lyle se pasó una mano por el cabello ralo—. Qué mala suerte, qué mala suerte la de la pobre señorita MacKenzie.

¿Mala suerte? A Kincaid le pareció una expresión extraña. Aquella mañana había tenido algo más que mala suerte. Raskin dejó que el comentario se desvaneciera antes de hablar.

—Me bastará que me digan qué han hecho ustedes esta mañana, señor y señora Lyle.

—Bueno, hemos desayunado como siempre; a mí me gusta desayunar bien. Luego he ido al pueblo andando a por un periódico y he dejado a Janet escribiendo unas cartas en la *suite*. Al volver he echado un vistazo al periódico y luego nos hemos puesto a mirar los mapas, para planear la excursión de la tarde, y entonces ha empezado toda la conmoción. Y ya está, inspector. Tengo que decir... —empezó, adoptando un tono más recriminatorio, pero Raskin lo interrumpió:

—¿Es correcto, señora Lyle? —Lyle tomó aliento para protestar, pero su esposa empezó a hablar.

—Sí... por supuesto. Yo estaba escribiendo a Chloe, nuestra hija, que está en un pensionado. Es una lástima que no pudiéramos venir cuando ella estaba de vacaciones. A ella le habría... —Vislumbró la cara de desaprobación de su marido—. Perdón. Qué tonta. Me alegro de que no esté aquí. —Frunció las cejas mientras tomaba aire, como si tratara de dominarse antes de hablar—. Inspector, lo que ha ocurrido es espantoso. Pero nosotros no tenemos nada que ver.

Se volvió hacia Kincaid, incluyéndole a él en la petición. Algunas hebras grises suavizaban la severidad de su cabello oscuro y espeso. Su piel clara contrastaba con sus ojos negros y expresivos.

De repente, Kincaid pensó que era una mujer muy atractiva, o lo sería, si no estuviera siempre nerviosa y con cara de desconfianza. Recordó su sorprendente vivacidad cuando estaba en el salón de té con Maureen y se preguntó cómo sería si no se hubiera casado con Edward Lyle. ¿Y por qué se habría casado con él? Ésa era la verdadera cuestión, se dijo Kincaid. Hacía quince o veinte años, ¿habría visto una promesa, ahora disipada, en aquel hombre débil y engreído?

—Señora Lyle —respondió Raskin, interrumpiendo las meditaciones de Kincaid—, tenemos que hacer las mismas preguntas a todo el mundo, por si han visto u oído algo importante. Estoy seguro de que lo entiende.

—No hemos visto nada fuera de lo normal —dijo Lyle—. Nada en absoluto.

* * *

Patrick Rennie, siempre tan caballeroso, dejó sentar a su mujer en la silla, solícito. Marta parecía necesitar toda la ayuda posible (evidentemente, no era de los pocos afortunados que no sufren resacas). Llevaba el liso cabello castaño apartado de la cara por una cinta elástica.

—Marta se ha pasado la noche en la cama —refirió Patrick—, porque no se encontraba bien.

Tenía una expresión sincera y complaciente, y no miraba a su esposa al hablar. Dijo que había bajado al salón a preparar un discurso para no molestarla.

—¿Ha pasado allí toda la mañana, señor Rennie? —preguntó Raskin.

—Bueno, he entrado y salido varias veces. He saludado a Cassie, he subido a por un libro: las citas son útiles al escribir discursos. Ha entrado Lyle y hemos charlado un poco, desconcentrándome, cuando estaba en un punto importante... Pero no he visto a nadie más. Ah, inspector —su voz sonó juguetona—, y les he visto llegar a usted y a su jefe, en coche, por la ventana del salón.

Maldito pretencioso, pensó Kincaid.

—¿Señora Rennie? —preguntó Raskin.

Ella no dejaba de mover las manos, nerviosa no sólo por ganas de tomar un té, pensó Kincaid. Se humedeció los labios antes de hablar:

—He dormido toda la mañana, como ha dicho Patrick. Me encontraba fatal. Como con gripe... Me acababa de levantar y estaba tomando un café cuando entró Patrick y dijo que había mucho jaleo arriba y abajo de las escaleras, puertas que se

abrían y cerraban, que algo pasaba. —Rebuscó un cigarrillo en su bolso—. Lo siento por la señorita MacKenzie, parecía buena persona.

El elogio no podía ser peor, pensó Kincaid, pero al menos Marta Rennie había dedicado un pensamiento a Penny.

—La señorita MacKenzie parecía muy afectada cuando se marchó anoche. ¿No ha podido...?

—No, señor Rennie —respondió Raskin a su pregunta inacabada—. No existe posibilidad de que las heridas hieran autoinfligidas.

—Pues esto es todo.

Peter Raskin bostezó y se estiró.

—Tan inútil como la otra vez —dijo Kincaid, disgustado—. No se habrían necesitado más de cinco minutos. Cualquiera ha podido bajar a la cancha de tenis y subir de nuevo. Aparte de los Hunsinger, claro —se corrigió—, nunca los he tomado muy en cuenta.

Raskin se incorporó en la silla giratoria y observó a Kincaid.

—¿Y qué hay de la señorita Emma MacKenzie? ¿Y de Hannah Alcock?

—Sí, entran en el abanico de posibilidades. Emma ha podido seguir a su hermana a la cancha de tenis...

—Un auténtico crimen familiar —interrumpió Raskin—. Ya se sabe que a veces todos esos años de vida en común estallan...

—¿Por qué motivo? ¿Las cabras? Ya se sabe que la violencia familiar casi siempre se ve precipitada por el alcohol y se da en un impulso repentino. —El tono de Kincaid fue más vivo de lo que pretendía—. De todas formas, no lo creo. Emma quería mucho a Penny. Se encontrará perdida sin tener que cuidar a Penny y preocuparse por ella —levantó la mano cuando Raskin iba a hablar—, y no me venga ahora con eutanasias, al menos con una raqueta de tenis.

—De acuerdo —admitió Raskin—. Reconozco que es improbable. ¿Qué me dice de la señorita Alcock?

Kincaid se agitó incómodo en el taburete.

—No me convence, Peter. No creo que el patólogo nos dé una hora más exacta de muerte de la que nos dan las circunstancias. Según Emma, Penny salió de la *suite* a eso de las ocho y media. La señorita Alcock vino a verme a esa misma hora, se quedó... —pensó un momento— una media hora. Mi sargento me ha llamado muy poco después de que saliera, y he mirado el reloj. Eran las nueve y cinco. Usted se ha topado con la señorita Alcock en el aparcamiento, cuando venía a buscarnos, a las...

—Nueve y media. Acababan de terminar las noticias de la media en la radio del coche.

—Pues...

—Ha tenido tiempo —dijo Raskin con calma—. Justo. Y yo la he visto llegar atravesando el césped desde la cancha de tenis. Lo más sensato hubiera sido que me dijera que acababa de encontrar el cuerpo de Penny.

—Pero no lo creo. —Kincaid se levantó y se puso a medir el minúsculo despacho con sus pasos—. No me convence. ¿Qué motivo podía tener?

—¿Qué motivo podían tener todos? Ninguno tiene sentido —dijo Raskin exasperado—. Y el inspector jefe Nash no va a dejar pasar nada, ya lo sabe.

—Ya lo sé.

A pesar de su pobre opinión sobre Nash, a Kincaid le costaba defender sus certezas incluso para sí. Sencillamente no podía aceptar la idea de que Hannah hubiera estado con él contándole confidencias ante un café y luego hubiera bajado y matado a Penny a sangre fría. ¿Era su orgullo lo que estaba en juego, su juicio, o sencillamente creía en la honestidad de ella? ¿Era fiable él para hacer este trabajo escrupulosamente, cuando había de por medio cuestiones personales? No le apetecía explicarle sus reservas al inspector jefe Nash.

—¿Dónde está su superior, por cierto, Peter? Que la responsabilidad de una investigación por asesinato recaiga en el inspector jefe no es un procedimiento normal.

—En el hospital, recuperándose de una neumonía viral. —Hizo una mueca.

—Pobre Raskin. Esto exige algún tipo de consuelo.

Kincaid entró en el bar y volvió con dos vasos y dos botellines de cerveza.

—Gracias. Creo que hemos hecho todo lo posible —Raskin miró el reloj—, y más vale que vaya para casa.

Pero se quedó observando cómo la espuma de su cerveza se deshacía.

—Acabo de darme cuenta de que no sé nada de usted, Peter. ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—Sí. Dos. Niño y niña. Y en este momento me estoy perdiendo el partido de fútbol de mi hijo. —Volvió a mirar su reloj—. Aunque está acostumbrado. —Raskin suspiró—. Seguro que es bueno para él: la decepción fortalece el carácter, ¿verdad? —La sorna iluminó de nuevo su rostro—. Yo en cambio lo sé todo de usted. El inspector jefe Nash hizo una investigación completa, esperando encontrar algún hueso que roer. Pero lo que encontró le provocó una indigestión. Uno de los chicos prodigio de la escuela de policía, el mimado del gran jefe.

Se echaron a reír y bebieron en medio de una camaradería silenciosa. Se le ocurrió a Kincaid que le daba terror pasar la tarde solo, y cualquier relación con los de la casa estaría llena de dudas que no podría resolver.

—Peter, ¿no tendrá por casualidad la dirección de la doctora Percy?

Peter se atragantó un poco con la cerveza.

—Es que está casada...

—Me lo imaginaba —dijo Kincaid, pero sintió un cierto desánimo, y se apresuró a decirse que su interés era estrictamente profesional—. Pero quiero hacerle algunas

preguntas ya que no me han invitado a ver la autopsia... —Intentó que su tono fuera neutro, digno.

—Vale, me lo tragaré. Y yo soy la reina de Inglaterra —dijo Raskin, y Kincaid sonrió a su pesar.

* * *

—Señor Kincaid. —La voz queda llegó del fondo del jardín—. ¿O tengo que decir comisario? —Kincaid reconoció al hablante: Edward Lyle salió de las sombras de una urna decorativa, señalando el coche de Kincaid—. Siento molestarle si ha quedado con alguien, pero me gustaría hablar un momento con usted.

Las maneras de Lyle eran más complacientes de lo normal, y Kincaid suspiró. En el fondo, lo esperaba.

—No, no. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me doy cuenta de que este asunto es muy inquietante, comisario, pero creo que el inspector jefe Nash se está pasando la raya. Estas vacaciones tenían que ser un tratamiento especial para mi esposa, para que descansara de los nervios. Y todo esto ya le ha causado suficiente aflicción como para que ahora tenga que soportar las intimidaciones del inspector jefe. Todo el reposo que podía esperar se ha desvanecido. Yo no he venido aquí para que...

—Señor Lyle —dijo Kincaid con paciencia—, yo no tengo jurisdicción sobre el inspector jefe Nash, como le he explicado antes. Soy una víctima más. Estoy seguro de que no hace más que cumplir con su deber. —Kincaid se oyó pronunciar estos lugares comunes e hizo una mueca. Lyle se los inspiraba.

—Mi trabajo es muy exigente, comisario, y nadie lo está teniendo en cuenta...

—¿A qué se dedica, señor Lyle? —Kincaid trató de contener la ola de quejas—. Creo que nunca me lo ha dicho.

—Soy ingeniero civil. La empresa va viento en popa —el señor Lyle resopló un poco—. Hay buenas oportunidades de invertir precisamente ahora, si usted...

Kincaid lo interrumpió:

—Gracias, pero los policías no solemos tener dinero de sobras. Y ahora, si no le importa, tengo que irme. Lo siento, no puedo ayudarlo con el inspector jefe Nash; una palabra mía no lo predispondría a su favor.

Especie de engreído petulante, pensó mientras entraba en el coche y se despedía de Lyle. Nash y él se merecían el uno al otro.

* * *

La carretera estrecha descendía serpenteando hasta la base de la colina. Kincaid había bajado la capota del Midget y había puesto la calefacción a tope, esperando que el frío aire de la noche despejara las telarañas de su cerebro. El cielo todavía conservaba algo de luz tras las recortadas siluetas opacas de los árboles.

De pronto vio las luces del *bungalow* a través de los árboles, a su izquierda, y entró en coche despacio por el sendero cubierto de hojas. La casa era baja, de ladrillo rosa, y salía luz de los ventanales que había a los lados del porche arqueado.

Llamó al timbre y la puerta se abrió con ímpetu, descubriendo a dos niñas de cabello oscuro y cara en forma de corazón. Lo miraron con gran seriedad, pero antes de darle tiempo a hablar rompieron en risitas y echaron a correr al interior, gritando: «¡Mami, mami!». Kincaid pensó que debía mirarse a un espejo cuanto antes, si sólo verlo ponía histéricas a las niñas.

La estancia tenía el ancho de la casa, con el comedor a la izquierda y el salón a la derecha. Entrevió una alfombra gastada ocupada por un hospital de urgencia de muñecas. Las mesas estaban atestadas de libros, un fuego ardía en el hogar, y la tentación de sentarse y ponerse a dormir era casi irresistible.

Anne Percy apareció, secándose las manos en un delantal de algodón blanco, y lo salvó de su apuro. Sonrió encantada al ver quién era y luego lo miró más crítica.

—Parece agotado, ¿qué le apetece tomar? —Las niñas miraban a hurtadillas detrás de ella a la manera de acróbatas chinas, acalladas sólo por la presencia de su madre—. Molly, Caroline, éste es el señor Kincaid.

—Hola —dijo él, serio. Ellas soltaron más risitas, y se escondieron tras la espalda de su madre al mismo tiempo.

—Pase a la cocina, si no le importa que guise mientras hablamos.

Lo hizo pasar por una puerta de dos batientes en el fondo del salón a una estancia grande y alegre que olía a pollo asado con ajo.

Anne echó a las niñas, recordándoles que faltaba media hora para que estuviera lista la cena, le tendió un alto taburete a Kincaid y volvió a los fogones a remover algo, todo con una graciosa economía de movimientos.

—¿Quiere beber algo? Yo estoy tomando un vermouthe, porque lo he echado al pollo, pero usted quizá prefiera un *whisky*. Está fuera de servicio, ¿no? ¿Es verdad que los policías no beben durante el servicio, o es un mito perpetuado por la tele?

—Gracias —Kincaid aceptó con gratitud el *whisky* que le había servido, y tras el primer sorbo notó el calor irradiar desde la boca del estómago—. Pues no, no es verdad. Conozco a muy pocos que lo hagan. El alcoholismo crónico es tan probable en las fuerzas policiales como en cualquier otro sitio, que yo sepa. Hasta puede que más, si tenemos en cuenta el grado de estrés. Pero yo no bebo, si ésa es la pregunta. No me gusta sentirme patoso.

—Conozco su apellido, pero no su nombre. No puedo seguir llamándole señor o comisario. No me parece apropiado en la cocina.

—Duncan. —Sonrió ante la expresión de sorpresa de ella—: Es que tengo antepasados escoceses. Y a mis padres les chiflaba Macbeth. Podría haber sido peor. Me podían haber llamado Prospero u Oberon.

—Qué suerte. Mi familia me sigue llamando Annie Rose. Me hace sentir como si tuviera tres años, no como una mujer adulta con hijas y una profesión respetable. Pero los pacientes me llaman doctora Anne, se sienten más cómodos.

—Yo voy a optar por Anne a secas.

Se sentó y bebió mientras ella se movía del armario a la cocina, en la calidez de la estancia y el *whisky* subiendo como una marea desde su interior. Se sentía como si llevara años en aquel taburete y en aquella cocina, y pudiera seguir años allí sentado. Anne Percy era la concentración personificada, pensó al ver que se ponía el cabello tras la oreja mientras removía. Tenía la misma cara en forma de corazón que sus hijas, pero su cabello era más fino y más claro, del color del azúcar de caña. Echó un vistazo a una cazuela del horno, se secó las manos y se volvió hacia él, apoyándose en la encimera.

—Ya está. Durante unos minutos, todo se hará solo.

Kincaid se sintió perdido, distraído por una mancha de harina que veía en su ceja. Lo que venía a pedirle era tan poco formal, tan nebuloso, que no sabía cómo empezar.

—Me encuentro en una posición muy incómoda. No tengo permiso oficial para investigar las muertes de Sebastian o Penny, al menos, todavía no. Y sin embargo estoy metido en ello, incluso más de lo que estaría en circunstancias normales, pues los conocía a los dos.

Anne Percy lo observó con la misma mirada seria que había dedicado a la cazuela, y de pronto Kincaid se sintió incómodo, como si su rostro pudiera revelar algún secreto.

—Yo también pierdo la distancia profesional en algunas ocasiones. —Su aparente incongruencia iba directa al corazón del problema, pensó Kincaid—. He ido a ver a Emma esta mañana, para ver si quería un sedante...

—Y no lo quería —interrumpió Kincaid, sonriendo ante la idea.

—Pues no, y me ha mandado al infierno. Pero ha hablado conmigo. A veces, la gente lo hace cuando está bajo *shock*. Te cuentan cosas que normalmente no revelarían por nada del mundo. Emma llevaba preocupada varios meses por el comportamiento de Penny, y parecía que empeoraba. Episodios de pérdida de memoria, confusión. Parecía un principio de Alzheimer o alguna forma de senilidad precoz. No sé si puede ser un consuelo, pero probablemente su calidad de vida se habría deteriorado rápidamente.

—Pues no —repuso Kincaid con rabia—, no puede. Cualquiera que fuera su calidad de vida, nadie tenía derecho a quitársela. Y yo he sido un tonto de remate. Debía haberlo previsto. Intentó hablar conmigo y yo no me tomé el tiempo de escucharla porque el caso no era mío, porque no quería responsabilizarme, porque la juzgué loca e irrelevante. Tenía que haberseme ocurrido, es mi trabajo, caramba.

Ahora nunca sabremos qué fue lo que vio. La noche que murió Sebastian, Penny esperó a que Emma se durmiera y bajó. Se había olvidado el bolso y no quería que Emma lo supiera. Una tontería, pero sabía que Emma estaba preocupada por su memoria...

—¿Cree que han matado a Penny porque vio algo que podría llevar al asesino de Sebastian? ¿Que la misma persona es culpable de las dos muertes?

—Creo, por algo que Emma le oyó decir a Penny, que vio a dos personas esa noche, dos personas que no estaban donde se supone que estaban. ¿Se acordó de dónde había dejado el bolso y entró a oscuras en el salón? ¿Vio salir a alguien del despacho de Cassie?

—¿La vieron a ella? —preguntó Anne, atrapada en la reconstrucción de Kincaid.

—Bueno, eso no lo sabemos —dijo él con suavidad—, pero yo creo que no. Si no, el plan habría cambiado o Penny habría muerto en ese momento. Esa... persona... es una considerable oportunista. A mí me parece que ninguna de las muertes estaba premeditada, al menos en sentido estricto, sino que fueron llevadas a cabo con mucha determinación, a pesar del enorme riesgo que corría el asesino y un ansia de correr riesgos casi insana. Ha tenido una suerte increíble de que nadie haya visto ninguno de los asesinatos...

—Aparte de Penny, quizás —interrumpió Anne.

—Sí. Pero el perfil sale de lo corriente. La gente que mata impulsivamente suele hacerlo por rabia y luego se arrepiente. Los que lo planean con cuidado prefieren ejecutarlo fríamente, con el menor riesgo posible de que los descubran.

—Tal vez esta persona tenga una idea desaforada de su impunidad.

—Es posible, pero no creo que estos crímenes sean obra de un psicópata, la violencia por la violencia. Hay un objetivo, una resolución astuta. —Kincaid se echó a reír, luego se encogió de hombros—. Suena extravagante, ¿no?

—Es posible. Pero espere un momento, Duncan. —Una pequeña arruga se formó en el entrecejo de Anne—. Si el asesino no vio a Penny, ¿cómo supo que ella lo había visto?

—Me parece —Kincaid sopesó sus palabras con cuidado— que se lo dijo ella. —Al ver la expresión de incredulidad de Anne, sacudió la cabeza antes de que lo interrumpiera—. Sé que suena estúpido, pero Penny... —Buscaba las palabras que permitieran a Anne ver a Penny tal como la había visto él, esperando que el *whisky* no lo hubiera puesto sentimental—. Penny vivía con una sinceridad escrupulosa; excepto, quizás, para proteger a Emma. No acusaría a nadie en falso.

—Cree que simplemente se acercó al asesino y le dijo: «Lo he visto. ¿Qué piensa hacer?». Pero es... —Anne levantó la voz con indignación, y Kincaid pensó que no le gustaría ser un paciente y desobedecer las órdenes sensatas del médico.

—Absurdo. Y si Penny vio a dos personas, falló al escoger con cuál hablar primero. —Kincaid consultó su reloj y bebió un poco más de *whisky*—. Debería

volver, por si se descubre algo. Peter Raskin se ha apiadado de mí... Si sabe los resultados de la autopsia esta noche, me lo dirá. Gracias por ayudarme a pensar.

A pesar de sus palabras, se quedó sentado en el taburete, haciendo girar el resto del *whisky* en el vaso.

—Quédese a cenar. Hay de sobras. Tim está de guardia, no lo esperaremos. Nunca se sabe cuánto va a tardar.

—¿Qué hace su marido?

—Es ginecólogo. —Se echó a reír al ver la cara de él— ¡Ni un comentario! Es la reacción de casi todo el mundo. Pero ¿quién puede entender mejor los horarios de un médico que otro médico, o un veterinario? O un policía —añadió pensativa.

—Ahora sé en qué me equivoqué. Tenía que haberme casado con una médico. Mi ex mujer no entendía en absoluto mis horarios. —Apuró la bebida y se levantó sin ganas—. Me encantaría quedarme, pero mejor que no. Quizás en otra ocasión.

Se hizo un breve silencio embarazoso, entonces Kincaid acercó la mano a su cara y le quitó la mancha de harina de la ceja con el dedo. Anne le cogió la muñeca y la retuvo un instante, luego se apartó.

—Lo acompaño.

Las niñas discutían animadamente sobre a quién le tocaba vendar a la muñeca, acaloradas por el fuego del hogar.

—Adiós, Molly y Caroline.

—¿Vendrás otro día? —preguntó Molly, curiosa.

—Eso espero.

—Ven cuando quieras.

Anne le rozó ligeramente el brazo con los dedos.

Cuando la puerta se cerró tras Kincaid, se dio cuenta de que la luz había desaparecido del cielo por detrás de las colinas.

—Yo soy la reina —dijo imperiosamente Bethany, poniéndose el trozo de tela blanca sobre la cabeza—, y ésta es mi corona. Tú eres el pequeño príncipe.

—Yo no quiero ser el príncipe.

Brian hizo un puchero.

—Pues si no eres el príncipe yo no juego.

Brian arrastró los pies, con las manos en los bolsillos, vencido pero sin querer ceder por las buenas.

—¿Por qué? ¿Por qué siempre tengo que ser el hijo?

—Porque sí.

Bethany hablaba con el poder de los siete años sobre un hermano menor. Los bucles castaños se escapaban de su trenza, pero no por ello renunciaba a su poder. Kincaid los miraba divertido desde el umbral de su puerta, en el distribuidor; Bethany extendía una pequeña sábana sobre los hombros del malhumorado pequeño. Los niños habían acampado en el amplio descansillo del primer piso, iluminado por los primeros rayos de sol que entraban por las tres ventanas que daban sobre el camino.

—Érase una vez —empezó Bethany—, una reina que vivía en un castillo con su hijito querido, el príncipe.

—¡Puaj! —dijo Brian con vehemencia. Bethany hizo caso omiso de él.

—Un día, un brujo malo llegó al castillo y raptó al príncipe y se lo llevó a su cueva.

Kincaid se preguntó cómo habría logrado la reina desprenderse tan convenientemente del rey, y pensó en la modernísima Maureen contando a sus hijos los cuentos de siempre. Tal vez fuera un cuento moderno con una reina emancipada.

—Hola —les dijo, acercándose a ellos—. Qué temprano os levantáis.

Él había dormido tan mal que se había alegrado al ver las primeras luces del alba a través de la ventana, y había esperado impaciente, limitando sus movimientos, hasta que la casa empezó a cobrar vida.

—¿Éste es el castillo? —Kincaid señaló el descansillo.

Bethany asintió, seria.

—Estás pisando el foso.

—Ay, perdón. —Kincaid retrocedió y se agachó—. ¿Mejor?

Esta vez, la sombra de una sonrisa acompañó el gesto de asentimiento.

—Si yo fuera el príncipe —dijo Kincaid mirando Brian— inventaría alguna treta para escapar del brujo. Dormiría al dragón, o robaría los hechizos. Así la reina no tendría que rescatarte.

Las expresiones de los dos niños cambiaron: la de Brian más alegre, la de Bethany cada vez más beligerante. A Brian el triunfo le duraría poco. Kincaid se dirigió a Bethany, en plan de táctica preventiva.

—Qué corona más bonita, Beth.

Los dos se miraron y se acercaron uno a otro, la disputa olvidada por el repentino desasosiego.

De pronto, algo llamó la atención de Kincaid: miró más de cerca el retal blanco. Era un pañuelo, un poco deshilachado por los bordes, más bien de hombre, pues no tenía ni bordados ni encajes. Una punta estaba un poco manchada de óxido. El corazón le dio un vuelco.

—¿De dónde has sacado la corona, Beth? —preguntó, con voz tranquila.

Los niños no contestaron, mirándolo con los ojos muy abiertos. Kincaid hizo un segundo intento.

—¿Es de vuestro papá? —Esta vez, negaron con la cabeza. Todo un progreso con respecto al silencio—. ¿Lo habéis encontrado en algún sitio?

Brian miró a Bethany con una interrogación muda, y después de que Kincaid aguardara pacientemente, la niña habló:

—Estábamos jugando en el vestíbulo. Nuestros papás nos dijeron que podíamos jugar por toda la casa, menos en la piscina, pero que no debíamos salir.

—Y tenían razón —Kincaid la apremió, cuando se detuvo—. ¿A qué jugabais?

Bethany miró de reojo a su hermano y decidió que era ella la que iba a hablar.

—Brian estaba jugando con sus cochecitos Matchbox. Cuando hacía pasar uno por el borde del paragüero se cayó dentro.

—¿Y cuando lo cogiste, encontraste dentro el pañuelo?

Brian recuperó la lengua, tal vez animado por el tono simpático de Kincaid.

—Al fondo de todo. Arrugadísimo. Así. —Enseñó el puño—. Era como una bola.

—¿Me lo dejáis un momento? Creo que al inspector Nash le gustaría verlo.

Los niños asintieron vigorosamente. Kincaid se imaginó que sus breves encuentros con el inspector jefe no les habían dejado ganas de repetir la experiencia. Reflexionó un instante y decidió que una bolsa de plástico le serviría.

—Dejadlo un momentito donde está, ¿vale? Vuelvo enseguida.

La próxima vez que fuera de vacaciones, si es que iba, se llevaría el kit de investigador de crímenes.

* * *

De la *suite* desocupada de la planta baja salían claramente unas voces. Kincaid se detuvo en el vestíbulo, con su tesoro entre los dedos, y escuchó.

—Si Dios le hubiera concedido inteligencia suficiente para limpiarse el trasero, muchacho, haría lo que se le dice y no se quedaría ahí embobado como un pasmarote.

Era la inconfundible delicadeza del inspector jefe Nash. La respuesta, imperceptible, debía de ser de Raskin, que acababa de tener un alegre encuentro con su superior.

—Maldita sea —soltó Kincaid. Había visto el destartelado Austin de Raskin desde el rellano del primer piso y creyó encontrarlo a solas, esperando que él diera credibilidad a su hallazgo. Darle personalmente semejante regalo a Nash no iba a mejorar su relación de trabajo con él, pero era urgente y no podía esperar. Se asomó a la puerta.

Nash estaba sentado junto a la mesa de comedor, rodeado de papeles. El cable del teléfono cruzaba peligrosamente la habitación desde la mesita del salón para que estuviera al alcance de Nash. Probablemente, ése era el motivo de la disputa con Raskin.

—¿Centro provisional de operaciones? —preguntó, alegremente.

—¿Se le ocurre algo mejor, chico? —replicó Nash, mirándolo desganadamente de reojo con sus ojillos color grosella.

—No, señor.

Peter Raskin tomó la palabra.

—Es la mejor opción. No podíamos ocupar indefinidamente el despacho de la señorita Whitlake. Además, era demasiado pequeño.

Raskin se dio cuenta de lo intrascendente de sus palabras y cerró la boca. Kincaid cruzó la estancia y dejó con cautela la bolsa de plástico en la mesa, delante de Nash.

—Esta mañana, los niños han encontrado esto en el paragüero.

Nash cogió la bolsa y la llevó ante la luz.

—¿Un pañuelo? Vaya, casi me desmayo de la emoción. —Sonrió burlón—. ¿Cuál será la próxima ocurrencia del niño prodigio?

—Oiga, inspector —dijo Kincaid con toda la paciencia que supo, preguntándose hasta qué punto era su propio desagrado instintivo con respecto a Nash el que acrecía la hostilidad de él—. El pañuelo tiene lo que parece una mancha de sangre en una punta. Pudo usarse para evitar que quedaran huellas en la raqueta de tenis. Vale la pena mandarlo al laboratorio.

—Si hubiera habido algo que valiera la pena, el equipo científico lo habría encontrado. —Su hipócrita actitud civilizada se había desvanecido de la voz de Nash, así como su fuerte acento de Yorkshire—, usted no tiene jur...

Kincaid perdió la paciencia.

—Si el equipo científico hubiera hecho bien su trabajo, no se le habría pasado por alto esto. Estoy harto de su oposición deliberada, inspector jefe. El único motivo para que usted esté al mando de esta investigación es porque su comisario se encuentra

inmovilizado en el hospital. Si no coopera y no es capaz de separar lo mal que le caigo de sus juicios en este caso, procuraré que nunca más vuelva a tener esta autoridad.

La cara de Nash se congestionó de tal manera que Kincaid por un momento temió haber ido demasiado lejos y que le fuera a dar un ataque.

—Usted no va a... —El teléfono sonó, sobresaltándolos con su insistencia. Nash aferró el auricular—. Aquí Nash. Qué... —Las invectivas que estaba a punto de pronunciar murieron en sus labios—. Señor. Sí, señor, está aquí. —Acribilló a Kincaid con sus ojos—. Sí, señor. Eso está claro. El mejor trato. —Nash colgó el teléfono con lentitud, miró a Raskin primero, luego a Kincaid, antes de lograr hablar—. Por lo visto el jefe de policía regional ha tenido una conversación con el subdirector general. El jefe de policía cree que puede usted sernos de ayuda en la investigación, y el subdirector ha consentido. ¿No será —el tono sarcástico iba dirigido a Kincaid— el subdirector quien ha llamado, y no al revés?

—Es posible —Kincaid respondió, sin darse por aludido—. Inspector jefe, yo no quiero decirle cómo tiene que hacer su trabajo. Sólo me gustaría poder acceder a la investigación.

—O sea, interferir cuando le venga en gana.

—Más o menos —sonrió Kincaid.

—Tendré que dejar que meta sus narices de engréido en mis asuntos, pero eso no significa que lo haga de buen grado —replicó Nash, con una expresión hosca—. Usted —dijo, volviéndose a Peter Raskin, cuya estudiada neutralidad no le iba a salvar de ser la siguiente cabeza de turco.

—Inspector jefe —interrumpió Kincaid antes de que Nash pudiera descargar su mal genio sobre su subordinado—, ¿qué hay del informe de la autopsia de anoche?

Nash revolvió los papeles de la mesa hasta encontrar la carpeta que buscaba y repasó el contenido.

—Según el patólogo, murió entre la hora en que la vieron por última vez y la hora en que se la encontró.

Kincaid vio un brillo de humor en los ojos de Nash, prueba, esperó, de un principio de deshielo.

—Esto promete —resopló Kincaid—. ¿Qué más?

—El cráneo de Penny MacKenzie tenía un espesor inferior al normal. No hizo falta mucha fuerza para descargar el golpe. El asaltante era de mediana estatura, hombre o mujer. Si fue una mujer, probablemente usó las dos manos. —Nash se apoyó en el respaldo y la silla crujió peligrosamente—. Se me ocurre, comisario —dijo, en tono desenfadado, con una gran sonrisa— que su amiguita, la señorita Hannah Alcock estaba situada muy convenientemente para encontrar el cadáver de la señorita MacKenzie.

La distensión de Nash había durado poco.

El teléfono sonó otra vez antes de que Kincaid pudiera responder. La prórroga lo alivió. Paseando abstraído por la habitación mientras Nash hablaba, Kincaid se detuvo en la puerta del dormitorio, donde Cassie y Graham decían que se habían visto la noche en que murió Sebastian. Recordó la ráfaga de luz que Hannah y él vieron por la ventana. De diez a doce, había dicho Cassie. Mucho tiempo para lo que Cassie había descrito como un apresurado encuentro sexual. ¿Qué más había ocurrido entre ellos? ¿Habrían discutido?

Los nombres cruzaban por su cabeza: Cassie y Graham, Hannah y Patrick, Cassie y Patrick... La idea que se le ocurrió parecía plausible. ¿Era posible que Hannah, como Penny, hubiera descubierto algo que proyectara sospechas sobre alguien? ¿Estaría Hannah, como Penny, guardándoselo para sí por cierto sentido del honor o de juego limpio?

Nash terminó con su llamada y Raskin aprovechó la ocasión para hablar:

—Me llevo esto al laboratorio, señor —y recogió la bolsa de plástico de la mesa. Kincaid cruzó con él una mirada burlona y pensó que podían hacerse favores mutuamente.

—Gracias —dijo Kincaid, y se volvió hacia Nash—. Me marchó, si no hay nada más, inspector jefe. Estaré por los alrededores, por si necesita algún consejo.

Levantó una mano y salió de la habitación antes de que la idea de pedirle un consejo provocara una apoplejía a Nash.

Cuando cruzó el vestíbulo reparó en el paragüero junto a la entrada, un cubo de latón forrado con un papel pintado en rojo y verde que representaba una escena de caza. Unos elegantes jinetes vestidos de rojo saltando vallas con sus estilizados caballos. Delante de ellos corrían los perros, que luego se apiñaban en torno a su presa. El zorro yacía agonizando.

* * *

Hannah acudió a la puerta enseguida, con la expresión de alguien que espera malas noticias. Se había esmerado más en mejorar su aspecto que el día antes, pero el hábil maquillaje no ocultaba su palidez excesiva ni las ojeras.

—Duncan —dijo en un susurro. Kincaid percibió el mismo brillo de decepción en sus ojos que le pareció ver la primera noche, cuando él se acercó a su mesa para presentarse.

—Qué... Hay...

—No —dijo él bajito, respondiendo a su pregunta muda—. No hay noticias. Sólo vengo a ver cómo está.

Pero lo que veía no le gustó.

—Pase, pase. Le preparo un café. Yo estaba tomando uno. —Hannah se volvió bruscamente y fue a la cocina, golpeándose el codo al rodear el mostrador.

La *suite* de Hannah, tal como había descubierto Kincaid el día antes, no era la réplica exacta de la suya. El tamaño y la situación de las habitaciones difería ligeramente, así como las tonalidades: rosas apagados en lugar de verdes apagados. No había adquirido, como la suya, el aspecto de un lugar habitado por alguien durante una semana; no había libros ni alguna prenda de ropa por el salón, ni platos en el escurridor.

Kincaid se quedó de pie torpemente delante de la cocinita, observando los movimientos bruscos de Hannah, tan diferentes a sus habituales gestos contenidos. Si algo la había preocupado, dedujo Kincaid, lo había resuelto con alguna acción, y estaba tratando de asumirlo.

—¿La ayudo? —le preguntó, mientras Hannah dejaba caer café molido por la encimera.

—No, ya me arreglo. Gracias. —Recogió el café esparcido y preparó la cafetera—. Bueno. Estará enseguida.

La mirada de Hannah esquivó los ojos de Kincaid. El café no había terminado de salir, pero ella sacó el filtro y echó el café en una taza.

—Vamos a sentarnos.

Kincaid le puso una mano en el hombro y la guió al salón, sin dejar de preguntarse cómo empezar lo que quería decirle. Sentarse no pareció calmar a Hannah; se acurrucó en el borde del sofá, y cuando levantó la taza le temblaban las manos.

—¿Frío? —preguntó Kincaid.

—¿Yo o el café?

—Qué malo. Su humor, no el café.

Kincaid sonrió y ella se relajó un poco.

—Hannah —dijo, despacio—, ¿le ha hablado Patrick Rennie alguna vez de Cassie Whitlake?

—No —respondió ella, sorprendida, mirándolo directamente a los ojos por primera vez—. ¿Por qué debería? —su reacción se hizo más enérgica—, ¿por qué debería hablarme de Cassie, y de qué iba a tener que hablar? No creerá que Cassie... tiene que ver con...

—Creo que Patrick debe saber bastante sobre si Cassie tiene o no que ver; debe saber más sobre Cassie Whitlake de lo que quiere dejar ver a nadie, sobre todo a su mujer.

—¿Patrick... y Cassie? —El colorete de Hannah pareció escarlata sobre la repentina palidez marmórea de su piel.

—Bueno, eso creo —dijo Kincaid en tono desenfadado, sorbiendo su café—. Resulta que Cassie ha tenido una relación con Graham Frazer durante cierto tiempo, pero creo que últimamente ha habido algún cambio. Un nuevo amante, alguien con

buenas perspectivas de futuro, una promesa. Y Cassie está nerviosísima porque teme que alguien descubra que todavía se ve con Graham.

Hizo una pausa, calibrando la reacción de Hannah. Estaba muy rígida, con la taza abandonada entre sus dedos.

—En realidad no me extrañaría que hubiera intentado cortar con Graham y él se hubiese puesto terco, me da la impresión de que es un tipo testarudo. Ahora demos un giro a la situación y analicémosla: Cassie no quiere que Patrick se entere de lo de Graham, ¿entendidos? Si acaba el romance, se acaban las perspectivas, reales o imaginarias. Pero, ¿y Patrick? ¿Qué significaría para Patrick que alguien, sobre todo su mujer, se enterara de lo de Cassie? ¿Una guerra? ¿Un sonoro divorcio? ¿Un escándalo en la prensa del corazón?

Inclinó la cabeza inquisitivamente, como si Hannah hubiera expresado escepticismo.

—¿Cree que es anticuado? ¿No es lo bastante escandaloso para arruinar una prometedora carrera política? Tal vez. Pero piense que los padres de Marta Rennie son políticamente muy activos en la circunscripción electoral donde se presenta Patrick. De hecho, son su mayor apoyo económico. Creo que no es el mejor momento para que se enteren de que ha estado engañando a su querida hija, ¿no cree?

—Sí. —El monosílabo fue apenas un susurro. Pero Hannah reaccionó y dijo—. No. No me lo creo. No lo creeré. Patrick nunca... —Levantó la voz, acercándose a la histeria—. ¿Cómo puede decir eso? ¿Por qué me hace esto?

—Hannah, escúcheme —Kincaid se acercó a ella, que se apartó como si la hubieran pegado—. Hannah, si sabe algo de Patrick Rennie, algo que haya visto u oído, algo que le haya dicho él, no tiene que guardárselo. Puede ser peligroso. No quiero verla acabar como...

—¡No! Es absurdo. No quiero ni oírlo. —Se levantó, con la respiración entrecortada—. Salga de aquí.

Kincaid se puso en pie y quedaron uno frente a otro. A ella le temblaba todo el cuerpo, Kincaid notaba su aliento en la cara.

—¿Por qué, Hannah? ¿Qué lealtad le debe? ¿Qué ha hecho Patrick Rennie por usted?

Le mantuvo la mirada durante un rato y la furia de ella pareció apaciguarse. Se apartó algo de él, la cabeza caída como si su fino cuello no tuviera fuerza para aguantarla. Se limitó a decir:

—Patrick Rennie es mi hijo.

En el modesto edificio a la entrada de Rievaulx Abbey se vendían las entradas y *souvenirs* a la vez que era una especie de pequeño museo. Una maqueta cubierta de vidrio de toda la abadía invitaba a la observación. Las paredes estaban cubiertas de dibujos y fotos con detalles de la historia de la abadía, pero Hannah les echó una ojeada y pasó de largo. Se había documentado la noche antes, cuando Patrick mencionó que quería ir a visitar el monumento.

Le había parecido una ocasión para charlar a solas con él, eludiendo el tema peligroso de la revelación. Su intención había sido esperar hasta que su relación progresara un poco a partir de su cálido e espontáneo inicio... Trabajar la confianza y la confidencialidad entre ellos, poco a poco, preguntarle tal vez qué sentimientos albergaba hacia su verdadera madre.

Ahora su mente se apartaba de todos los guiones ensayados, incapaz de ceñirse a nada coherente. Pero debía decírselo. Oír las sospechas de Kincaid le había forzado la mano, la había imposibilitado para seguir fingiendo. ¿Cómo podía esperar que Patrick fuera sincero con ella si no lo era ella con él? Y debía oír la versión de él, juzgar por sí misma si era o no verdad. ¿Sería su hijo capaz de asesinar? No podía soportar no saberlo.

Hannah salió por la puerta trasera del edificio y pisó la hierba. El primer impacto al ver los prados verdes la dejó sin respiración. Notó que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y parpadeó para evitarlas.

Ante ella se hallaba Rievaulx Abbey, protegida por una hondonada natural a los pies de la landa de Rievaulx, como una joya entre la hierba de un verde brillante en primer término y las copas rojas y doradas de los árboles que cubrían la ladera. El sol de la mañana había dado paso a un cielo ligeramente nublado, y la humedad del aire saturaba los colores con una intensidad esencial.

Cruzó el prado despacio, con la vista en los altos arcos del coro. Seiscientos monjes habían vivido allí, comido, dormido, rezado, cuidando de sus ovejas y sus huertos. Casi podía oírlos cantar mientras trabajaban, pues el lugar era atemporal, como soñado. Entendió por un instante fugaz lo cerca que debieron sentirse de su dios y experimentó una punzada de envidia.

Patrick estaba sentado en un reborde roto de uno de los arcos, con su cabello brillante que contrastaba con la piedra desgastada. La lana marrón y áspera de su jersey de lana Shetland casi podía equipararse con la basta tela marrón de los hábitos de los monjes, pero las volutas de humo del cigarrillo que tenía entre los dedos estropeaban la imagen. Ella nunca lo había visto fumar.

No se sorprendió al verla, y habló sólo cuando ella llevaba un rato mirándolo.

—Pensé que podía aparecer. Magnífico, ¿verdad? —Señaló el paisaje que los rodeaba con un movimiento de la cabeza. Soltó el cigarrillo y pisó la colilla. Al ver la mirada reprobadora de ella, dijo—: no tengo a Marta cerca. Supongo que habría perdido puntos en mi autoridad. Los políticos —sonrió, con cierta autoironía en la voz, que nunca antes le había oído— jamás dejan escapar puntos.

—¿Por eso quería asegurarse de que nadie se enterara de lo de Cassie? —dijo Hannah, sorprendida de dominar la voz. No era su intención empezar así, acusándolo directamente, pero las palabras decidieron salir por su cuenta—. ¿Qué iba a hacer, Patrick, para que Marta no se enterase? Para asegurarse de no perder el apoyo de sus padres en las elecciones —le fallaba el aliento, y empezó a temblar como si tuviera frío.

Patrick arqueó las cejas, sorprendido. Iba a hablar, pero rectificó y se alejó unos pasos, dándole la espalda, con las manos en los bolsillos.

—Me doy cuenta de que somos todos sospechosos. Cualquiera lo sería. Pero de usted no me esperaba un ataque. ¿Cómo —continuó sin volverse—... ha llegado a semejante fantasía?

—Duncan Kincaid cree que Sebastian se enteró de su aventura con Cassie y amenazó con hacerlo público. No sé si por dinero o por odio a Cassie.

Él se volvió y le hizo frente, sin perder su deliberado tono informal.

—No cuela, Hannah. ¿En serio cree que Marta me dejaría por una infidelidad matrimonial? ¿Que correría a ver a sus padres en Sussex con el rabo entre las piernas para reconocer que era incapaz de mantenerme a su lado? ¿Y que sus padres reconocerían públicamente la humillación de su hija? Es absurdo. No se trata sólo de mi ambición, también es la de ellos, y no la soltarán así como así. Hasta delante de una prueba irrefutable harían la vista gorda, porque les conviene. Eso sí, Marta me dedicaría todo su sarcasmo y aumentaría su consumo de alcohol, pero nada más.

—Pero y...

—Cree que soy insensible, ¿verdad? —el tono de Patrick sorprendía por su amargura—. ¿Cree que escogí a Marta y a sus padres por lo que podían hacer por mí? —La miró desafiante durante un buen rato, pero ella no dijo nada—. Me escogieron ellos, Hannah. Yo era el perfecto vehículo para sus aspiraciones sociales, un cachorro que criar y acicalar como un gato de lujo, el yerno encantador siempre dispuesto a sacrificarse por las damas charlatanas. Yo creo que he cumplido con mi parte del pacto.

De nuevo la autoironía. Todo sonaba posible, suave, seductor, pensó Hannah. ¿Cómo podía no creerlo, si estaba ante ella con los hombros hundidos en una postura vulnerable mientras el viento agitaba su rubio cabello liso sobre la frente?

—Pero Patrick —Hannah buscó las palabras para seguir—, ¿qué pasó la noche en que murió Sebastian? Duncan cree que Penny lo vio a usted.

Patrick se acercó a uno de los arcos y se apoyó en él. Sacó un arrugado paquete de Marlboro del bolsillo de los pantalones. Ahuecó las manos para proteger la cerilla del viento y echó una bocanada del cigarrillo antes de responder:

—Sí, esa noche salí. Le dije a Marta que bajaba a buscar un libro que había dejado en el coche, no sé si me creyó o no. Estaba más sobria de lo normal. Habíamos llegado esa misma mañana y Cassie llevaba todo el día evitándome, hasta que empecé a pensar que no quería verme. —Miró como el viento avivaba la punta del cigarrillo y no levantó la vista al hablar—. Fui al chalet de Cassie y llamé, pero no contestó. Había dejado un cuaderno en el coche, así que arranqué una hoja, escribí una nota y la metí bajo la puerta.

—¿Y volvió directamente a su *suite*? —Hannah trató de evitar que le temblara la voz, intentó no traicionar cuán desesperadamente deseaba que así fuera.

—No exactamente. —Patrick dejó caer la cerilla en la hierba inadvertidamente sin mirar a Hannah—. Pensé que estaría trabajando hasta tarde, que sería una excusa para verme en su despacho. Supongo que fui un estúpido. El despacho estaba a oscuras, vacío, como el salón, pero cuando dejé el salón y crucé la zona de la recepción oí un ruido a mis espaldas.

Parecía absorto en su propio relato, hablaba más para sí que para Hannah, recordando todos los detalles.

—Una respiración fuerte, casi un jadeo. Me giré, y, cuando la vista se acostumbró a la oscuridad, distinguí una forma junto al sofá. Entraba bastante luz por las ventanas y me pareció reconocer a Penny. Iba a hablar, pero había algo raro en ella, estaba quieta, callada, como furtiva, casi asustada. Entonces se me ocurrió que yo tampoco quería dar cuenta de mis movimientos, así que di media vuelta y salí. —Levantó la vista para mirarla por primera vez—. Debí de hablar primero yo, inventar alguna excusa, pero las excusas siempre suenan a lo que son. Penny tampoco hablaba, y cada vez me sentía más incómodo. Habría sido divertido, si el resultado no hubiera sido tan trágico.

El rugido del cortacéspedes interrumpió la paz del lugar. Hannah se sobresaltó, como si no hubiera oído nunca un ruido tan incongruente. Patrick suspiró y se frotó la cara con las manos.

—No tengo pruebas de nada, Hannah. No tengo pruebas de que lo único que hice fue irme a acostar. Pero nadie tiene pruebas de lo que hice.

Aguardó su respuesta, mirándola.

—¿Qué habría hecho si las cosas hubieran ido como dijo Duncan? Si Sebastian se lo hubiera contado a Marta, y ella lo hubiera dejado y se hubiese llevado el dinero de

sus padres...

Hablaba sin calor, con curiosidad.

—Si no gano estas elecciones, ganaré las próximas, o las de después; no necesito su ayuda. Podría ser primer ministro algún día, Hannah, si juego bien mis cartas, y Marta se está volviendo más un incordio que una ventaja.

—¿Por qué, después de casarse con una mujer que quería utilizarlo, escoge a otra que tiene el mismo objetivo en la cabeza? —preguntó Hannah con la misma voz neutra.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que por un juicio equivocado. He empezado a darme cuenta, claro, pero es tan... atractiva. Puedo conocer mi fuerza como político, pero eso no me hace infalible. Además, nunca he tenido intención de casarme con Cassie. —Su boca se torció en una sonrisita irónica mientras se erguía, dando un paso hacia ella—. ¿Puedo preguntar ahora yo, Hannah? ¿Qué le da derecho a acusarme? O mejor —volvió a sonreír—, debería preguntarme por qué me siento obligado a justificarme ante usted. Algo... me obliga a serle sincero. No sé bien qué.

Hannah le volvió la espalda. Estaba al borde del precipicio, con la decisión ante ella. Hablar ahora requería más valor que cualquier cosa que hubiera hecho en su vida. Él se lo había puesto en bandeja, pero ella se quedó muda, con la mente en blanco. Hizo un esfuerzo por respirar. Al cabo de un rato le salieron unas palabras titubeantes, que no se parecían en nada con las que había preparado.

—Tenía que haberme visto a los dieciséis años, Patrick. Larguirucha, flaca, toda brazos y piernas y ángulos puntiagudos. Ningún chico mostró interés por mí hasta que fui de vacaciones a casa de una amiga del colegio y su hermano mayor se apiadó de mí. No debía de tener más de diecinueve años, y a mis ojos era muy sofisticado. Yo tenía curiosidad y me sentía halagada, y él era muy torpe... pero entonces no lo sabía, sólo sé que fue todo bastante decepcionante. —Se volvió y miró la cara desconcertada de él antes de proseguir—. Por supuesto, las consecuencias de semejante... estupidez e ingenuidad no se hicieron esperar. No sabe lo que fue tener que decir a mis padres que estaba embarazada. Mis padres... no toleraban los errores. A mí me habían aceptado en la universidad para el curso siguiente. Para ellos era impensable que me quedara el niño. Y yo... no tuve el valor de contradecirlos. Habría podido arreglarme. Dejar los estudios, encontrar un trabajo... Algo habría podido hacer. —La voz de Hannah se elevó. Volvía a temblar y se abrazó el pecho con fuerza. Luego siguió, más tranquila—. Todo se llevó a cabo con mucha discreción. Me fui a vivir a casa de una tía. Cuando tuve el niño, mis padres se lo llevaron, diciendo que le habían encontrado una buena casa.

Ahora se volvió y le hizo frente, soltando los brazos, como desnudándose.

—Pero hasta este marzo, cuando mi padre murió y tuve acceso a sus archivos personales, no descubrí lo que habían hecho realmente. Mi padre, que era abogado, ¿se lo he dicho?, tenía entre sus clientes al comandante Rennie y su esposa, que

deseaban desesperadamente un hijo. Por supuesto mi padre nunca dijo que les ofrecía a su propio nieto. Todo muy limpio, perfecto. —Hannah ahogó un repentino acceso de risa histérica—. ¿Y sabe lo peor de todo? Que mi padre mantuvo el contacto con ustedes a lo largo de los años y yo nunca lo supe. Sus padres le mandaban las notas escolares, fotos del primer partido de críquet de Patrick, el primer *pony* de Patrick... y yo nunca las vi. Para él usted era una persona real, pero yo... nunca tuve ese privilegio. —Las palabras se agotaron finalmente. No le quedaban justificaciones que ofrecer. Por primera vez desde que Hannah empezó, lo miró directamente. Hasta que ahora vio la pálida inmovilidad de su rostro no cayó en la cuenta de lo poco que lo había alterado su acusación de asesinato.

El silencio zumbaba en sus oídos. Se preguntó cuándo habría cesado el rugido del cortacésped. Patrick tragó saliva.

—Qué... no me lo creo. ¿Usted? ¿Mi madre? —Levantó la voz, incrédulo, por primera vez descontrolada—. No puede ser. Es demasiado joven...

—No, Patrick. Yo era casi una niña.

—No puede... —Sacudía la cabeza.

—¿Por qué debería de mentirle? ¿Qué motivos puedo tener para decírselo, si no es verdad?

Él se mantuvo callado un rato.

—Yo conocí a su padre. Nos llevaba a papá y a mí a almorzar a su club cuando mi padre iba por trabajo a Londres. No relacioné el nombre con el de usted. Nunca imaginé...

—¿Que fuera su abuelo? No, se aseguró de que no lo imaginara. —Aquella traición final de su padre le repelía. Cerró los ojos. Se imaginaba la escena como si la viera: su padre, magnífico, con sus puros y su coñac, diciendo a un comandante Rennie de rostro desconocido para ella: «No le diga al chico que me encargué yo de su adopción. Tal vez se sienta incómodo». Cuando volvió a abrir los ojos, Patrick la miraba consternado.

—¿Pero por qué ahora, Hannah? Pudo hacer frente a su padre hace mucho. Era adulta y tenía derechos de adulta. ¿Por qué? —Estaba desconcertado—. ¿Cómo me ha encontrado? Es decir, cómo vino a Followdale House...

—Contraté a un detective privado. —Se estremeció ante el gesto de desagrado de él.

—Dios mío, no me lo puedo creer. ¿Ha hecho que me sigan? Me ha espiado...

—Sólo tenía la dirección de sus padres. No podía ir a visitarlos y decirles que quería verlo a usted. Y quería conocerlo en un lugar neutral, sin prejuicios, sin juicios. Ni siquiera estaba segura de si se lo diría.

—Y usted, bien al resguardo. De nuevo, la decisión era suya. ¿Qué habría hecho si me hubiera encontrado antipático o estúpido? ¿Largarse y hacer como si nada hubiera ocurrido, igual que hace casi treinta años? —La expresión de Patrick era

sombría, desprovista de todo encanto, y por primera vez Hannah reconoció algunos de sus propios rasgos—. ¿Por qué ha decidido decírmelo, Hannah?

—Porque descubrí que debía hacerlo, al final. Que no podía vivir sin decírselo.

—¿Por su tranquilidad, o por la mía?

Hannah no tenía respuesta. Se quedó tristemente delante de él, esperando lo que viniera.

—¿Qué esperaba de mí? ¿Ha pensado que podría entrar en mi vida después de tantos años y que la recibiría con los brazos abiertos?

—Patrick, por favor...

—No funcionará, Hannah. No hay dónde edificar. Piense que mis padres han sido realmente unos padres para mí. ¿Qué me ha dado usted, aparte de una indeseada venida al mundo? ¿Debería de alegrarme de que no abortara? Supongo que pudo hacerlo, incluso entonces...

Rió sin ganas.

Las explicaciones que ella le había dado la habían dejado profundamente vacía, sin fuerzas para proseguir. ¿Cómo podía contarle a aquel hombre, repentinamente tan agresivo, cuánto lo había querido durante los meses que lo llevó dentro de sí? Cuánto lo había llorado cuando se lo quitaron. Cómo podía explicar lo que le había ocurrido después. Parecía ridículo, absurdo hasta pensarlo. Hizo un esfuerzo por recobrar el aliento.

—Patrick... —Las lágrimas que había contenido hasta ahora le hicieron un nudo en la garganta—. No lo entiende. No puede entenderlo.

—No.

El silencio se alargó hasta que Hannah pensó que tenía que hablar, tenía que encontrar la manera de tender un puente sobre el abismo que se había abierto entre ellos.

—Yo quería...

—Usted quería lo imposible —dijo Patrick, ahora con más suavidad, y añadió, irónico—. Qué decepción habrá sido encontrar a su hijo después de tanto tiempo y crearlo capaz de matar.

—No, Patrick, eso no es verdad, nunca lo he pensado —dijo Hannah, levantando la voz con agitación—. Estaba asustada, me daba miedo que las cosas se le pusieran difíciles. No quería que...

—¿Que estropeara la imagen de hijo perfecto que ha dormido todos estos años como si fuera el príncipe durmiente, para despertarse con el beso de su madre?

Ahora las lágrimas rodaron, incontenibles.

—No, Patrick, por favor, eso es injusto.

—Supongo que sí —dijo él al cabo de un momento—, pero también sus expectativas. Debería haber dejado las cosas como estaban.

Sonreía con frialdad. La observó, pareció tomar una decisión.

—Lo siento, Hannah.

Hannah lo vio poner la mano en el reborde ruinoso, saltar por encima y alejarse de ella por el campo de hierba.

* * *

Estaba sentada en la tapa del retrete, con un pañuelo mojado en la cara. Había dejado de llorar y se sentía exhausta, con esa curiosa ligereza que se instala a veces en la cabeza después del llanto. Llevaba años sin llorar así, los sollozos habían salido de algún lugar en su interior que no sabía siquiera que existiera. Ahora se sentía extrañamente sosegada, como purgada.

Patrick tenía razón, por supuesto. ¿Qué había esperado? ¿Aceptación? ¿Cariño, incluso? Había sido una fantasía, alimentada por la necesidad. Había creado una imagen del hijo perfecto para llenar un hueco indefinido en su interior.

Hannah suspiró e introdujo el pañuelo en la palangana de agua fría. Bueno, ahora todo había terminado. Había hecho lo que se había impuesto. No tenía sentido exponerse a la humillación. Si es que la policía la dejaba irse, claro. Volvió a mojarse la cara y se la secó con la toalla a golpecitos, sin atreverse a mirarse al espejo. Pasarían horas antes de que se le deshinchara, pero debía encontrar enseguida al inspector Nash, o podía perder toda su determinación.

Hannah se dirigió primero a la *suite* de Kincaid en busca de soporte moral, pero cuando rozó la puerta con los nudillos se dio cuenta de que no podía hacerle frente y se alejó. Era mejor que viera a Nash ella sola.

El vestíbulo estaba vacío, la casa en silencio, y Hannah se dio cuenta de que no tenía ni idea de la hora que era. ¿Era la hora del almuerzo? ¿Eran las primeras horas de la tarde? ¿La hora del té? Las referencias de tiempo no tenían sentido para ella. Se quedó un momento en lo alto de las escaleras, ensayando lo que le diría a Nash. ¿La enfermedad de su director? ¿Prisa por volver a Oxford para algún proyecto de trabajo urgente?

Sintió una oleada de culpabilidad. ¿Cómo había podido olvidar la enfermedad de Miles durante los últimos días? No había llamado ni una sola vez a la clínica para hablar con él, a pesar de todo lo que había hecho por ella. Era hora de que volviera en sí.

No se oía nada. Sólo una corriente de aire le indicó que la puerta se había abierto a sus espaldas. Antes de que pudiera volverse o hablar, notó que le daban un empujón por la espalda.

Mientras las escaleras se precipitaban a su encuentro, se grabó en su mente un detalle nimio, inconsecuente: en su espalda, la mano era cálida.

De Suffolk a Sussex, a Wiltshire, a Oxfordshire, dando vueltas como un tiovivo. Sólo de pensar en los últimos dos días, Gemma sentía un mareo. Y cansancio.

Parecía que hubiera dormido con la ropa puesta, y era sólo la segunda parada de la mañana: la calle Lavender Lane, en la urbanización Wildmeadow Estates. Buf. Qué nombre tan poco adecuado para aquel barrio nuevo en los alrededores de St. Albans. Casitas clónicas, como cajas, se alineaban en filas perfectas por el terreno, pelado de todo lo que pudiera recordar una flor silvestre. Y sin embargo no parecían baratas. Al señor Lyle no debía de irle mal del todo.

La casa que pertenecía a los Lyle no se distinguía de las otras. Gemma detuvo el coche y apuntó con precisión el kilometraje en la libreta. Kincaid nunca se acordaba de anotar el suyo, y eso la exasperaba. Quizás con un sueldo de comisario podía permitirse ser descuidado; qué suerte, pensó con sorna. Suspiró y se preguntó por qué se sentía tan desanimada. No le gustaba trabajar sola, en parte era eso. Se había acostumbrado a la presencia de Kincaid, que le daba mucha seguridad; era extraño, porque recordaba lo nerviosa que se puso cuando la asignaron a él.

Y con este caso —¿se podía llamar caso?— se sentía completamente en alta mar. ¿Cómo podía excavar sin saber qué buscaba? La acción tenía lugar en Yorkshire, y no tenía ni idea de si los pedacitos de información desconectada que estaba recogiendo podían servir de algo.

Lavender Lane parecía desierto, como si todos sus habitantes hubieran hecho el equipaje de pronto y se hubieran marchado a la luna. Ni un cochecito de bebé, ni bicis de niño o motocicletas abandonadas en los jardines. Gemma intentó encontrar a los vecinos de ambos lados sin éxito. Indudablemente la hipoteca allí costaba dos salarios y todas las madres debían estar trabajando después de haber dejado a los niños en la guardería. Decepcionada, había dado media vuelta para dirigirse hacia el coche, cuando captó un movimiento en la cortina de la casa de enfrente.

La mujer que acudió a abrir a Gemma vestía tejanos y camiseta, y llevaba a un niño de cara pegajosa sentado en la cadera.

—Si busca a los Lyle —le dijo antes de que tuviera tiempo de hablar, con los ojos llenos de curiosidad—, se han marchado de vacaciones.

—Ya lo sé. Estamos haciendo unas preguntas rutinarias por algo que ha pasado en el lugar donde están de vacaciones. ¿Los conoce? Tal vez pueda ayudarme.

—Janet está bien, ¿no? —El niño captó la nota de alarma en la voz de su madre y empezó a inquietarse.

—Estoy segura de que la señora Lyle está muy bien, pero ha habido dos muertes inexplicadas.

—¿Inexplicadas? ¿Accidentales, quiere decir? —Los brazos de la mujer se tensaron en torno al niño y él empezó a llorar de verdad.

—Bueno, no lo sabemos. —Gemma hizo un esfuerzo para que se la oyera a pesar del jaleo que estaba montando el niño—. Por eso estamos investigando. Podría hacerle unas...

—Mejor que entre. —La mujer balanceó al niño y le dijo—: chit, Malcolm, chit. —Luego tendió la mano libre a Gemma—: Soy Helen North. Venga a la cocina. Janet y yo somos muy amigas cuando él no está. —Indicó la cocina y dijo, por encima del hombro—. No me gustaría que le pasara nada, ya ha sufrido bastante, la pobre.

Gemma la siguió, pensando que el nombre de Helen sonaba demasiado antiguo y elegante para aquella madre desaliñada. Helen North hizo sentar a Gemma junto a una mesita en su luminosa cocina y dejó al niño en el suelo, en medio de un montón de cubos de plástico.

—Perdón, estoy perdiendo la educación: ¿quiere una taza de té?

—Sí, gracias.

Por su trabajo, Gemma consumía más tazas de té que un vicario, pero por suerte las propiedades diuréticas del té la afectaban poco. Y esta vez el té le apetecía de verdad. En su primera parada en Finchley ni siquiera se lo habían propuesto.

—Muy bien, pongo el hervidor al fuego.

Su voz se había vuelto más cantarina con las últimas palabras.

—Es usted irlandesa —dijo Gemma sin dudar.

—Del condado de Cork —puntualizó Helen, sonriente—. Intento no parecer recién llegada, pero cuando me despisto se me nota. ¿Puede creer —acarició los rizos rojizos de su hijo— que ha sacado el cabello de su padre, siendo yo irlandesa?

—También mi hijo tiene el pelo claro y liso como un escandinavo —respondió Gemma. Se rieron, porque habían encontrado un terreno común.

—Quizás por eso no le caigo bien a Eddie Lyle —dijo Helen, dejando la taza delante de Gemma y sentándose enfrente—. Pensará que ser irlandés es mala cosa. Él era militar, aunque no se diría al verlo. Sirvió en Irlanda del Norte y pone a todos los irlandeses en el mismo saco. O quizás sea porque mi marido trabaja para el constructor. —Hizo un gesto circular, indicando la urbanización—. No sé por qué se siente tan superior, sus padres tenían un negocio de vinos en el pueblo. Muy respetable, pero Janet dice que a él no le gusta que se diga. Para mí que a ese hombre le falta un tornillo.

Detrás del parloteo de Helen North, Gemma detectó cierta malicia. Edward Lyle debía haberla desairado mucho.

—¿Cómo se hicieron amigas Janet y usted?

—Somos las únicas mujeres de esta zona que no trabajamos fuera de casa. Necesitas desesperadamente conversar con adultos. —Ladeó la cabeza y miró pensativa a Gemma—. A veces envidio a las mujeres como usted, que salen al mundo real de los adultos.

—Probablemente tanto como yo la envidio a usted —respondió Gemma. Acarició el cabello del niño que se movía alrededor y él balbuceó.

—Bueno, al fin y al cabo fui yo quien escogí quedarme en casa y pasar con menos. No debería quejarme. Pero el caso de Janet es diferente. Él no la ha dejado trabajar, ni siquiera cuando Chloe se fue al internado. No le parecía conveniente, es increíble. Y tiene formación de enfermera. ¡Qué desperdicio!

Helen guardó silencio, con cara de disgusto.

—Aunque, supongo —continuó, pensativa, al cabo de un momento—, que ser enfermera le fue bien cuando se trajeron a la madre de él a casa. Sí, ya lo creo —continuó como si Gemma lo hubiera puesto en duda—, con eso de que no se podían fiar de dejarla sola, ¿quién mejor que Janet para cuidarla todo el día? Es que la vieja bebía, ¿sabe? Desde que su hermana pequeña murió joven, según Janet. Además estaba sobremedicada. Iba a un matasanos que se empeñaba en llenarla de pastillas. Janet se ponía furiosa, pero no podía hacer nada.

—Qué combinación tan peligrosa —dijo Gemma.

—Sí, sí —respondió Helen—, lo fue.

—¿Lo fue?

—¿No sabe lo del accidente? —Gemma mostró una expresión vacía. Helen sacudió la cabeza con aire compungido—. Trágico. La señora cogió el coche de Janet un día que ella había salido a la compra. Se estrelló en Kingdom Come. Luego descubrieron que estaba atiborrada de alcohol y pastillas.

—Qué horror. —Gemma se inclinó hacia delante en la silla, con voz compasiva—. Janet tuvo que sentirse fatal.

—Estaba enferma por un sentimiento de culpa. Tenía que haber hecho esto, tenía que haber hecho aquello... Como si hubiera podido vigilar a su suegra cada minuto del día. Y él con su papel de hijo apenado. Cuando estaba viva, nunca tenía tiempo para ella. Yo fui al funeral por Janet. Él estaba al lado de la tumba, digno y correcto con una lagrimita que le caía por la cara. Me dio asco. —Helen juntó las cejas, consternada—. ¿Por qué sigue con él? ¿Usted lo entiende?

La pregunta era convencional, pero Gemma negó con la cabeza.

—No. Ojalá pudiera. ¿Hace mucho que murió la señora Lyle?

—El invierno pasado. Y poco después él propuso ese plan de vacaciones. Dijo que era para animar a Janet, pero a ella no le entusiasmaba. Seguro que lo que quería

era impresionar a su jefe. Janet me dijo que habían tenido que pedir dinero prestado para pagar la semana, y encima no pudieron escoger la época de vacaciones de Chloe.

El niño empezó a alborotar y tirar de la falda de su madre, reclamando su atención. Gemma se acabó el té y se levantó para despedirse.

—Gracias por el té y por su tiempo.

De repente, Helen North se sintió avergonzada por haber hablado demasiado.

—No tenía que haber dicho... no es justo por Janet...

Gemma la tranquilizó.

—No ha dicho nada que no hubiera dicho yo. Tengo una vecina que cuida a su suegra y no sabe las cosas que llega a soportar...

Cuando acabó con su anécdota, Helen había recobrado la serenidad, y Gemma se marchó con la suavidad de un cirujano cuando extrae el bisturí.

* * *

Kincaid había salido al balcón, como se había acostumbrado a hacer cuando necesitaba pensar. Se subió el cuello de la camisa por el viento helado que jugueteaba en torno a sus orejas. El tiempo, húmedo y desapacible, estaba en consonancia con su estado de ánimo.

Le parecía muy difícil aceptar la idea de que Hannah fuera la madre de Patrick. Le parecía joven para tener un hijo tan mayor. Los había visto juntos, había captado alguna chispa entre ellos, incluso había sentido una punzada de celos. ¿Se habría dado cuenta Hannah? Por eso ella se había mostrado tan preocupada.

Por Dios, ¿qué le había inducido a hacer a Hannah? Sólo había querido asustarla para que le revelara lo que estaba encubriendo, no precipitarla a un amargo enfrentamiento con Patrick. Porque los dos se habían ido, de eso estaba seguro. Hannah lo había echado de su *suite* con tanta prisa que no había tenido otro remedio que irse. Cuando había vuelto al cabo de unos minutos para tratar de convencerla de que hablara, había visto desde la ventana del descansillo el brillo de las luces traseras de su coche, que salía a la carretera.

Marta Rennie, sobria y hosca, no sabía dónde estaba Patrick y no parecía importarle.

—Dando un paseo —dijo con mofa—. Me pone enferma.

Se cerró a cualquier otra pregunta de Kincaid. A él le pareció que todo lo que había hecho desde el principio estaba mal. Cada paso había resultado erróneo. Había estado dando golpes de ciego a un enemigo invisible. Debió haber escuchado a Penny. Debió callarse sus ideas sobre Patrick Rennie y no debió perder de vista a Hannah.

El timbre del teléfono sonó en el interior de la habitación, interrumpiendo sus recriminaciones. Entró para coger el aparato que lo ligaba con el exterior. Oyó la voz de Gemma al otro lado del hilo.

—¿Se puede saber a qué caza de gansos salvajes me ha mandado?

Kincaid se echó a reír, animado por el tono algo nervioso de ella.

—Me encantaría saberlo. ¿Qué ocurre?

—Que tengo el trasero cuadrado de tanto coche, eso ocurre.

—¿Busca compasión? Pues no la va a obtener. Al menos usted hace algo.

—Es verdad. A primera hora de la mañana he ido a ver a la señora Marjorie Frazer a su despacho de Finchley. No le ha hecho ninguna ilusión verme. Se ha puesto muy digna, muy abogada, al principio. Luego se lo ha pensado mejor y ha decidido que no le importaba poner verde a su ex. Me ha dicho que al principio ella tenía la custodia de la niña, Angela, pero se cansó de hacer de mala. Decidió que si Angela tenía que vivir con Graham, el mundo no dejaría de girar.

—Creo que verdaderamente ha tenido ese efecto. Me extraña que Angela no lo haya sentido así.

—Por lo visto, la señora Frazer ha cambiado de opinión. El trimestre pasado expulsaron a Angela de su elegante internado. Creo que por drogas, aunque la señora Frazer no lo ha dicho. Y ahora ha decidido que ya basta. Está determinada a obtener la custodia total y negarle el acceso a él. —Gemma hizo una pausa—. No he tenido la impresión de que la señora Frazer se preocupara mucho por su hija. Cuanto más se enfada con él, más se irrita contra ella. —Gemma parecía asombrada y furiosa a la vez ante semejante falta de sentimiento maternal.

—Pobre Angela —dijo Kincaid—. Así están las cosas, pues. No me extraña que busque afecto desesperadamente.

—Él no parece tener precisamente un carácter afable. He preguntado a algunas personas que trabajan en seguros. Cae mal. Tiene mano dura, creo. Y se rumorea, nada concreto, que comete fraudes, negocios poco claros. —Hizo una pausa buscando efecto, y Kincaid aguardó pacientemente, pues sabía que era mejor dejar que Gemma contara la historia a su manera—. También tiene fama de consumir mucha cocaína. ¿Cree que Angela le cogió algo de sus reservas?

—Puede —admitió Kincaid, contemplando la idea.

—¿Cree que ha podido haber abusos sexuales? —titubeó Gemma.

—No lo sé. Es posible.

Desde luego que lo era, a juzgar por la naturaleza malsana de la relación entre Graham y Angela. ¿Y si Angela se había confiado a Sebastian? Esto explicaría la repugnancia que sentía Sebastian por aquel hombre. ¿Y si Sebastian había amenazado a Graham con contarlo a Cassie o a su esposa? Gemma se aclaró la garganta y él se dio cuenta de que la había dejado colgada.

—Perdone, Gemma. ¿Qué más?

Gemma le refirió su encuentro con Helen North y añadió:

—A no ser que el señor Lyle tenga un buenísimo empleo, debe de andar apurado económicamente: una hipoteca, una esposa que no trabaja y la hija en un internado de lujo. Además me parece un pedante.

—¿Otro marido y padre modelo?

—E hijo devoto.

Kincaid oyó que Gemma pasaba las hojas de su cuaderno.

—¿Dónde está?

—En una cabina en St. Albans. No he podido hablar con Miles Sterrett en la clínica de Hannah Alcock. Dicen que está enfermo...

—Espere, Gemma, creo que hay alguien que llama.

Fue un roce en la puerta, tan débil que pensó haberlo imaginado. Cuando abrió no había nadie en el pasillo y volvió al teléfono:

—¿Gemma? Me pareció que había alguien en la puerta. Mire, acabe lo que esté haciendo hoy y venga para acá lo antes posible. Tengo un presentimiento extraño, por muy melodramático que suene.

Colgaron y Kincaid vaciló un momento, debatiéndose sobre qué hacer. Y decidió que era hora de charlar un poco con Angela Frazer.

* * *

Kincaid estaba bajando las escaleras cuando vislumbró un pie, un pie de mujer con un calcetín color melocotón, por debajo de él. Un zapato plano de cuero estaba caído en otro peldaño. Se detuvo en seco. En cuanto su cuerpo reaccionó, corrió al descansillo.

Hannah Alcock yacía inerte ante él.

Hannah estaba tumbada boca abajo, medio de espaldas, con los brazos extendidos como si hubiera tratado de parar la caída. Mientras una parte del cerebro de Kincaid había quedado conmocionado, la otra observaba los detalles: el jersey, del color de los calcetines, estaba levantado y dejaba al descubierto una franja de piel pálida; las costillas, que quedaban a la vista, subían y bajaban rítmicamente.

El alivio se expandió por su interior como un mareo. Cerró los ojos y respiró por un momento, estabilizándose, y luego se arrodilló a su lado. Aunque la cabeza de Hannah había quedado torcida, tenía buen color, y no le pareció que estuviera profundamente inconsciente. Le tocó suavemente el hombro.

—Hannah. —Ella emitió un suave ruido y sus párpados temblaron. Él volvió a probar, con más apremio—. Hannah. —Ahora abrió los ojos y lo miró confusa, con expresión vacía—. ¡Hannah, Hannah!

Un destello de reconocimiento brilló en sus ojos. Volvió un poco la cabeza y parpadeó.

—Qué... —Se volvió a mover, recuperando los sentidos y el conocimiento—. La cabeza. Dios mío. Qué ha... —Trató de levantarse e hizo una mueca de dolor.

—Cuidado, cuidado. Con calma. ¿Qué le duele?

—La cabeza... la nuca.

—¿El cuello no?

Ella hizo rodar la cabeza hacia los dos lados, tanteando.

—No, parece que está bien.

—Bien. ¿Puede mover las piernas? —Ella las flexionó una tras otra y asintió—. Muy bien, menos mal. No, espere —le dijo cuando ella intentó incorporarse—. Vayamos por pasos. —Le pasó el brazo por debajo de la cabeza y la mantuvo al nivel de los hombros—. ¿Mejor así?

—Sí. Creo que estoy bien, en serio. Lo noto todo y puedo moverme. —Hannah dobló de nuevo brazos y piernas para mostrárselo. Esbozó la sombra de una sonrisa—. Dios mío, me siento como Humpty Dumpty^[6].

—Afortunadamente no se parece a él —dijo Kincaid, afectuosamente. Dudaba de moverla de allí, pero al cabo de unos minutos de oír a Hannah quejarse de que la sangre le subía a la cabeza, decidió ganar tiempo. Deslizó el brazo por debajo de los

hombros de ella, la levantó y le dio la vuelta para sentarla de lado en el escalón con la cabeza contra la pared.

Hannah movió la cabeza con impaciencia.

—Estoy bien. Deje que...

—Espere —la interrumpió Kincaid—. Hay que comprobar el alcance del golpe. —Le pasó el dedo suavemente por la nuca. Cerca de la coronilla le estaba saliendo un bulto—. Le está saliendo un buen chichón, pero la piel está intacta. ¿Qué más?

Ella se cogió la muñeca derecha con la mano izquierda.

—Me duele horrores, pero puedo moverla.

—¿Algo más?

—Me parece que no.

—Bien. Supongo que le saldrán varios moretones.

Cuando se irguió, Kincaid notó que le temblaban las manos, y que en los dedos le había quedado la huella del cabello de ella y la hinchazón de debajo. Esta reacción se le pasaría, lo sabía, y rechazó aquella primera imagen grabada en su mente: Hannah inmóvil en el suelo, debajo de él.

—Ahora cuénteme qué ha pasado.

Por primera vez, Hannah tuvo miedo.

—Estaba en lo alto de las escaleras. La puerta del rellano estaba abierta... Recuerdo haberme vagamente sorprendido de no oír pasos o los ruidos normales de la gente al caminar. Entonces he notado una mano en la espalda.

—¿Y ha visto...?

—No, no he tenido tiempo. Un fuerte empujón es lo único que recuerdo. —Se palpó con energía la muñeca—. Supongo que he intentado frenar la caída.

Kincaid le tocó el brazo.

—Hannah, ¿está segura de no saber quién era? ¿No tiene ninguna impresión?

Ella negó con la cabeza.

—No, por qué...

Oyeron un portazo en la entrada y pasos rápidos que cruzaban el porche. Patrick Rennie entró en el vestíbulo, sonrojado por la rabia o la excitación. Se detuvo al verlos y miró a uno y otro, anonadado.

—Hannah, por qué... ¿Qué pasa? —Su tono pasó del asombro a la preocupación al observar la postura protectora de Kincaid—. ¿Está bien?

Kincaid, con la mano todavía en el brazo de Hannah, notó que ella se ponía rígida. Como no contestó, lo hizo en su lugar.

—Ha recibido un buen golpe. —Hizo una pausa, estudiando la cara de Rennie—. Alguien la ha empujado escaleras abajo.

Rennie los miró incrédulo. Cuando logró hablar, tartamudeó como un niño:

—Por... ¿empujado? ¿Ha dicho empujado? ¿Y por qué diablos iba nadie a empujar a Hannah? Quizás se ha...

Kincaid, con malicia, pensó que por una vez Rennie había perdido su aplomo.

—Pensaba que podría... —empezó a decir, pero Rennie lo interrumpió.

—¿Han llamado al médico? ¿Y la policía? Llevan todo el día merodeando por aquí y ahora, cuando podían hacer algo útil...

—Tranquilo, hombre. No me ha dado tiempo de llamar a nadie. Tal vez... — Kincaid notó que Hannah se crispaba a su lado, y la oyó decir, bajito, con apremio.

—No, no me deje.

—Tal vez —continuó, dirigiéndose a Rennie, sin mirarla a ella—, podría ir usted a llamarlos ahora.

* * *

—Se pasa la vida preparándome tazas de té. —Hannah ensayó una pálida sonrisa.

—Cada uno tiene su función —respondió Kincaid desde la cocina—. He nacido en una época equivocada. Seguro que habría sido un buen mayordomo.

—¿Usted en el papel de Jeeves^[7]? No lo creo.

Esta vez su sonrisa fue genuina, y Kincaid se sintió aliviado al ver que su rostro se relajaba. Con la ayuda de Rennie, la habían subido por las escaleras y entrado en su *suite*, donde la habían acomodado en el sofá.

Rennie daba vueltas en torno a Hannah, con el claro deseo de hablar con ella sin la presencia vigilante de Kincaid. Parecía que Hannah había abandonado su miedo casi instintivo ante su hijo, pero no había hablado con él ni lo había mirado directamente. Kincaid no tenía intención de dejarlos todavía.

Rennie cedió finalmente, recuperando su simpatía habitual.

—Mire, me doy cuenta de que no soy bienvenido. Pero si puedo hacer algo, ¿me lo dirá? —Desde la puerta volvió a dirigirse sólo a ella, haciendo caso omiso de Kincaid—. Lo siento, Hannah.

A Kincaid le dio la sensación de que no se estaba refiriendo a la caída. Salió de la cocina con dos tazas de té y una bandeja de galletas digestivas.

—La hora del té.

Hannah cogió una galleta, vacilante.

—Me da la impresión de que no he almorzado. Por eso me siento tan débil.

Kincaid empujó la butaca y se sentó lo bastante cerca para pasarle el té y las galletas. Observó su rostro mientras cogía la taza de té. Esperó a que bebiera y comiera antes de hablarle.

—Hannah, cuénteme qué ha pasado entre Patrick y usted. Creo que es necesario —añadió, suavizando un poco el tono perentorio de la petición.

Ella bebió y la taza tintineó sobre el platito cuando la dejó.

—Yo no quería que fuera así. No quería... —Apartó la cabeza, con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto reciente, nuevamente llenos de lágrimas—. Primero lo acusé de todas esas cosas horribles, todas esas cosas que usted me dijo. Me salió así. No pude evitarlo. Luego le dije...

—¿Que era su madre? —atajó Kincaid.

Hannah se rió espasmódicamente.

—Menuda ganga. Desconfiada, áspera. No me extraña que no le haya hecho mucha ilusión la perspectiva.

Hannah cruzó los brazos sobre el pecho y se echó a temblar.

—Está conmocionada. —Kincaid se inclinó sobre ella, lleno de remordimientos—, no debería darle la lata...

—No, no, he de decírselo. Quiero decírselo. —Levantó la voz y Kincaid se dio cuenta de que se esforzaba por dominarse—. Me he equivocado en todo, ya ve —prosiguió, expresándose con calma—. Desde el principio. Éxito. Independencia. Ésas eran las cosas que yo veía en mí. Bajo la jurisdicción de nadie. Pensaba en el matrimonio y la familia como una pérdida de autonomía. —Hannah retorció la punta de la manta—. Qué falsedad. La verdad es que yo no tenía nada que dar, nada que compartir. —Levantó la vista y lo miró—. Y Patrick... Creo que lo que más le ha dolido ha sido el tiempo que he esperado... Si conocerlo era tan importante para mí, ¿por qué no lo busqué hace años? Y podría haberlo hecho, en eso tiene razón. Con todas mis ilusiones de valor e independencia, nunca hice frente a mi padre. Mi padre...

Kincaid aguardó mientras ella buscaba una postura más cómoda. Los músculos faciales mostraban agotamiento, se le caían los párpados.

—Hannah...

—No, quiero contárselo, antes de que todo se me vaya...

Kincaid guardó silencio, impotente ante su necesidad de hablar. Lo había visto con cierta frecuencia en víctimas de accidentes o en estado de *shock*, pero Hannah era más coherente que la mayoría.

—Patrick... ¿Cómo puedo explicar lo que me ha pasado este último año? El reloj biológico es estúpido, ya lo sé —sus labios se torcieron en una débil sonrisa—, pero cuando he sabido que no podría tener otro hijo... algo ha cambiado en mí. De pronto todo parecía vacío. Todo lo que había hecho, tan absurdo...

Kincaid, perplejo, empezó a protestar.

—No irá a decir ahora que las mujeres sólo pueden realizarse con el matrimonio y los hijos... No me lo creo de usted.

Ella empezó a sacudir la cabeza, luego se llevó los dedos con delicadeza a la nuca.

—No... —Se quedó callada tanto rato que Kincaid creyó que se había perdido. Luego dijo, tranquila—. No creo que el sexo tenga mucho que ver. Son las pequeñas

mentiras, la acumulación de decepciones. Nos hacemos un caparazón, ocultándonos, como una criatura marina de cuerpo blando. Con miedo de...

—¿Con miedo de qué, Hannah? —Kincaid no se fiaba de su propia delicadeza.

De nuevo sacudió imperceptiblemente la cabeza.

—De perder...

Apartó los ojos. Cogió la taza olvidada y se bebió el té frío, sedienta, retrocediendo para alejarse del presunto precipicio al que se había acercado.

Parpadeó y cerró los ojos, bordeados de pestañas oscuras. La taza vacía tintineó entre sus manos. Kincaid la iba a coger cuando ella empezó a hablar con los ojos cerrados.

—De pronto me di cuenta de que si no me despertaba una mañana, nadie me echaría de menos. Aparte de Miles. Miles y yo fuimos amantes, al principio. — Hannah sonrió levemente al recordar—. Él se cansó cuando empezó a fallarle la salud. O tal vez yo no tuviera mucho que dar tampoco entonces. Pero sigo siendo lo único que tiene, aparte de un despreciable sobrino que no le importa mucho, y yo lo he descuidado muchísimo desde que me... obsesioné tanto con Patrick.

Abrió los ojos y miró a Kincaid. La luz vespertina hacía fluctuar sus iris del color avellana al verde, casi tan claros como los de Patrick Rennie.

—Obsesión... un interés egoísta —dijo, soñadora, y siguió con más vehemencia—. ¿Qué derecho tenía yo de buscar a Patrick y espiarlo, juzgando sus capacidades como hijo? Podía haber ido a su despacho a contarle la verdad directamente, darle una oportunidad de empezar de forma ecuánime. Y en cambio... —Un pequeño encogimiento de hombros de desolación resumió el resultado.

—Me parece —dijo Kincaid con suavidad— que ya te has castigado bastante por errores que cualquiera podía haber cometido. Ninguno de nosotros tiene las respuestas por adelantado. ¿Por qué es demasiado tarde para Patrick y para usted? ¿Es que no puede contarle lo que me ha contado a mí? ¿Tiene algo que perder?

—Bueno... Él no quiere...

—¿Cómo sabe lo que Patrick quiere o no quiere? No me ha dado la impresión de un hombre determinado a cortar toda relación.

A no ser, pensó Kincaid, que Patrick Rennie hubiera visto alguna ventaja en adoptar un nuevo papel, el del hijo afligido que ha encontrado a su madre.

—Qué raro —dijo Hannah, interrumpiendo su poco agradable especulación—. Después de todo lo que ha pasado, hoy me siento muy distanciada. Como si viera las cosas a través de un telescopio. Claras y lejanas. No creo que me dure. Pero veo claramente que no puedo perseguir a Patrick y esperar que llene los vacíos de mi vida.

La voz de Hannah se iba cargando de sueño. Kincaid recogió el servicio de té y volvió a su lado, pensando que no debía dejarla descansar todavía. Una pregunta pendía sobre él como un peso.

—Hannah, ¿pudo ser Patrick quien la empujó escaleras abajo?

Ella no se molestó, como hubiera hecho anteriormente ante una sugerencia de la culpabilidad de Patrick, sino que respondió pensativa y somnolienta.

—Ya lo he pensado. Sería idiota, si no. Pero no lo creo. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Había tanta... maldad en ese golpe. Lo noté. —Arrugó la frente, concentrada—. Hoy he visto un poco al verdadero Patrick, no mi versión idealizada de él. Hay un poco de rabia en la superficie, de amargura, pero también la habilidad de reírse de sí mismo, de poner los sentimientos en perspectiva. No me lo imagino albergando tanto odio. —Se puso de nuevo a temblar—. ¿Por qué me puede odiar alguien tanto?

—Qué le...

Una llamada a la puerta interrumpió su pregunta, pero Hannah levantó una mano para detenerlo mientras se levantaba.

—No le diré lo que me dijo de Cassie y Penny. Tendrá que preguntárselo usted.

Kincaid dudó y acabó por asentir. No tenía sentido intimidarla, había empezado a calibrar su testarudez. Además, lo comprendía.

Anne Percy aguardaba pacientemente junto a la puerta, con su maletín de médico. A Kincaid le dio un vuelco el corazón y se sintió imbécil.

* * *

Kincaid se encontró con el inspector jefe Nash en las escaleras.

—Vengo a tomar la declaración de su querida Hannah Alcock.

Se lo dijo sin preámbulos, con ese tono burlón que hacía que Kincaid se tragara una infantil respuesta insultante.

—Está la doctora Percy con ella. No parece tener nada grave.

—¿En serio? —preguntó Nash, sarcástico—. Bueno, bueno. ¿No es extraño?

—¿Qué insinúa, si se puede saber? —Kincaid hizo un esfuerzo por dominar la exasperación de su voz.

—Muchacho, ¿no le parece que es una caída muy apropiada? Sola, sin testigos, una pequeña caída por las escaleras...

—La encontré yo: ¡estaba inconsciente!

—Muy apropiado, como le he dicho, que la encuentre un policía bien dispuesto. —Nash soltó una risotada condescendiente—. Cualquiera puede fingir un desmayo.

Kincaid cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Tiene usted idea, inspector jefe, de por qué la señorita Alcock iba a correr el riesgo de partirse el cuello?

—Se me ocurre que si está liquidando gente a diestra y siniestra, parecer una víctima no está de más. Es un viejo truco.

—¿Qué motivo podía tener para matar a Sebastian y a Penny?

—El mismo que cualquier otro. Dígamelo usted, muchacho. Es su amiguita.

Nash le sonrió malicioso, y Kincaid pensó que su conversación iba por camino de convertirse en una farsa.

—Siento no poder ayudarlo, inspector. Tendrá que preguntárselo usted.

* * *

Kincaid salió disparado por la puerta y sacudió la cabeza, como si el aire frío pudiera despejarle las ideas. Por muy pequeña que fuera la dosis de inspector Nash, se sentía como si hubiera vagado por una niebla densa. Quería hacerle unas preguntas a Patrick Rennie y no tenía intención alguna de invitar a Nash para que le estropeará la entrevista.

Caminó por el jardín, ya en sombras, lamentando no tener a Gemma o a Peter Raskin como equipo consultor. El primer piso de Followdale House estaba dividido en secciones por puertas antiincendios: una dividía la zona que contenía su *suite* y la puerta del balcón de la zona que contenía la *suite* de Hannah y la escalera principal. A su vez, esa zona estaba separada de las *suites* del otro lado de la casa por otra puerta. Kincaid recordó que al salir por la puerta entre su *suite* y la escalera, habría jurado oír que la puerta más lejana se cerraba.

En aquel momento no se paró a pensarlo, hasta que Patrick había llegado por la puerta de entrada, sonrojado y jadeante, al cabo de unos minutos de que él hubiera encontrado a Hannah; Kincaid no podía saber cuánto rato llevaba Hannah allí caída, pero tal vez fueran sólo unos minutos. Rennie pudo bajar corriendo por las escaleras traseras y dar la vuelta al edificio, ansioso por saber los resultados de su atentado contra la vida de Hannah.

Kincaid volvió a la casa y dudó un momento en el vestíbulo. ¿Dónde estaría Peter Raskin? ¿Alguien habría tomado declaración a los demás huéspedes?

Permaneció quieto, al acecho del menor ruido, de cualquier señal de vida o movimiento en el interior. Le sorprendía que una casa de aquel tamaño, con casi una docena de personas, pudiese dar esa sensación desértica. El barullo que se había creado en el cóctel del primer día era inimaginable ahora. Los huéspedes habían perdido interés en frecuentarse.

Caminó por la recepción en penumbra hacia la sala, donde una tenue lámpara proyectaba un solitario haz de luz. Un leve ruido en la barra del bar atrajo a Kincaid a la puerta.

Patrick Rennie estaba sentado solo en una mesa, taciturno, empujando un vaso por el pequeño charco de líquido condensado.

—Justo la persona que buscaba —dijo Kincaid, y Rennie levantó la cabeza de golpe.

—¿Cómo está Hannah?

—La doctora Percy está con ella. No creo que tenga nada grave. —Kincaid cogió una cerveza de debajo de la barra y se sentó enfrente de Rennie—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Encerrados en sus habitaciones esperando saber lo que va a ocurrir, me imagino. El inspector jefe Nash ha mandado al policía ese a tomar declaraciones. No sé si ha terminado la ronda. Oiga —Rennie cambió de táctica, para no distraerse de lo que tenía en mente—, hoy me he comportado muy mal con Hannah. —Y ahora esto. Rennie hizo un vago movimiento hacia las escaleras, luego su mirada se cruzó con la de Kincaid—. ¿Le ha contado algo de mí?

—Sí.

—¿Y le ha contado mi odioso comportamiento de esta mañana?

—Me ha dicho que le ha dolido a usted su entrada a codazos en su vida —respondió Kincaid secamente.

Rennie se frotó la frente con sus largos dedos.

—Tiene que haber sufrido tanto... y encima yo la pisoteo con una sensibilidad de elefante. —Levantó las cejas y esbozó la sonrisa de autoirrisión que debió de haber visto Hannah—. Habrá sido el susto. Tantos años preguntándome quién sería, cómo sería, por qué me dio... lo recordé todo de golpe. ¿Cree que es demasiado tarde para volver a empezar?

A Kincaid el papel de consejero de corazones solitarios no le hacía ilusión en ningún caso, pero en particular cuando una de las partes podía haber intentado apresurar la desaparición de la otra.

—No sabría decirle. —Dio un trago a su cerveza y luego añadió, simplemente—. En buena parte dependerá de dónde haya estado hoy antes de volver.

Rennie se puso como la grana.

—Dios mío, qué imbécil he sido. Tenía usted razón con lo de Cassie. Empezó el año pasado. Marta sabía que sucedía algo, pero la engañé para que viniéramos de todos modos. Yo creía que Cassie me quería, que valía la pena hasta arriesgar mi futuro. —Sacudió la cabeza, como desconcertado ante su propia estupidez—. Pero esta vez no ha ido nada bien. Esta tarde he decidido que teníamos que hablar y aclarar las cosas. Fui al chalet y empecé a llamar a la puerta, pero la puerta no estaba cerrada del todo. Bueno, es la vieja historia de siempre, no sé de qué me sorprende...

Sonrió, pero seguía sonrojado y sin mirar directamente a Kincaid.

—¿Muy comprometedor?

—Bastante.

—¿Y quién era el afortunado?

Rennie apartó la vista.

—Graham Frazer.

Kincaid se paseaba por la recepción, mal iluminada, esperando escuchar, con cierto sentimiento de culpa, los pasos ligeros de Anne Percy. Había dejado a Patrick Rennie ocupado con su copa en el bar vacío, y tenía más dudas que nunca sobre si aquel hombre era sincero o un gran mentiroso.

Si Cassie corroboraba la historia de Patrick, ¿sería una coartada suficiente? Hannah le había dicho que había llamado a su puerta antes de bajar las escaleras. Pero había sido apenas un toque, le dijo, porque luego cambió de opinión y decidió seguir sola. ¿Sería el ruido que oyó mientras hablaba con Gemma por teléfono? ¿O estaba en el balcón y no había oído nada?

Cálculo de tiempo. Pura cuestión de cálculo de tiempo, murmuró. Si Hannah había pasado sólo unos minutos en las escaleras, ¿podría demostrar Patrick que había ido directo de casa de Cassie al vestíbulo? Y en ese caso, ¿qué pasaba con Cassie y Graham? ¿Encerrados y libres de culpa con su coartada de amantes? ¿O era una cobertura para un intento de asesinato? Suponiendo, claro, que Hannah no llevara inconsciente al menos media hora..., en cuyo caso pudo ser cualquiera de los tres. Pero ¿por qué iba a querer alguno de ellos, o cualquier otro matar a Hannah?

¿Y dónde estaba el resto de huéspedes, a todo eso?

Kincaid descargó el puño en la otra mano abierta, con una mueca de frustración. Si hubiera estado atado y con los ojos vendados, sabría lo mismo que ahora. Él, que tantas veces se había quejado de lo aburrido del papeleo, habría dado cualquier cosa por un montón de declaraciones detalladas tomadas por su sargento. El inspector jefe Nash había pasado de ponerle obstáculos a evitarlo taimadamente, pero las dos tácticas habían tenido los mismos resultados: Kincaid no tenía hechos.

Un movimiento en la habitación en sombras, tal vez una corriente de aire, hizo que Kincaid se volviera hacia la puerta del salón. La luz cambió, y tuvo una breve visión de Sebastian Wade tal como lo vio allí por primera vez: apoyado en el umbral de la puerta con desenfado, las manos en los bolsillos, una sonrisa maliciosa en los labios.

¿Cómo diablos encajaba todo aquello? Unos rápidos pasos por las escaleras lo llevaron al vestíbulo. Anne Percy se topó con su mirada inquisitiva mientras bajaba los últimos peldaños.

—Está bastante mejor. Un poco abatida, claro. Una torcedura de muñeca, probablemente, y un chichón de buen tamaño en la cabeza. Ya le he dicho que tiene buenos huesos. —Una sonrisa divertida cruzó sus labios—. Ni rastro de osteoporosis. —Suspiró y se estiró, luego se puso más seria—. Le echaré un ojo, ¿verdad, Duncan? Estoy pensando... —Frunció las cejas e hizo una pausa— que quien la empujó no se quedó a acabar el trabajo.

—Es posible que me oyera salir de la *suite*. Además, no es muy diferente de lo que les pasó a Sebastian o a Penny. Ha aprovechado la ocasión, con poco que perder. Agacharse sobre Hannah en medio de las escaleras habría sido más arriesgado.

—Qué horror —dijo Anne, con un escalofrío.

—Lo sé. Le he dicho que se encierre y no salga sin decírmelo. Dice que no quiere un canguro —añadió exasperado—. Ha sido dócil y obediente hasta que ha empezado a recuperarse.

—La he dejado con el inspector jefe Nash. No me parece precisamente una experiencia relajante.

—No, pero más vale que acabe cuanto antes para que la deje en paz. —Kincaid observó a Anne con un placer manifiesto. Bajo un impermeable amarillo brillante, llevaba unas mallas de color fucsia y una camiseta de rayas a juego, y no podía parecerse menos a la figura tradicional de un médico.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Anne, sonriendo abiertamente.

—Estaba pensando en el malhumorado médico de cabecera de mi pueblo que nos visitaba cuando yo era pequeño.

Ella bajó la vista para mirarse y luego le sonrió.

—Bueno, los tiempos cambian, ¿no? Afortunadamente. —Desvió la vista al reloj—. Pero hay cosas que no. Llego tarde a dar la cena a las niñas. Tengo que irme corriendo.

Él se sintió avergonzado, como culpable por hacerle olvidar sus obligaciones, pero dijo con toda la serenidad que pudo.

—Sí, la acompaño.

El impermeable crujía mientras caminaba, y una vez sus brazos se rozaron. Cuando llegaron al coche, ella abrió la portezuela y metió el maletín, luego se volvió hacia él. Kincaid estaba lo bastante cerca para notar su olor a lavanda —una fragancia limpia, reconfortante— y buscó algo que decir que la detuviera un instante más.

—Gracias. Me imagino que le ha resultado todo muy brutal.

Anne sonrió.

—Estoy familiarizada con la muerte. Lo que difiere son las circunstancias. En fin, el médico forense de la policía vuelve de las vacaciones mañana, así que no me van a llamar más.

—Lo siento —dijo Kincaid tras el silencio que se hizo entre ellos.

—Yo también lo siento —respondió Anne Percy entrando en el coche, y mientras veía alejarse el coche Kincaid no estaba muy seguro de lo que habían querido decir.

La tarde avanzaba mientras Gemma conducía hacia el norte por la carretera de Banbury. Casas grande, confortables, a los dos lados de la calle con interiores cálidos y acogedores como sólo lo son las habitaciones iluminadas al atardecer. Los jardines estaban llenos de árboles, y la luz fugitiva lamía los colores otoñales de sus hojas.

Era la primera vez que iba a Oxford, nunca había tenido un caso allí, y no era un lugar que su familia hubiera escogido para ir de vacaciones. Sus padres habían ido toda su vida al mismo pueblo de Cornualles durante dos semanas al año. Un lugar agradable, seguro, sin ninguna posibilidad de aventura.

Para su sorpresa, Gemma quedó encantada con la ciudad. Tras establecer una cita con Miles Sterrett a través de su ama de llaves, le quedaron varias horas libres y las había pasado explorando el centro. Desde Cornmarket, por toda la High Street hasta Magdalen College y el río, la fascinaron los verdes céspedes de los colegios.

Caminó despacio, con el cuello del jersey azul marino levantado para protegerse del viento, y cuando llegó al puente sobre el Cherwell se acodó en el parapeto y se puso a mirar a los remeros que rozaban las aguas como libélulas.

Los estudios universitarios habían estado tan lejos de su alcance que nunca había llegado a envidiar a otros el privilegio, pero ahora sintió un fugaz anhelo de una oportunidad perdida. Kincaid le dijo una vez, mientras tomaban una cerveza al salir del trabajo, que le habían ofrecido la posibilidad de ganar una beca de la policía para la universidad, pero que no la aprovechó.

Una cierta rebeldía, supongo, había dicho, arqueando una ceja, burlonamente. Justo lo que esperaban mis padres. Ahora parece una tontería haberlo dejado escapar.

Gemma pensó, mientras reducía la velocidad para girar por la bocacalle que se había saltado esa tarde, que Oxford le habría convenido a Kincaid.

La Clínica Julia Sterrett era claramente lo que aparentaba: una gran casa particular, situada en retroceso en una calle secundaria cerca de Banbury Road. La única señal de su verdadera función era una placa discreta colocada entre los ladrillos al lado de la puerta. Gemma llamó al timbre y aguardó, y al cabo de un momento oyó unos pasos y el ruido de los cerrojos al descorrerse.

—Qué puntual —dijo el ama de llaves al abrir la puerta. A Gemma aquella mujer corpulenta y bajita le pareció mucho mejor que la secretaria que la había recibido en la mesa de recepción de la clínica aquella tarde.

—Hola, señora Milton. ¿Me está esperando?

—La acompaño enseguida.

La señora Milton la guió por unas escaleras en curva, resoplando y sonrojada por el esfuerzo, mientras Gemma la seguía, sintiéndose un poco culpable. Al mirar atrás, Gemma vio la recepción a la derecha de la puerta de entrada. Por la tarde se había

enterado de que la clínica propiamente dicha ocupaba la planta baja y el primer piso, mientras Miles Sterrett tenía el último piso para su uso personal.

La señora Milton llamó a una puerta del pasillo, hizo un gesto a Gemma de que entrara y cerró la puerta tras ella. Gemma se quedó sola en el umbral, un poco como Daniel arrojado a los leones. Por la ferocidad con que lo protegía la recepcionista, había esperado encontrarse con un hombre mayor, tal vez encamado, tal vez en silla de ruedas, con una manta sobre las rodillas, confinado en una habitación de tipo hospitalario.

Pero se encontró en un estudio masculino con paredes llenas de libros, sillas de cuero, una vistosa alfombra oriental bajo sus pies y un fuego encendido en el hogar. Miles Sterrett estaba sentado ante un suntuoso escritorio, inclinado sobre unos papeles. Levantó la cabeza y sonrió, luego se levantó y cruzó la habitación para recibirla.

—Sargento James...

—Señor Sterrett, gracias por recibirme.

Gemma tuvo que levantar la vista al darle la mano, pues Miles Sterrett era alto y esbelto, de rostro delgado y cabello fino que parecía más rubio que gris a la luz de la chimenea. Llevaba un jersey amarillo pálido e immaculados pantalones oscuros con raya. Sólo las ojeras oscuras y una cierta vacilación en sus movimientos dejaban adivinar una enfermedad.

—Pase, siéntese, la señora Milton nos ha traído café.

Le indicó una de las dos sillas junto al fuego y ocupó la otra. En una mesita baja entre ellos había una bandeja con tazas y un termo. Cuando fue a coger una taza para ella, Gemma percibió el leve temblor de su mano.

—¿Lo sirvo yo?

Miles se apoyó en el respaldo, poniendo las manos delatoras sobre las rodillas.

—Gracias —dijo aceptando la taza, y cuando Gemma se sirvió la suya, tomó la palabra—. Ahora dígame, sargento, qué es lo que ocurre. La señora Milton me ha asegurado que Hannah está bien...

Su afirmación acababa con un ligero tono de pregunta, y Gemma advirtió que las buenas maneras de Miles Sterrett ocultaban una auténtica preocupación.

—La señorita Alcock está perfectamente, señor Sterrett. Pero ha habido dos muertes sospechosas en Followdale House esta semana, y por supuesto estamos muy preocupados por la seguridad de todos.

—No querrá decir que Hannah...

—No, no, en concreto no, pero cuanto antes resolvamos nuestra investigación, más tranquilos estaremos. —Gemma dio un sorbo al café; era fuerte y aromático, tenía poco que ver con el café instantáneo o con las submarcas del supermercado—. ¿Sabe usted si la señorita Alcock tenía alguna relación con Sebastian Wade o con Penny MacKenzie?

Él movió la cabeza.

—No recuerdo que mencionara a ninguno.

—¿Había tenido alguna relación previa con la multipropiedad? ¿Le dio alguna explicación de por qué había escogido ese lugar en particular?

Miles cogió la taza, y Gemma observó que sólo la aguantaba entre las manos el tiempo suficiente para beber, luego la devolvía a la mesa.

—En realidad no me dijo nada de ello. Me pareció muy raro, porque Hannah y yo somos amigos desde hace tantos años que no quiero contarlos. —Sonrió, borrando la severidad de su rostro delgado—. Hannah vino aquí hace casi quince años, recomendadísima, por supuesto, de un departamento universitario de investigación. Yo no soy científico, y el éxito de nuestro trabajo —hizo un gesto circular con la mano— se debe enteramente a la perseverancia y brillantez de Hannah. Sargento... —se interrumpió y miró a Gemma con la frente arrugada—. Usted es demasiado encantadora para que la llame «sargento». ¿Puedo llamarla «señorita»? ¿o «señora»?

Gemma, que por la calle recibía los silbidos de los gamberros sin parpadear, se sintió enrojecer ante aquel piropo tan cortés. Era un algo machista, reconoció, pero no consiguió ofenderse.

—Bueno, puede llamarme «señora» si lo desea.

—De acuerdo, señora James. Si cree usted que necesita alguna referencia sobre la personalidad de Hannah, no conozco nada en absoluto que sea cuestionable en su pasado o su presente. La considero una amiga y también como mi familia, y respondería por su comportamiento en cualquier caso. Desde luego, Hannah no es capaz de matar a nadie.

Las manos, cogidas, se movían convulsivamente al hablar, y Gemma advirtió que el temblor había aumentado.

—Señor Sterrett, no creo que los oficiales que investigan tomen realmente en cuenta semejante posibilidad, pero tenemos que hacer indagaciones. ¿Lo comprende? —Gemma cambió de tema para aliviar su evidente congoja—. ¿La clínica tiene el nombre de alguien de su familia?

—De mi esposa. Murió por la enfermedad de Creutzfeld-Jakob hace casi treinta años. En esa época se sabía muy poco de ella, y como yo había heredado dinero, pensé en darle un buen uso. —Volvió a sonreírle—. No se ponga tan triste, señora James. Ya no lloro a mi esposa. Pasó hace mucho tiempo. No tuvimos hijos... lo que pudo ser una ventaja, teniendo en cuenta los genes. Su única hermana era emocionalmente inestable y mi sobrino es una persona insignificante.—Añadió, reflexivo—. Pero no me gustaría que le ocurriera nada a Hannah. No sólo por mí. Esta clínica depende de ella, y lo que hacemos aquí tiene mucho valor.

Miles miró fijamente el fuego y terminó el café, luego dijo, haciendo un esfuerzo:

—Me extraña que Hannah no me haya llamado. Supongo que habrá pensado que me preocuparía. No se le habrá ocurrido que vendría a verme la policía, bajo los rasgos de una persona tan atractiva.

La sonrisa y el piropo le parecieron forzados esta vez, y Gemma pensó que ya llevaba demasiado rato allí abusando de la hospitalidad.

Apuró el café, mirando el termo con deseo, y se levantó.

—Me parece que le he cansado. Su recepcionista me comerá viva.

Miles soltó una carcajada.

—Es su forma de ponerse a la altura de la señora Milton. Rivalizan desde hace años. —Se levantó, insistiendo en acompañarla. Al llegar a las escaleras le volvió a tender la mano—. ¿No le importa que no baje? La señora Milton le abrirá la puerta.

—Gracias, señor Sterrett. Lamento mucho las molestias.

Era un formalismo, pero Gemma lo sentía de verdad.

Había reservado una habitación en un hotelito a las afueras de la ciudad, y después de registrarse y deshacer el equipaje, pasó la velada marcando el número de la *suite* vacía de Kincaid.

* * *

Hannah dormía ovillada en el sofá, donde Anne Percy la había dejado, con la cabeza medio enterrada bajo el cojín y con la manta que iba deslizándose desordenadamente al suelo.

En sueños recorría las calles suburbanas de su niñez, bajo cerezos en flor. Unas voces familiares que no supo reconocer la llamaban de los jardines, y aceleró el paso. Le parecía que su casa estaría al doblar cada esquina, estaba segura de que la encontraría si el insistente repiqueteo cesaba.

El sonido atravesó el borde del sueño, y la llevó a un estado de indolente duermevela. Su primer movimiento instintivo le costó un gruñido: tenía dolor de cabeza y los músculos anquilosados. Los paneles de la puerta acristalada le devolvieron su imagen. Había anochecido del todo, y no sabía si había dormido horas o minutos. La llamada persistía mientras avanzaba lentamente hacia la puerta, y antes de abrir oyó una voz implorante:

—Hannah, soy Patrick. Por favor, abre, necesito hablar contigo.

La sobrecogió un instante de vacilación, pero se sonrojó de vergüenza. No dudaría de él, no permitiría que el miedo decidiera su vida. La humillación la había llevado a rechazarlo en las escaleras, pero luego había pensado mucho sobre los prejuicios. Retiró el cerrojo con dedos inseguros.

Patrick la miró con atención antes de hablar.

—¿Cómo te encuentras?

—Supongo que bien, dentro de lo que cabe. —Sin darse cuenta, Hannah se tocó la muñeca vendada—. La doctora Percy ha dicho que mañana me sentiré como si

tuviera cien años, y ya he empezado.

Él entró tras ella en el salón y la tapó con la manta, solícito. Tras acercar una silla para sentarse enfrente, dijo con una franqueza desarmante.

—Duncan Kincaid cree que yo he podido empujarte por las escaleras, aunque ha sido muy correcto y no lo ha dicho así. —Patrick sonrió—. Y me parece que el motivo no era su buena educación. Hannah —su sonrisa se desvaneció—, ¿crees que te he empujado yo?

Ella negó con la cabeza, y dijo con voz cansada:

—No, sinceramente. Se lo habría dicho a Duncan.

Lo miró a los ojos por primera vez desde que entró. Parecía como si Patrick hubiera envejecido diez años durante el curso del día. Unas arruguitas que no había advertido antes le rodeaban los ojos. Era como si le hubieran quitado una capa de barniz, pensó Hannah, y estuviera allí con el rostro desprovisto de su habitual lustre.

—Menos mal —dijo él, con un suspiro—. Pero es que estoy preocupado por ti. Cuando no se entiende el motivo de algo es muy difícil dejar de pensar en ello.

Hannah no respondió. Se sentía agotada para reiterar su ignorancia una vez más. Al cabo de un momento, Patrick prosiguió:

—Esta mañana me he portado como un bruto contigo. No sé por qué. Un montón de fantasías infantiles que se desmoronaban, supongo. —Ante la expresión de sorpresa de ella, trató de explicarse—. Bueno, lo de siempre, ya sabes... Primero era mi madre —se llevó la mano a la frente y sonrió—, muerta de parto, bendiciéndome con su último aliento. Luego la imaginaba cálida, dulce, reconfortante... que me iba a encontrar y me iba a acoger en el seno de otra familia. Fantasías de hijo único. Nunca —se inclinó hacia delante, sonriendo de nuevo— la imaginé como una mujer de éxito, inteligente, estimulante y atractiva. Ha sido un buen susto, te lo aseguro.

Hannah se pasó los dedos por el cabello, consciente de pronto de su aspecto.

—Lo siento —dijo, sin saber muy bien si se refería a haber desvelado su identidad o a no corresponder a la imagen materna que él se había forjado.

—¿Lo sientes? Tenía que haber superado ese bagaje emocional hace mucho tiempo. Y ni siquiera te he preguntado por mi padre.

Patrick se llevó las manos a las rodillas, y Hannah percibió una repentina vulnerabilidad bajo su actitud desenfadada.

—Me negué a decirles a mis padres quién era, pero supongo que tú mereces saber algo —dijo, con reticencia—. Se llamaba Matthew Carnegie. De una buena familia —torció la boca con un rictus amargo—. Eso hubiera dicho mi padre. No sé qué fue de él, no quise volver a verlo. —Proyectó su mente a través de los barrotes levantados a lo largo de los años, tratando de recordar lo que le había atraído de él a los dieciséis años—. Era rubio, de ahí te viene tu coloración, y guapo, larguirucho, poco formado todavía. Me hacía reír. —El recuerdo la sorprendió—. Y era tierno.

Patrick la escuchaba reflexivamente.

—No decírselo a tus padres debió requerir mucho valor.

—¿Valor? No, fue pura testarudez. Y que sabía que no toleraría la humillación de que él se enterara, de que su familia se enterara.

Patrick se inclinó hacia delante, con una mirada intensa.

—Hannah, ¿crees que podríamos volver a empezar? Quizás no como lo hemos imaginado ninguno de los dos, hemos sido muy poco realistas, pero sí como... amigos.

Hannah cerró los ojos, deteniendo una repentina ola de nostalgia.

—Nunca he esperado sustituir a tu madre. Ni serlo, en realidad. Sólo buscaba cierta sensación de pertenencia... de relación.

Patrick tendió la mano y le tocó el hombro con un poco de torpeza, como inseguro de qué gesto hacer.

—Más vale que te deje descansar. —Se levantó—. Hannah, ten cuidado. No soportaría perderte —en su voz había cierta ironía— ahora que te he encontrado.

* * *

Kincaid descubrió, como Patrick Rennie antes que él, que la puerta de Cassie sólo estaba entornada. Dio unos golpecitos suavemente. Al no oír respuesta, la empujó despacio.

La única luz del salón del chalet llegaba de un globo del distribuidor que había detrás, así que le costó un momento orientarse. La voz de Cassie llegó del sillón junto al fuego, malhumorada y concisa.

—Lárguese.

Kincaid buscó a tientas el interruptor de la lámpara de mesa y parpadeó ante el estallido repentino de luz amarilla. Cassie estaba acurrucada en el sillón, pálida y despeinada, envuelta en una bata acolchada. Sólo sus piernas desnudas y extendidas ante sí mantenían su elegancia.

—Debería empezar por cerrar la puerta —dijo Kincaid, apartando sin ganas la vista de sus piernas para mirarle la cara.

—Ya no tiene mucho sentido, ¿no?

Kincaid se apoyó en el brazo del otro sillón, como la vez pasada.

—Parece que ha liado bien las cosas, ¿eh? —le dijo con frivolidad.

La rabia brilló en los ojos dorados de ella.

—¿Yo?, por favor. —Apartó la cara y Kincaid pudo ver una marca roja en su mejilla—. Ese bruto me ha pegado.

—¿Quién, Graham?

—¡Graham, claro! Patrick ha actuado como un rey ofendido y se ha marchado corriendo, pero primero ha dejado nuestra situación bien clara para Graham. ¿Quién

le ha dado los detalles sórdidos? —Cassie lo miró, acusadora.

—Patrick.

—Vaya. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, que le resbalaron por la cara. No hizo ningún gesto para secarlas—. Todo se ha acabado.

—¿Se ha acabado Downing Street?

—Es... —empezó Cassie, pero se rindió, demasiado abatida incluso para insultarlo.

—Antes o después, tenía que ocurrir —dijo Kincaid, más amable—. El juego era arriesgado.

Cassie se incorporó un poco en su asiento y se secó las mejillas con el dorso de las manos.

—No podía imaginar que Graham fuera tan duro de apartar. —Resopló por la nariz—. Empezó de manera informal, antes de que conociera a Patrick. Pero cuanto más intentaba enfriar las cosas con Graham, más insistente se ponía. Entonces empecé a tener miedo de cortar, miedo de lo que podría hacer.

—¿La amenazaba?

Cassie se encogió de hombros.

—No muy claramente. Pero hacía pequeños comentarios... ¿Y si alguien le contaba al director que me acostaba con los propietarios? ¿Perdería el trabajo? Esas cosas. Yo eso no lo aguantaba. Al principio pude sortearlo. Luego Graham cambió la semana... no tenía que esperar a que acabara el curso porque Angela no estaba en el colegio, y él quería verme.

—Y tuvo la suerte —interrumpió Kincaid— de disponer de la semana de las vacaciones escolares...

—¿La suerte? —Cassie pareció desconcertada—. Podía reservar la semana que quisiera y además podía cambiarla cuando prefiriera. Siempre hay gente que está dispuesta al intercambio. ¿Por qué tuvo que escoger esta semana? —dijo, y levantó los ojos, implorante. Era una pregunta de la que no esperaba respuesta.

A Kincaid se le ocurrió que estaba más guapa así, sin el aspecto sofisticado de estilo americano, con el cabello de color castaño desgreñado, su actitud altanera en suspenso. Imaginaba que también en la cama perdía esa dureza, y el contraste debía hacerla muy atractiva a Patrick y a Graham Frazer. Dejando de lado sus especulaciones, preguntó:

—¿Qué es lo que ha pasado hoy?

Cassie tragó saliva y se recogió el cabello por detrás de la oreja.

—Que Graham se ha puesto furioso. Yo nunca lo había visto de ese modo. Pensaba que le había tomado el pelo..., que lo había usado, decía. —Levantó la vista hacia Kincaid—. Hoy yo no he participado con muchas ganas. Pero eso Patrick no podía saberlo.

—No. ¿Y luego, después de que Patrick se marchara?

Cassie se llevó un dedo a la mejilla.

—Tuve suerte de que se resolviera tan fácilmente. Ahora se ha acabado, por fin.

—¿A qué hora de la tarde ha pasado todo esto?

—¿Cómo voy a saberlo? —gritó Cassie—. Toda mi vida se tambalea y usted quiere que me fije en la hora.

—Puede ser muy importante saber qué estaban haciendo exactamente cada uno de ustedes cuando a alguien le ha dado por empujar a Hannah por las escaleras. ¿Nadie se lo ha preguntado?

—El poli ese vino... ese con cara de vaca. —La animosidad afiló su voz, y Kincaid recordó lo mal que lo pasó con ella el agente Trumble la mañana en que murió Sebastian.

Kincaid puso en marcha otra táctica.

—Trate de recordar lo que hizo antes de que llegara Graham.

Cassie se mordisqueó un dedo, meditabunda.

—Había estado trabajando. La casa estaba silenciosa como una tumba y empecé a sentirme un poco... incómoda. Entonces llegó Angela a fisgonear...

—¿Qué quería? —preguntó Kincaid con curiosidad. No podía imaginarse que Angela visitara a Cassie voluntariamente.

—No he dicho que quisiera nada —replicó Cassie—, se puso a dar vueltas, tocando todas mis cosas. Esa chica me da dentera, y hoy iba con toda su parafernalia de vampiro. Cuando le pregunté qué quería, dijo «nada» y se fue. Era lo que yo quería, al fin y al cabo. Luego vine a prepararme un café. —Hizo una pausa, concentrándose—. Debían ser las tres pasadas, esperaba una llamada a las tres y como no la recibí, puse el contestador automático.

—¿Y Graham? —Kincaid aguardó, con la atención aguzada. Gemma lo había llamado a eso de las tres y cuarto. Al acabar la conversación había bajado y encontrado a Hannah, y sólo se le ocurrió mirar el reloj cuando Patrick irrumpió por la puerta principal. Eran las cuatro menos veinte.

—No sé. Hice el café, fui al baño...

—¿Y cuánto rato llevaba Graham cuando llegó Patrick?

—Lo bastante —dijo Cassie con aspereza— para discutir violentamente y arrancarme la ropa.

—¿Y no sabrá por casualidad a qué hora salió Patrick de aquí? —preguntó Kincaid, esperanzado.

Cassie se incorporó en el asiento y le dirigió una mirada asesina.

—No sea imbécil.

* * *

Cuando Kincaid salió del chalet de Cassie, vio a Eddie Lyle escabulléndose por el aparcamiento hacia la casa. «Llego tarde, llego tarde a una cita muy importante» se dijo Kincaid por lo bajo, y sonrió.

—¡Lyle!

Eddie Lyle se volvió y aguardó a que Kincaid lo alcanzara. Sus gafas lanzaban destellos bajo la luz del porche.

—¿Alguien ha tomado su declaración esta tarde? —le preguntó Kincaid con desenfado, mientras entraban uno detrás del otro.

—Sí, claro —respondió Lyle, con tono irritado de víctima—. Acababa de volver de dar un paseo y he oído toda la conmoción a propósito de la pobre señorita Alcock, que se ha caído por las escaleras.

Sacudió la cabeza, y Kincaid no supo si deploraba el accidente de Hannah o las molestias que todo ello le causaba.

—¿Había ido a dar un paseo? —Kincaid frotó la punta de la zapatilla contra la grava.

—Sí. Hacía un día precioso en la montaña —Lyle indicó Sutton Bank—. Janet estaba durmiendo la siesta, y quería dejarla un poco tranquila. No se encuentra muy bien últimamente —y añadió, confidencialmente—, desde que murió mi madre, pasa estos momentos de agotamiento. Y ahora, con todos estos acontecimientos tan terribles, está exhausta.

—Claro. —Kincaid asintió, comprensivo, seguro de que el sólo hecho de vivir con Edward debía ser agotador para cualquiera.

—Pero le he dicho a Janet que nos quedaremos hasta agotar nuestra semana, el sábado. —Lyle agitó el dedo en el aire, enfático—. No creo que al inspector jefe Nash le importara que nos fuéramos, pero no quiero tirar el dinero. Y a propósito de irse —echó un vistazo al reloj—, mi mujer tendrá la cena lista y no quiero que se me enfríe.

Hizo un gesto de despedida y subió trotando las escaleras.

Al oír la palabra «cena», el estómago de Kincaid rugió como si se hubieran activado alarmas internas. No recordaba cuándo había comido de verdad por última vez, y como no tenía ninguna esposa que le preparara la comida, pensó que tendría que ocuparse él. Sonrió, a oscuras. Eddie Lyle no sabía la suerte que tenía.

No podía haberse marchado.

Kincaid intentó abrir la puerta de la *suite* de Hannah, pero el pomo le resbaló de la palma de la mano repentinamente sudada. Estaba cerrada. Retrocedió y se asomó a la ventana del descansillo para ver el aparcamiento. La pintura roja como de cabina telefónica de su Midget relucía alegremente, pero el espacio de al lado, donde estuviera el Citroën verde de Hannah, estaba vacío.

Sintió un nudo en la garganta, pero se dijo que no podía ser tan estúpido y dejarse llevar por el pánico: probablemente habría bajado al pueblo a comprar café o un periódico. Pero ninguna explicación racional deshizo el miedo que le presionaba el pecho.

Había pasado la mañana paseando en torno al salón, esperando noticias de Gemma, dando por sentado que Hannah estaba a salvo, encerrada en su *suite*.

Qué estúpido había sido. Hannah Alcock llevaba demasiado tiempo viviendo según sus propias reglas para obedecer a nadie. Kincaid se quedó mirando el aparcamiento fijamente, preguntándose qué la habría llevado a salir aquella mañana.

La puerta del ala de enfrente se abrió. Kincaid se volvió y vio a Angela Frazer salir y detenerse al verlo. Cassie tenía razón. Todos los vestigios de una quinceañera normal habían desaparecido, camuflados de vampiro punk. Llevaba los labios y la cara pintados hábilmente de un blanco calcáreo, los ojos pintados de negro todo alrededor, estilo Cleopatra, y el cabello peinado en cresta.

Como mecanismo de defensa debía de funcionar, pensó Kincaid; desde luego, parecía inabordable. ¿Qué habría llevado a Angela Frazer a ocultarse así? Dejó de lado por un momento su preocupación por Hannah y se concentró en Angela. La mirada de la chica le hizo sentirse como una mosca bajo el microscopio. Apoyando la cadera en el alféizar de la ventana, cruzó los brazos y buscó el hilo de su anterior encuentro.

—¿Dónde te habías metido?

No obtuvo respuesta. No se sorprendió. Esta manera de abordarla falsamente desenfadada había sonado demasiado paternal. Probó una táctica más combativa.

—¿Qué he hecho yo para merecer este silencio?

Angela bajó la cabeza y apartó sus ojos, evasivos, mientras avanzaba pegada a la pared hacia él, pasando el dedo por lo alto de la moldura, como si comprobara la limpieza. Se detuvo a cierta distancia de él y volvió a mirarlo.

—Nada.

—¿Nada? Vamos, Angela, ¿qué es lo que te atormenta? No se te ve el pelo durante dos días y apareces como la novia de Frankenstein. ¿Qué ha pasado?

Angela bajó la vista hacia su chaqueta negra claveteada y la minifalda de cuero. Por debajo del borde de la falda, asomaban unas rodillas blanquísimas y gorditas, las rodillas de una niña, con sus hoyuelos.

Abrazarla o ponerla sobre sus rodillas y darle unos azotes, cualquiera de las dos posibilidades funcionaría, pero no podía permitirse ninguna. Kincaid aguardó.

—Antes me llamaba Angie.

—Claro. ¿No éramos amigos?

Al oírlo, levantó la cabeza con ímpetu y dijo con rabia.

—No ha hecho nada. Me lo prometió. Ahora a nadie le importa lo que le ha pasado a Sebastian. No quiero decir —añadió, repentinamente recuperando su educación de clase media— que no me importen la señora MacKenzie y la señorita Alcock. Pero Sebastian era...

—Ya lo sé. Es normal que lo sientas así. —Sebastian, por muchos defectos que tuviera, se había ganado la lealtad de Angela. Kincaid aprovechó el momento de debilidad y le tocó el hombro—. Lo he estado intentando, Angie. Lo estoy intentando.

La cara de Angela se descompuso y de repente se echó a llorar sobre su pecho, abrazándolo fuertemente por la cintura. Kincaid trató de tranquilizarla con la voz y le acarició la nuca, donde el cabello natural, sin potingues, era tan suave como una pluma de pato. Sintió ganas de absorberle el dolor como si fuera una esponja.

Por fin los sollozos se convirtieron en hipo y se apartó de él, secándose los ojos con las manos. Como no tenía en su poder el pañuelo blanco e inmaculado que exigía la situación, Kincaid se sacó del bolsillo un *kleenex* arrugado.

—Toma, creo que está relativamente limpio.

Angela le dio la espalda y se sonó la nariz. Luego dijo despacio, vengativa.

—Ella se lo hizo hacer a él.

Kincaid tuvo la sensación de haberse perdido algo.

—¿Quién hizo hacer qué a alguien?

—No sea obtuso —resopló—. Ya lo sabe.

—Pues la verdad es que no. Cuéntamelo.

Se le aceleró el pulso, pero su voz reflejaba solamente un interés de amigo bienintencionado. Cualquier gesto o palabra equivocada podía hacer que Angela retrocediera y se ocultara de nuevo en su caparazón.

Ahora ella vaciló, jugueteando con la cremallera de la chaqueta.

—La noche que Sebastian..., dijo que no había salido, pero sí salió. Yo lo oí.

—¿Tu padre?

Ella asintió.

—Y la mañana que murió la señorita MacKenzie, cuando me levanté, él no estaba. Y dijo que había estado allí todo el tiempo.

Kincaid tanteó un poco.

—Angie, ¿qué crees que ha hecho tu padre?

—No lo sé. —Levantó la voz, en un quejido—. Pero si ha hecho algo, ha sido culpa de ésa.

—¿De Cassie? —preguntó Kincaid, seguro de la respuesta. Angela asintió.

—¿Por qué lo crees?

—Siempre están juntos, con secretitos. Se creen que no lo sé. —Kincaid notó la satisfacción debajo de la censura—. Cuando me acerco, se callan y se apartan. De aquella manera... ya sabe.

—Pero no has oído nada concreto...

Angela sacudió la cabeza y retrocedió unos pasos, tal vez con el instinto de defender a su padre venciendo el deseo de acusarlo.

—Podría ser inocente, ¿no crees? Quizás estás exagerando las cosas —dijo Kincaid con ligereza, un poco burlón, como pinchándola.

—Él le dijo que mi madre se las iba a cargar —soltó Angela, picada—. Que se iba a arrepentir, como todo el mundo que intentara perjudicarlo. Y si... —Angela se interrumpió, con la mirada asustada. Había ido más lejos de lo que quería—. Tengo que marcharme.

—Angie...

—Adiós.

Se marchó por la puerta del fondo y al cabo de un instante oyó sus pasos por las escaleras.

Kincaid la miró mientras la puerta se cerraba con suavidad. Graham había soltado una fanfarronería velada. Pero y si no fuera así... Ojalá pudieran atrapar al sujeto de una vez, en lugar de recoger rumores y acusaciones de segunda mano. Graham Frazer era tan inaferrable y tan frío como un cubito de hielo.

* * *

Kincaid se encontró con Maureen Hunsinger en lo alto de las escaleras, con su cara redonda como una manzana abrillantada y el cabello rizado y húmedo como si saliera del baño.

—Lo estaba buscando —dijo, con una amplia sonrisa, y luego se puso seria—. Quería despedirme.

—¿Se van ustedes? —preguntó Kincaid.

—El inspector jefe Nash nos ha dado permiso —asintió. Parecía casi disculparse—. Ha sido muy difícil para los niños, no tiene sentido prolongar la estancia. Además —apartó la mirada, y a Kincaid le pareció captar cierto apuro—, después de lo que le pasó ayer a Hannah, podría... bueno, nos podría pasar a todos, ¿no? No podemos perder de vista a los niños. Es muy preocupante.

Maureen suspiró y se apartó un mechón de la cara. Kincaid se dijo que no le gustaba ver ni una abolladura en su sólido optimismo.

—Tiene usted toda la razón —la consoló—, yo haría lo mismo.

—¿Sí? Quizás vendamos nuestra semana aquí o la cambiemos por otro lugar. No creo que pueda volver a sentirme bien en este sitio. ¿Ha podido...?

—No, nada definitivo. —Kincaid respondió a la pregunta que no había formulado, y formuló la que le preocupaba a él—. ¿Ha visto a Hannah esta mañana, Maureen?

—Sí, pero no hemos hablado.

—Y...

—Estábamos empezando a cargar el coche. Hace más o menos una hora. Cuando se viaja en familia es inimaginable lo que hay que hacer para meter todas las cosas en el coche y...

—Maureen —Kincaid trató de devolverla al hilo de lo que hablaban antes.

—En fin, yo salía de la casa y ella se marchaba. Me ha hecho un gesto de despedida y yo he intentado devolvérselo, pero tenía los brazos llenos de legos... —sonrió—. Emma me ha ayudado a recogerlos.

—Emma...

—Estaba entrando cuando yo salía. Tal vez ella haya hablado con Hannah.

—Gracias, amiga mía. Voy a buscarla —Kincaid le sonrió con cariño—. Que tenga buena suerte, Maureen.

Había dado un paso hacia las escaleras cuando Maureen lo detuvo con una mano en el hombro.

—Cuídese —le dijo bajito, se puso de puntillas y le dio un beso, presionando con sus labios cálidos la mandíbula de él, rozándolo con sus grandes pechos.

Kincaid se sintió extrañamente reconfortado.

* * *

Emma lo encontró a él antes de que él la encontrara a ella. Todo el mundo parecía estar buscándolo esa mañana, menos la persona que más quería encontrar.

Se vieron en el vestíbulo, ella sacudió la cabeza con energía como si él hubiera aparecido a una orden suya. El gesto, en cualquier caso, era un vestigio de su antigua aspereza. Se la veía agotada y como —Kincaid buscó el adjetivo adecuado— aflojada. Su espalda aparecía encorvada como él no la recordaba, y hasta el cabello gris metalizado le caía lacio.

—¿Salimos un momento? —Kincaid notó con alivio que no había perdido la resonancia de su voz. Emma lo llevó al porche y levantó un momento la cara hacia el sol—. Yorkshire ha decidido regalarnos otro radiante día de otoño antes de que nos vayamos. Para mañana han previsto lluvias. ¿Sabe que mañana es el funeral de Sebastian? —se volvió hacia él—. Yo, ahora que lo han dejado salir, he mandado que lleven el cuerpo de Penny a casa. —Sacudió los hombros—. Y me marcho después del oficio de mañana, con el fin de disponer las cosas para Penny.

Kincaid pensó que a Emma le pesaba algo más que el dolor. Se sumaba su necesidad de hacer lo que consideraba adecuado para despedir a Penny.

—No sabía nada del entierro de Sebastian. Iré.

Y procuraría llevar consigo a Angela Frazer.

—Emma, Maureen me ha dicho que le parecía que usted había hablado con Hannah esta mañana, cuando se marchaba.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho? Es decir —añadió, impaciente—, ¿ha dicho a dónde iba o por qué?

—El porqué era evidente —contestó Emma, con amargura—. Si alguien me hubiera empujado por las escaleras, yo me iría todavía más lejos.

—¿Más lejos de dónde?

—Ha dicho que iba a ver las cascadas, mientras el buen tiempo se mantuviera. Que está de vacaciones, al fin y al cabo, y que todos se fueran a paseo. Eso ha dicho, más o menos —concluyó Emma con cierta satisfacción.

—¿Qué cascadas? —Kincaid mantuvo la voz firme.

—Las de Aysgarth, supongo, en Wensleydale. Son las únicas que hay por los alrededores. —Emma alcanzó la puerta y se volvió para añadir—: Se movía muy bien esta mañana, considerando el golpe que recibió. No aparentaba más de setenta años. —Le dirigió una sonrisa no tan feroz como las de antes y entró en la casa.

Kincaid iba hacia el coche a buscar un mapa cuando Janet Lyle salió corriendo por un lateral de la casa, cabizbaja, con las manos metidas en los bolsillos del ligero anorak. Con expresión ceñuda, era la primera vez que Kincaid observaba en ella un gesto de mal genio. Al verlo, su expresión se suavizó y apretó el paso, cambiando de rumbo para interceptarlo.

—¿No va por casualidad a Thirsk?

—Pues no... ¿Necesita que la lleven?

—Es que Eddie se fue en coche esta mañana. —Sus gestos revelaban exasperación, y por primera vez Kincaid se la imaginó como enfermera, responsable

y segura—. Ha dicho que tenía que mandar un fax a la oficina. Lo que pasa es que encargué unas botas para Chloe, hay un zapatero buenísimo, y estaban listas para esta mañana, pero la tienda cierra a mediodía los viernes. Qué rabia.

Se la veía molesta, pero sin su habitual actitud sumisa, resultaba animada.

—Su marido ha dicho que no se encontraba bien.

—Ah, bueno —Janet se encogió de hombros—, eso es lo que dice él. Cuando murió su madre se empeñó en que yo estaba desanimada y que necesitaba unas vacaciones. Una transferencia, ¿no se dice así? —Le sonrió, mostrando sus dientes blancos y regulares que contrastaban con su tez olivácea—. Si hubiera querido unas vacaciones, yo hubiera preferido ir a Mallorca.

* * *

Gemma condujo el coche con cuidado a través de la cancela de Followdale House y ralentizó la marcha para mirar a su alrededor. Supo que era el lugar que buscaba porque con lo primero que se toparon sus ojos fue el Midget de Kincaid, aparcado en una esquina del patio de grava.

Lo segundo que vio fue a su jefe en persona, al lado, con un mapa extendido sobre el capó. Pantalones de pana y un jersey verde mar, una chaqueta de *tweed* con coderas, y su cabello castaño claro revuelto por la brisa. Gemma pensó que era un cuadro muy bonito. Se acercó y bajó del coche, con el bolso colgado del hombro.

—Vaya, qué aspecto de propietario rural. ¿Planea la próxima cacería o posa para *Country Life*?

Él se giró de golpe.

—¡Gemma! —El relámpago de placer en su cara duró tan poco que ella creyó haberlo imaginado—. ¿Se puede saber dónde se había metido?

—Bueno, yo también me alegro de verle. ¿Con lo que me ha costado venir hasta aquí y sólo se le ocurre decir eso? —Gemma le contestó de buen humor, pero notó un escalofrío de alarma por el espinazo. Aunque a Kincaid no le gustaban las bromas, tampoco era propio de él saltarle al cuello.

—Perdone, Gemma. —Esbozó su sonrisa de siempre, pero con menos voltaje.

Gemma le puso un dedo en el pecho.

—¿Ha estado cambiando una rueda?

Kincaid bajó la vista a las manchas negras que tenía en el jersey.

—No, supongo que es rímel. —Se hizo visera sobre los ojos y la miró a la cara—. Ahora cuénteme dónde ha estado.

Ella se apoyó en el Escort, recordando con retraso que tenía que haberlo lavado, y buscó el cuaderno de notas en su bolso. Las páginas ondearon mientras las pasaba

rápidamente; los dos sabían que no necesitaba consultarlo, pero el gesto rutinario les permitía una transición más suave al trabajo.

—He visto por fin a Miles Sterrett. El monstruo de su secretaria lo guarda como si fuera las joyas de la corona, así que probé con el ama de llaves y fue como coser y cantar. Un encuentro breve después de comer para no cansarlo, me dijo ella. —Gemma hizo una pausa y cerró la libreta entre sus dedos—. Intenté llamarle anoche, pero no contestó.

—Punto confirmado. Siga.

—Ha tenido una leve apoplejía, pero todavía está más lúcido que muchos que conozco y que se supone que están en sus cabales. —Gemma se detuvo a pensar—. Es más joven de lo que esperaba, tal vez tenga sesenta años, y es todavía muy guapo, delgado y serio. —Un movimiento de las cejas de Kincaid la hicieron apresurarse—. No sabía nada de lo ocurrido aquí, y se preocupó mucho por Hannah. Me dio la impresión de que la idea de la multipropiedad no le encajaba muy bien con ella, y esto le resultaba incómodo. Por lo visto dirige la clínica ella sola prácticamente, y el resto del personal no es tan indispensable. Sin Hannah, dice, los parientes y Hacienda tendrían que pelearse por la supervivencia, o tal vez lo cedería a Patrimonio Nacional. —Gemma sonrió—. No ha perdido el sentido del humor, aun en sus condiciones.

—Pues yo sí —dijo Kincaid—. A Hannah sí le ha pasado algo: alguien la empujó escaleras abajo.

—Pero está...

—Está bien. O al menos lo estaba; ha desaparecido esta mañana.

Gemma ojeó el mapa extendido en el capó. Por eso estaba tan poco comunicativo.

—Va a buscarla —dijo, como una afirmación—. ¿Sabe adónde?

—¿Eh? —La mirada de él parecía fija en una gran urna de piedra del jardín—. Hay una posibilidad —respondió vagamente—. Un lugar llamado Cascadas de Aysgarth.

—Voy con usted. No discuta —añadió, aunque él no dio señales de haberla oído—. Deje que coja las cosas del coche. Me lo cuenta por el camino.

El maletín de Gemma estaba debajo del asiento del pasajero y ella estaba medio metida en el coche tirando de él, cuando Kincaid dijo:

—Dios mío.

El tono inexpresivo y neutro de su voz hizo que ella saliera tan rápidamente que se golpeó la cabeza contra el techo sin darse cuenta.

—¿Qué ocurre?

La cara de él, inmóvil, parecía de mármol. A Gemma se le encogió el corazón.

Kincaid hizo un esfuerzo para enfocar la vista hacia ella, y tomó aire.

—Hannah —dijo, ganando fuerza—. Sebastian no tiene nada que ver. Sólo se metió en medio, como Penny.

—Qué...

—No es que Hannah hubiera oído o supiera algo sobre el asesinato de Sebastian
—Kincaid aferró los hombros de Gemma—. Hannah ha sido siempre el objetivo.

A Hannah se le ocurrió pensar, mientras temblaba por el frío que se filtraba entre los grandes bloques de piedra que había bajo sus pies, que se había engañado a sí misma. La energía febril que había sentido al despertar se había esfumado, dejándola hueca como una cáscara vacía, y lo que entonces le había parecido sensato ahora no pasaba la prueba de la lógica.

La bravuconería la había hecho salir con un portazo. No quería que el miedo dictara su vida y que la mimaran y cuidaran como a una viejecita.

Parecía una buena razón. Pero también debía enfrentarse a ello. Había huido, como si la persiguieran todos los demonios del infierno, lejos de la casa y del mal sin rostro que habitaba en ella.

Apartó aquellos pensamientos de su mente y miró, río abajo, el valle suave del Ure que se extendía a sus pies. Una nube oscureció el sol y Hannah se ciñó la chaqueta de punto. Parecía estar sola en el mundo, no se veía ninguna señal de humanidad, ni un cercado para ovejas o un muro de piedra. Sólo la ladera de árboles y el horizonte azul, y en la otra ribera una brillante alfombra de hojas rojizas.

El murmullo del agua sobre su lecho de piedras, en lugar de tranquilizarla, aumentó su sensación de aislamiento. En lo alto, hacia las Middle Falls^[8], una familia iba saltando por las piedras medio sumergidas, pero ella sólo veía que movían la boca, como si gritaran y rieran en una película muda.

Hannah suspiró, acariciándose la muñeca dolorida contra el pecho. No encontraba consuelo en aquel lugar. Sería mejor volver y afrontar la situación. Duncan estaría furioso, y Patrick... si Patrick la veía como una carga que tenía que soportar, no había solución.

Hannah se volvió hacia la ladera que tenía detrás; su resolución perdía fuerza al pensar en la escarpada cuesta que debía subir para llegar al camino. Una figura apareció al fondo del sendero, que se deslizaba resbalando por la cuesta hacia ella; una figura con chaqueta de *tweed*, sombrero tirolés ladeado, balanceando un bastón y gafas redondas que centelleaban. Con un sobresalto, reconoció a Eddie Lyle.

Qué raro, pensó Hannah, no me parece muy excursionista.

Y qué irritante... era un hombrecillo que la exasperaba aun en los buenos momentos, y ahora no se sentía con ánimos para aguantarlo. No tenía escapatoria: la

había visto y había acelerando el paso, saludándola animadamente con la mano.

—Qué alegría encontrar una cara amiga —dijo Lyle al llegar hasta ella—. He reconocido su coche en el aparcamiento. —A Hannah no se le ocurrió nada amable que decir y se limitó a sonreír débilmente. Lyle hinchó su pecho estrecho para respirar y espiró ruidosamente—. Qué bonito, ¿verdad? ¿Ha visto también las Upper Falls? Tengo que decir que éstas me parecen más bonitas, por mucho que digan.

La última observación la pronunció con el tono de superioridad suprema que molestaba tanto a Hannah, pero se limitó a decir:

—Pues sí.

Prefería no prolongar el encuentro con una discrepancia. Se preguntó cómo lo aguantaba su mujer. Parecía agradable, las pocas veces que había hablado con ella. Quizás se escapaba de él en cuanto podía, pensó, sonriendo para sí.

Lyle seguía perorando, apuntando con el bastón mientras describía los rasgos geográficos del valle. Hannah contestaba con monosílabos y lo miraba con curiosidad. Parecía nervioso. No paraba de volverse para escrutar las orillas, como si vigilara a alguien.

Hannah siguió su mirada río arriba y vio que la familia saltarina se acercaba a los escalones de madera que llevaban de las Middle Falls al sendero. El último niño, cabizbajo, desapareció detrás de la pantalla de árboles.

—Mire. Justo ahí, en esas piedras —Lyle se inclinó y señaló la orilla con el bastón—. Helechos fosilizados, si no me equivoco.

De mala gana, Hannah se acercó a él y se asomó. La forma del helecho en la blanca roca plana parecía una fotografía; el dibujo claramente recortado, tenía la fuerza y la delicadeza de unos huesos antiguos.

* * *

—Llame a Peter Raskin. Dígale que...

—Déjeme ir con usted —interrumpió Gemma—. Lo llamo desde el coche.

Kincaid dudó. Patrick Rennie salió de la casa y se acercó a ellos, con expresión preocupada.

—¡Hola! —los llamó—. ¿Ha visto a Hannah?

Kincaid miró a Gemma a los ojos.

—No hay tiempo. Busque a Peter Raskin y luego venga con Rennie. Querrá venir, y puedo necesitarlo si Peter no aparece.

Cogió el mapa del capó y se metió en el Midget, bendiciendo la rapidez de encendido del motor.

—Pero qué le digo a... —Gemma se aferró a la ventanilla.

—Lo que quiera. Pero venga. —Kinkaid arrancó, dejando que Gemma se arreglara con la perplejidad de Rennie, boquiabierto. Cuando Kincaid miró atrás, Gemma cogía a Rennie por el brazo, diciendo.

—Va a buscar a Hannah. Venga...

Su voz se perdió cuando él salió a la carretera. Confiaba en que Gemma sabría gestionar las cosas.

Por la manera como tomaba las curvas, podría estar corriendo el Gran Premio de Monaco. Tenía el mapa extendido en el asiento del copiloto, y en él había marcado a toda prisa con tinta una ruta serpenteante para no tener que ir buscándola. Dejó la carretera en Thirsk, con la esperanza de que la carretera secundaria, más directa, no le hiciera perder tiempo. Al bajar la vista, se dio cuenta de que tenía los nudillos blancos y aflojó las manos del volante. Conducía con concentración metódica, consultando el mapa, pero sus pensamientos corrían descontrolados.

Cómo no se había dado cuenta. Todas las piezas habían encajado como en un *puzzle*. Pequeñas cosas —contradicciones, coincidencias— se habían ido añadiendo hasta llegar a una fatal constatación. Eddie Lyle había dicho a su mujer que no había conseguido reservar una semana durante las vacaciones escolares. Sin embargo, cuando Kincaid, pensando en los Frazer, había insinuado esa dificultad a Cassie, ella se había asombrado. Y Lyle había insistido en que las vacaciones eran idea de Janet, mientras que según Janet y su vecina la idea había sido de él. Gemma había descrito a Lyle con el agua al cuello económicamente... con aspiraciones por encima de sus posibilidades... Kincaid recordó la conversación que oyó en The Blue Plate: Janet se preocupaba por los planes de Eddie de mandar a su hija a la universidad porque no podrían pagarla... La tía de Eddie había muerto joven de una enfermedad rara, como la mujer de Miles Sterrett... El sobrino despreciado de Miles; y Hannah era la barrera que le impedía el acceso al patrimonio de Miles.

Kincaid sacudió la cabeza. Tal vez estaba sacando las cosas de quicio, quizá su miedo por Hannah le distorsionaba la lógica. Pero entonces recordó que Eddie había salido apresuradamente, poco después de la desaparición de Hannah, con la excusa de un recado innecesario, y volvió a aferrar el volante con fuerza.

La luz brillaba en lo alto del páramo cuando Kincaid entró en Wensleydale. Apretaba el acelerador en las rectas hasta que los pastos se convertían en una mancha verde.

Del antiguo pueblo de Middleham vio sólo las brillantes banderas en las murallas del castillo y las humeantes grupas de los caballos de carreras que giraban por una esquina. Wensley y el pueblo dormido de West Witton le hicieron perder tiempo; los ancianos y las madres con sus cochecitos se volvían a mirarlo. Luego, de nuevo, una última recta despejada hacia Aysgarth.

Cuando empezaba a respirar con más calma, un rebaño de ovejas cruzó la carretera delante de él. Se detuvo en seco y soltó una palabrota. Las ovejas no tenían prisa. Una masa blanca de lana palpitante, marcada con grandes manchas de pintura

roja o azul. Kincaid se apoyó en el claxon y empujó a las rezagadas con el morro del coche. El pastor enarboló el cayado, y la última oveja se apartó de la carretera esparciendo algunas piedras.

Después de una última curva cerrada, la carretera descendía hasta el río Ure, y a la izquierda estaba el aparcamiento de las cascadas de Aysgarth. Kincaid dejó el Midget de cualquier manera en el primer hueco que encontró y se levantó para orientarse. El Citroën verde de Hannah estaba bien aparcado en un rincón, solo y vacío.

Delante de Kincaid, estaba el camino que llevaba a las Upper Falls; detrás, al otro lado de la carretera, valle abajo, el camino llevaba a las Middle y Lower Falls.

Kincaid vaciló por un instante y optó por el camino de arriba, echó a correr golpeando a excursionistas y turistas a su paso. El camino se hacía cada vez más sombrío por la frondosidad de los árboles y el suelo musgoso, acompañado por el rumor del agua. Tuvo una premonición, pero en cuanto llegó al claro sólo vio pícnicos familiares y montañistas con botas posando para una foto sobre las grandes piedras. No había ni rastro de Hannah.

El camino del otro lado de la carretera era tan tranquilo como un sendero de campo. A un lado había prados abiertos, y al otro la densa vegetación de la ribera. Una familia bajó hasta el camino por una escalera de madera. Los niños estaban mojados y quejumbrosos, los padres enfadados.

—¡Mamá, quiero un helado, lo habéis prometido! —gritó el pequeño, furibundo.

—Chit, Trevor, te he dicho que...

Kincaid prácticamente cayó sobre ellos. Entre jadeos logró preguntar:

—¿Hay alguien más allí?

—Con nosotros, no. —El hombre señaló—. Pero hay gente algo más adelante, río abajo.

—¿Dos personas?

El hombre hizo un gesto dubitativo:

—Eso creo. Pero no lo puedo jurar.

Kincaid los dejó mientras ellos lo seguían con la mirada y los olvidó al instante. Casi se saltó la señal y la estrecha abertura en la espesura de la orilla. «Lower Falls. Sólo salida». Haciendo caso omiso de la advertencia del cartel, se introdujo por el camino.

Resbalando por la arena y los guijarros sueltos, bajó a una velocidad suicida. Con una lluvia de grava y aferrándose a una zarza, salió de la espesura y llegó a la superficie plana de la orilla.

A diez metros de él, Hannah Alcock se estaba asomando al borde del río. Detrás, Eddie Lyle se agachaba, y Kincaid captó el brillo de una piedra en su mano.

Kincaid gritó, nunca supo muy bien qué. Su memoria lo conservó como un alarido continuo sin la banda sonora de la escena a cámara lenta que tenía lugar ante sus ojos.

Hannah se incorporó y se volvió, sonriendo al reconocerlo. Lyle se quedó inmóvil. Pero un instante después aferró el cuello de Hannah con el brazo e introdujo la otra mano en el bolsillo del abrigo. Kincaid vio un destello. Lyle volvió a sacar la mano y la levantó sobre la sien de Hannah.

Una pistola. Aquel bastardo tenía una pistola. El breve forcejeo de Hannah cesó cuando notó sobre la cabeza la fría boca del arma.

Kincaid levantó las manos y avanzó unos pasos, con cautela.

—No se acerque más —chilló Lyle. Aferró el cuello de Hannah con más fuerza y Kincaid vio los ojos de ella en blanco.

—¿Me oye, Eddie? —Kincaid no gritó, por miedo de agravar la situación todavía más—. Escúcheme, Eddie, no tiene sentido. Suéltela.

—¿No tiene sentido? —Lyle se echó a reír—. ¿Qué me va a impedir que mate a los dos, y no a uno? —Sus maneras nerviosas habían dado paso a una excitación febril. Estaba disfrutando, pensó Kincaid. Los asesinatos de Sebastian y Penny podían haber sido una necesidad, pero a Lyle le había gustado matar. Al constatarlo, Kincaid se quedó helado.

Hannah debió emitir algún sonido, porque Lyle le echó la cabeza todavía más para atrás.

—Haré lo que me dé la gana, comisario.

Sus palabras eran desdeñosas.

—Matarnos no le evitará nada, Eddie. Dejará rastro. El laboratorio encontró huellas en el pañuelo que escondió con la sangre de Penny.

Un instante de duda ensombreció el rostro de Lyle. Kincaid aprovechó la ventaja.

—Seguramente lleva mucho tiempo planeándolo, Eddie. Su madre y usted eran los únicos parientes de Miles Sterrett. Qué oportuna su madre al morir justo cuando usted entró en el piso de Hannah. Estaba reduciendo el terreno, ¿no, Eddie?

—¿Trucos de poli, Kincaid? ¿Va a entretenerme charlando hasta que lleguen los refuerzos? ¿Creía que me iba a quedar embobado? —Bajo el tono ligero y casi guasón de Lyle, Kincaid percibió la hostilidad que le daba alas—. Se le olvidan los halagos, comisario.

Kincaid tragó saliva para segregarse y humedecerse la boca seca.

—A eso iba.

Los refuerzos eran lo último que quería que tuviera Eddie Lyle en mente; prefería que pensara que quería ganar tiempo hablando. Pero ¿dónde diablos estaba Gemma?

Y, ¿qué argumento podía aducir para disuadir a ese hombre que no tenía ya nada que perder? Lyle no iba a ver nunca el dinero de Miles Sterrett, y lo condenarían a cadena perpetua tanto si los mataba como si no.

—Satisfaga mi curiosidad, Eddie. Sé que Penny debió verle la noche en que mató a Sebastian. ¿Quedaron para verse en la cancha de tenis? —Por el tono de Kincaid parecía como si estuvieran charlando delante de unas cervezas. Sopesó la posibilidad

de llegar hasta Lyle antes de que disparara, pero decidió que era físicamente imposible. Debía confiar en su labia.

—Una sugerencia mía. —Volvió a sonreír—. Era un lugar como otro cualquiera.

—¿Y Sebastian? ¿Qué fue lo que averiguó?

—Ese maldito fisgón. —Lyle pareció malhumorado—. Me vio salir de su cuarto. —Apretó más el cuello de Hannah, para que no hubiera duda de a quién se refería—. Había estado... comprobando unas cosas. No podía permitirme que se encontrara ninguna relación luego, ¿verdad?

—No, no, claro que no —respondió Kincaid como si fuera la pregunta más razonable del mundo. Le pareció oír un ruido emboscado en el camino y se apresuró a hablar para que Lyle no lo oyera también.

—Oiga, Eddie...

—Me estoy cansando, comisario. Camine hasta allí.

Lyle indicó con la cabeza la orilla del río. El sol se reflejó por un momento en los cristales de sus gafas iluminando unos ojos redondos, brillantes y metálicos.

Kincaid oyó un deslizamiento a sus espaldas, luego un ruido sordo. Se oyó la voz de Patrick, con una nota de pánico.

—Han... —pero se interrumpió, amordazado, sin duda, por la mano de Gemma. Kincaid oyó claramente sus fuertes respiraciones por encima del murmullo del río y de los latidos de su corazón.

Lyle se volvió bruscamente hacia ellos y Kincaid advirtió la tensión en todo su cuerpo. Aferró a Hannah con más fuerza.

—Retrocedan. Todos.

—Ríndase, Eddie. Está llegando más policía. No ponga las cosas más difíciles.

—¿Más difíciles? —La risa de Lyle era histérica—. ¿Por qué no puedo tener la satisfacción de llevarlos conmigo, sobre todo a ella? —Puso la pistola contra la sien de Hannah—. Me dan asco.

—¿Y su esposa? —soltó Kincaid a la desesperada—. Y su hija... ¿cómo lo va a pasar cuando salga la noticia en todos los periódicos? Van a hacer su agosto con usted, Eddie, créame. Y a Chloe le va a pesar toda la vida.

Por primera vez, Lyle pareció flaquear, girando la cabeza a ciegas. De repente, Hannah le dio un pisotón.

Kincaid se lanzó hacia ellos. La luz del sol pareció fundirse a su alrededor hasta dejarlo inmóvil, impotente.

De un golpe que le torció las gafas de montura dorada, Eddie Lyle se llevó la pistola a la sien y disparó.

Los paraguas, grises y negros, brillaban como el dorso mojado de una ballena. La iglesia de Thirsk aparecía escorada como un barco a medio hundir, y caía una fina lluvia que se calaba hasta los huesos; apropiada, pensó Kincaid, para la ocasión.

La ceremonia por el fallecimiento de Sebastian Wade había sido breve, pues el vicario se vio obligado a limitar sus observaciones personales a la etapa escolar de Sebastian. La asistencia había sido tan escasa como el elogio del vicario: la madre de Sebastian, acompañada por dos mujeres que le presentaron a Kincaid como unas primas, un surtido de caras que podían ser amigos de la escuela, y el pequeño grupo de Followdale House. El intenso y malicioso interés por los asuntos personales de los demás no le había granjeado a Sebastian muchos amigos.

Cassie, de nuevo hosca, se negó a asistir.

—Siento que haya muerto —le había replicado a Kincaid—, pero yo lo despreciaba, y no seré tan hipócrita como para fingir que no era así.

Caso cerrado. Kincaid pensó que su sinceridad era de admirar, pero no así su falta de compasión.

Emma fue sola y se marchó en cuanto el servicio terminó. Sus despedidas en el vestíbulo de la iglesia fueron más bruscas de lo normal, como si aquel avance del entierro de Penny hubiera llevado su capacidad de aguante al límite.

Kincaid retuvo su ancha mano entre las suyas.

—Siento tanto lo de Penny. Me gustaría haber...

—No asuma demasiada culpa, joven. —Emma lo miró con sus ojos grises—. Ella debió decir lo que había visto aquella noche. Tuvo la oportunidad de hacerlo. —Emma apartó la vista y prosiguió, un poco ausente—: Mi hermana no era tonta, por muy insegura que fuera. A veces me pregunto si... en fin, no importa. Lo hecho, hecho está.

Dio un rápido apretón a la mano de Kincaid y abrió el paraguas para protegerse de la lluvia.

En callado acuerdo, las cuatro personas que quedaban salieron al aire libre. Patrick Rennie había dejado detrás a su mujer y tenía a Hannah cogida del brazo, posesivo. Todavía conmocionados, sus caras demacradas mostraban un notable parecido. Kincaid pensó que Patrick estaba compensando los errores del día antes.

El día antes fue Kincaid quien atendió a Hannah y le secó la sangre que salpicaba su cara.

—Ya está, ya ha pasado todo.

Recordó aquellas palabras que le había repetido varias veces casi inconscientemente en aquel momento.

Recordó a Gemma agachada a su lado, frotando las manos heladas de Hannah, con las pecas esparcidas como estrellas por su tez blanca.

Patrick se había apartado y había vomitado violentamente.

Gemma había alegado tareas burocráticas aquella mañana y se había quedado en Followdale, pero Kincaid pensó que era su forma de dejarle solo con sus fantasmas.

Sin embargo, Kincaid no acudió solo al entierro. No había olvidado la promesa que se había hecho con respecto a Angela Frazer. La llevó en el Midget, callada, incluso llevaba el cabello cepillado sin las puntas de color violeta. No dijo nada hasta que encontraron aparcamiento junto a la iglesia, mirando fijamente los regueros que se formaban en el parabrisas.

—No es justo.

—No —respondió él, y dio la vuelta para ayudarla a salir.

Ahora la tenía a su lado, mirando el Ford negro de Graham estacionado en la acera.

—Me voy a tener que ir. —Angela lo miró con gravedad—. Gracias. Siento lo que dije... ya sabe.

Luego se puso de puntillas, le rozó los labios con su boca y echó a correr.

—¿Cree que le irá bien? —preguntó Hannah, mientras miraban como el coche se la tragaba y se alejaba.

Kincaid sonrió y se frotó los labios con el dedo.

—Veo algunos indicios de resistencia. Creo que sí. Siempre que pueda soportar un par de años más a sus padres. Si puede dejarlos atrás con sus peleas y montarse su vida. Y usted —Kincaid se volvió a Hannah—, ¿cómo le irá a usted?

Hannah se estremeció.

—Todavía no le veo el sentido. Sebastian y Penny no tenían por qué morir. No tenían ninguna relación conmigo.

—Eso confundió las cosas desde el principio. Si hubiéramos empezado por buscar a alguien que quisiera quitarla de en medio, lo habríamos encontrado antes. No era tan listo como se creía.

—Lo bastante listo —dijo Patrick— para haber estado a punto de conseguirlo.

—Llevaba mucho tiempo planeándolo, creo. La idea de que Hannah estuviera entre él y el dinero de su tío habrá sido una obsesión para él.

—Pero Miles nunca pretendió dejarme nada —protestó Hannah, todavía anonadada.

—Directamente no. Pero en la mente de Eddie no había diferencia si el dinero iba a usted o si lo donaba a la clínica. —Kincaid hizo una pausa, ordenando sus ideas—. Según dijo Janet anoche, por lo visto Eddie tenía muy poco contacto personal con su tío; Janet no recordaba ni su nombre siquiera, pero su madre se había escrito con él de vez en cuando. Algún comentario que le haría ella a Eddie le debió dar la impresión de que era usted esencial para la continuidad de la clínica.

Hannah asintió.

—Probablemente es verdad. Es un trabajo muy especializado, sería difícil encontrar a otra persona cualificada para dirigirla. Pero aún así, Miles podía dejar la propiedad a otro...

—No, si moría sin testar. Quizás Eddie tenía un plan para ganarse los favores de su tío. Tenía muchos recursos. En cualquier caso, no creo que Miles hubiera vivido mucho más que usted.

—¿Miles también? —exclamó Hannah, desmayadamente. Patrick le rodeó la espalda con el brazo.

—¿Por qué no? —Kincaid se encogió de hombros. Cerró el paraguas y lo sacudió. La lluvia ya no era más que un chispeo—. Nuestro Eddie tenía buena mano tanto con los sedantes como con los instrumentos contundentes. Me imagino que ayudó un poco a su madre a tener el accidente...

—No se puede demostrar —dijo Patrick.

—No, ni tampoco que sedó a Janet la noche que mató a Sebastian.

—Pero, ¿Sebastian y Penny?

—Víctimas tanto de las circunstancias como de sus propios caracteres. Eddie dijo que Sebastian lo vio entrar en su habitación, Hannah, esa noche. Oportunista como era, debió de buscar un modo de matarla que pareciera accidental. Seguro que Sebastian no se contuvo de pincharlo por lo que había visto, y Eddie no podía arriesgarse a que nadie lo relacionara con usted después de asesinarla.

—¿Y Penny?

Kincaid vaciló, pues todavía se sentía en parte culpable.

—Nunca tendremos la certeza. Creo que Penny vio tanto a Patrick como a Eddie entrar en el despacho de Cassie. —Patrick asintió—. Quería ser justa, dar la ocasión a los dos de presentarse antes de que ella hablara. Por desgracia, se lo preguntó antes al hombre equivocado. Eddie Lyle no jugó limpio.

—Todavía no entiendo cómo sabía que yo estaría aquí esta semana...

—¿Recuerda el robo? Usted me dijo que se había sentido violada.

—De eso hace tanto tiempo —Hannah tenía la vista fija al frente, en el patio de la iglesia—. Sí, fue justo después de firmar el acuerdo de la multipropiedad. Recuerdo que habían tocado los papeles, pero que no faltaba nada.

—Y algún tiempo después Eddie pidió prestado dinero para venir la misma semana —dijo Kincaid.

—Sin embargo, fue todo circunstancial —dijo Patrick, con su immaculado instinto de abogado.

—Pero las huellas del pañuelo. Usted dijo...

Kincaid respondió a Hannah con tacto.

—El informe todavía no ha llegado del laboratorio, pero es muy improbable que encontrarán nada. Es una técnica arriesgada.

Hannah cerró los ojos, pálida:

—¿Era mentira? ¿Era una mentira?

Kincaid asintió:

—Me pareció oportuno.

Patrick cerró el paraguas de Hannah de un tirón y le tendió la mano a Kincaid.

—No me gustaría jugar al póquer con usted —sonrió, reafirmando su encanto—. Te espero, Hannah.

Se volvió y se alejó por el camino. Hannah miró a Kincaid un rato.

—No sé qué decir. Tengo que darle las gracias. Si no hubiera...

—Prefiero que no lo haga. La gratitud no es el mejor ingrediente para una amistad. ¿No podríamos...? —Kincaid arrastró la palabra, sin estar muy seguro de lo que quería insinuar. ¿Almorzar cuando ella fuera a la ciudad? ¿Un cordial intercambio de felicitaciones de Navidad? Hannah había sido siempre una persona muy cerrada, y no se imaginó que pudiera estar cómoda con él después de su forzada intimidad.

Hannah vaciló, en su expresión no se leía la seguridad que le era tan natural.

—No sé. De momento, creo que no. Las cosas van a ser muy difíciles por un tiempo.

—Sí —dijo Kincaid, mirando hacia Patrick, que aguardaba deambulando por el camino.

Hannah siguió su mirada.

—Estos meses, mientras buscaba a Patrick, he pensado mucho en lo que yo quería, lo que necesitaba. Y de alguna forma —sonrió con cierta tristeza— he dejado las necesidades de Patrick fuera de la ecuación, y al principio será delicado encontrar el equilibrio. No sé cómo acabarán las cosas.

—Le irá bien.

Él le sonrió y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Adiós, Duncan.

Hannah se alejó de él y atrapó a Patrick. Se alejaron por el camino, la cabeza rubia inclinada sobre la oscura.

Kincaid se dirigió despacio al aparcamiento, evitando los charcos de la calzada, ausente. Se sintió vacío y en cierto modo insatisfecho, como si tras atar los cabos sueltos hubiera quedado desplazado.

Dobló la esquina y levantó la vista cuando alguien chocó con su hombro. Una mujer vestida con un impermeable amarillo iba a toda prisa delante de él. El cabello castaño y rizado, revuelto y mojado en torno a la cabeza, el bolso balanceándose al ritmo de sus pasos.

Kincaid aceleró para llegar a su lado con el corazón latiendo con fuerza. Le tocó el hombro.

—¿Anne?

La mujer se volvió, sobresaltada. Tenía un rostro desconocido.

* * *

Gemma se asomó a la puerta del despacho de Kincaid.

—¿Ha acabado?

—Ahora mismo.

Barrió de un gesto su escritorio y lo metió todo en un cajón.

—Buen sistema de archivado —dijo Gemma, mirando la limpia superficie con aire dubitativo.

—Al menos no hay obstáculos.

Kincaid se levantó y se desperezó. Habían vuelto a Londres en coches separados y habían convenido enfrentarse a la avalancha de papeles acumulados mientras estaban de servicio.

Gemma avanzó unos pasos por el despacho y arrugó la nariz disgustada por el fuerte olor de tabaco.

—Se han reunido aquí mientras no estaba, ¿eh?

Kincaid sonrió.

—Las pruebas son irrefutables. ¿Una copa?

Gemma lo pensó.

—Una, rápida.

Evitaron el bar de jefatura, con sus inevitables conversaciones de trabajo, y se dirigieron al *pub* de Wilfred Street. Kincaid se abrió paso con los codos hasta la barra y volvió a su rincón habitual con las copas, vino para él y cerveza con lima para Gemma.

—Uf —dijo, con una mueca—, no sé cómo puede beber esto.

Kincaid siempre la criticaba y Gemma siempre pedía lo mismo, probablemente por puro espíritu de contradicción, pensaba él.

—Cuestión de práctica.

Gemma dio un buen trago a su bebida y sonrió. Estuvieron callados unos minutos, con el bullicio del sábado noche en torno a ellos, hasta que Gemma corrió la

silla y suspiró.

—Debería irme a casa. Toby echará de menos a su mamá.

—Sí. —Kincaid se imaginó la bienvenida que esperaba a Gemma, y sintió una punzada de envidia. Se la sacudió de encima y sonrió—. Ojalá...

¿Ojalá qué? ¿Ojalá no hubiera ido a Followdale? Pero en ese caso Hannah podía haber muerto.

Gemma dejó la copa en la mesa y él levantó la mirada, encontrando una inesperada comprensión en la de ella.

—Lamentarse no conduce a nada, como decía mi abuela...

—Es verdad.

Se sonrieron, con amistad.

—La próxima vez habrá más suerte —insinuó Gemma.

Kincaid levantó la copa.

—Salud.



Nació en Dallas, Texas en 1952 y creció en Richardson, un suburbio al norte de Dallas. Su abuela, una maestra jubilada, la enseñó a leer desde muy pequeña. Se graduó en Biología en el Austin College de Sherman.

Trabajó en publicidad y periodismo mientras estudiaba en programa en la Rice University. Un viaje a Inglaterra despertó su pasión por este país y emigró a Reino Unido con su primer marido Peter Crombie. Primero vivieron en Edimburgo y luego en Chester (Inglaterra).

Volvió a Dallas y estuvo trabajando durante varios años en el negocio familiar. Mientras su hija Kayti crecía, escribió su primera novela del Detective Superintendente Duncan Kincaid y la Sargento Gemma James en 1993.

Ahora vive en McKinney, una ciudad histórica al norte de Texas con su marido Rick Wilson y viaja varias veces al año a Inglaterra.

Notas

[1] James Herriot (1916-1995), veterinario y escritor, ejerció en Thirsk, Yorkshire, toda su vida. (N. del T.). <<

[2] Alfred John Munnings (1878-1959), pintor de caballos. John Constable (1776-1837), célebre pintor de inspiración romántica. (N. del T.). <<

[3] Protagonista de la novela de Emily Brontë, *Cumbres borrascosas*. (N. del T.). <<

[4] Estilo gótico inglés de los siglos xv y xvi. (N. del T.). <<

[5] La frase *Lo único que quiero es un poco de mantequilla para mi panecillo* procede de un poema infantil de A. A. Milne, *El desayuno del rey*. Se usa en el lenguaje corriente para reclamar alguna cosa muy sencilla. (N. del T.). <<

[6] Personaje en forma de huevo de una popular canción infantil, que se caracteriza por su torpeza. (N. del T.). <<

[7] Alusión al mayordomo de las célebres novelas de P. G. Wodehouse (1881-1975), que siempre soluciona los problemas de su patrón. <<

[8] Aysgarth, en el valle de Wensley, ofrece una sucesión de tres cascadas en el curso del río Ure. Descendiendo del río, hay las Upper Falls, las Middle Falls y las Lower Falls, es decir, las de más arriba, las de en medio y las de abajo. (N. del T.). <<